

GALDÓS Y LA RELIGIOSIDAD DE SU ÉPOCA (II)

(Continuación)

P O R

SOLEDAD MIRANDA GARCÍA

III. LA IGLESIA DOCENTE CARDENALES Y OBISPOS

En términos sociológicos la Iglesia es una estructura de poder; para sus creyentes, una estructura de salvación. Así concebida, la Iglesia es pueblo de Dios, comunidad de creyentes, pero ordenada de arriba abajo. Tiene, pues, una estructura jerárquica. Por consiguiente, se hace necesario comenzar nuestro análisis con el más alto peldaño de la Iglesia docente. Los sólidos episcopales se hicieron ver en todas las manifestaciones públicas y privadas de la sociedad española de la centuria anterior. Antecámaras regias, salones ministeriales, escaños parlamentarios, cenáculos literarios, sociedades económicas, liceos, academias... No existe en este fenómeno solución de continuidad alguna. Al protagonismo modesto y positivo del cardenal de Borbón le sucederán el del obispo Abarca, los del primado fray Cirilo de la Alameda y Brey, el de Claret, el de Moreno, el de Fr. Ceferino González...; figuras todas ellas muy distintas entre sí, pero de innegable influjo a la hora de marcar el rumbo ideológico y político a los españoles de tiempo. Primero los pintores —Goya, Vicente López—, después los fotógrafos han levantado acta notarial de esta presencia. Probablemente si se hiciera

una encuesta visual entre los conocedores más superficiales de la Restauración se identificaría a ésta con los dibujos y fotografías que representan el natalicio de la mayor de las hijas de Alfonso XII y de María Cristina o del juramento de ésta como regente. Viñetas ambas llenas por capisal y los episcopales.

El episcopado de Carlos IV

Nada más abrirse el siglo, topamos con un prelado ideado por la pluma de Galdós en la tercera de sus novelas. Seguramente por mor del oficio confesamos nuestra simpatía hacia esta obra, considerada, por otra parte con razón, por la crítica como un retroceso con relación a la que inaugurara la compleja novelística de Galdós sólo dos años atrás, en que escribiera *La Fontana de Oro*. Galdós estudió mucho el siglo XVIII, cosa ignorada por casi todos sus biógrafos. En un juego comprensible de antinomias, la misma repulsión que experimentaba hacia él le hizo analizarlo a fondo. Pese a todos los defectos, más de técnica literaria que de enmarcación histórica, señalados en esta obra, opinamos que don Benito encuadró con acierto —salvo alguna que otra pincelada— la trama semipolicíaca de *El audaz*. Confrontadas con personajes de carne y hueso de aquel momento histórico, muchas de sus figuras se tienen en pie. ¿Sucede así con el vanidoso y pedantuelo P. Corchón, aquel fraile que tras advertir los males en que se precipitaba la monarquía pisoteada por Godoy ponderaría, a partir de su preconización por éste al Obispado de Coria, la buena marcha del país dirigido por un hombre sin par? ¿Se acomodaba, a lo que por la historia sabemos del episcopado de Carlos IV, la facilidad con que en la mente de aquellos personajes se premiaban con una mitra servicios más o menos inconfesables, pero siempre *non sanctos*? ¿La suerte que sus amigos preveían para el monje de Ocaña, Jacinto Matamala, rompe los moldes historiográficos para entrar en los del ámbito de la fabulación novelística? ¹. Los anales de la

¹ B. PÉREZ GALDÓS: *El Audaz. Obras Completas*, I, 1975, 351, 395 y passim.

época son pródigos en nombres de prelados cortesanos. La ascensión meteórica debida a decisiones súbitas de reyes y validos no fue infrecuente. Pero ello, como ha sido ya expuesto por Cuenca, no autoriza a una caracterización global del episcopado del primer tercio del siglo XIX². Es cierto que algún prelado, como Ayestarán de Córdoba, debió su nombramiento de obispo auxiliar de Sevilla a una victoria sobre el «Príncipe de la Paz» en un juego de ajedrez. La documentación atestigua que alguna designación, como la del excelente pastor e intelectual Moxó de Franco, obedeció a un *improptu regio* tras escuchar su elocuente palabra. Escritos y papeles coetáneos testifican que el paisanaje o la amistad íntima contaron en demasía en la preconización de algún que otro prelado aragonés y extremeño. Pero ello fue siempre la excepción, no la norma.

Galdós agrandó algunos de estos elementos; resaltó ciertas piezas del complicado rompecabezas de las relaciones, al más alto nivel, entre la Iglesia y el Estado en el antiguo régimen; usó con maestría los recursos novelísticos que le era lícito utilizar; llegó a dibujar, finalmente, una caricatura de la que es aventurado decir que fuera más o menos irreal que el bucolismo alarconiano.

No enmendó sus pasos —historiográficamente hablando— el jovencísimo y genial Galdós cuando pocos meses después de *El Audaz* comenzó su obra memorable de los *Episodios*. En el segundo de ellos volvió a darnos una versión caricaturesca del procedimiento de elección episcopal en la corrupta corte de Carlos IV. Aquel clérigo *parvenu* y recién desenganchado de las filas del contrabandismo al que María Luisa de Parma desea regalar una mitra, resume todas las ignominias de una triste época³. Apostaríamos decididamente por su inexistencia real en

² *Sociología de una élite de poder de España e Hispanoamérica contemporáneas: la jerarquía eclesiástica (1789-1965)*, Córdoba, 1976.

³ «Ahora precisamente estoy en lucha con él para que me conceda una mitra.

—¿Para mí recomendado el capellán de las monjas de Pinto?

—No; es para un tío de Gregorilla, la hermana de leche del chiquitín. Ya ves: se le ha puesto en la cabeza que su tío ha de ser obispo, y verdaderamente no hay motivo alguno para que no lo sea.

—¿Y el príncipe se opone?

las filas de la jerarquía del momento, de la que la reina «galdosiana» tenía tan pésimo concepto. Luces y sombras se proyectaron sobre el cuadro episcopal godoyesco, venciendo en algunas ocasiones las últimas, pero nunca de manera aplastante y total. En su fuero interno quizá lo pensase así el escritor grancanario al simbolizar, en el evento comentado, en la figura del propio político extremeño las cautelas adoptadas por el Estado ante el nombramiento de sus servidores, pues no otra cosa eran, en ancha medida, los gobernantes eclesiásticos.

Cruzan, pues, como ya vimos, los *Episodios* desde sus primeras páginas mitras y báculos, a veces, incluso, atropelladamente. El primero en hacerlo será una figura muy conocida y polémica de la crisis del antiguo régimen. El esbozo realizado por Galdós de la noble y esmirriada —en lo físico— figura del cardenal Scala no es atractiva⁴. Omitiendo adjetivos calificativos, con la

—Sí; dice que el tío de Gregorina ha sido contrabandista hasta que se ordenó, hace dos años, y que es un ignorante. Tiene razón, y el candidato no es por su sabiduría ninguna lumbrera de la cristiandad; pero, hija, cuando vemos a otros..., y si no, ahí tienes a mi primo, el cardenalito de la Escala, que ni aun para monaguillo le darian el *exequatur*.

Pues él [Caballero, ministro de Gracia y Justicia] puede dar la mitra por sí y ante sí al tío de Gregorilla.

—No; Manuel se opone, ¡y de qué manera! Pero yo he discurrido un medio de obligarle a ceder. ¿Sabes cuál? Pues me he valido del tratado secreto celebrado con Francia, que se ratificará en Fontainebleau dentro de unos días. Por él dan a Manuel la soberanía de los Algarbes; pero nosotros no estamos aún decididos a consentir en el reparto de Portugal, y le he dicho: «Si no haces obispo al tío de Gregorilla, no ratificaremos el tratado y no serás rey de los Algarbes.» El se ríe mucho con estas cosas mías; pero, al fin..., ya verás cómo consigo lo que deseo.» B. PÉREZ GALDÓS: *La Corte de Carlos IV*, O. C., *Episodios Nacionales*, Madrid, I, 1971, 320-1.

⁴ «El primero que tuve ocasión de admirar fue el cardenal de la Escala, don Luis de Borbón, célebre después por haber recibido el juramento de los diputados en la isla de León y por otros hechos menos honrosos que irán saliendo a medida que avancen estas historias. No era el señor cardenal hombre grave, cubierto de canas, prenda natural de la edad y del estudio, ni representaba su rostro aquella austeridad que parece ha de ser inherente a los que desempeñan cargos tan difíciles; antes bien, era un jovenzuelo que no había llegado a los treinta años, edad en la cual Lorenzana, Albornoz, Mendoza, Siliceo y otras lumbreras de la Iglesia española no habían aún salido del convento o del seminario.

sola acumulación de detalles reprobables o al menos negativos, don Benito logra su propósito de darnos una imagen débil y desvaída de quien fuera arzobispo de Sevilla y cardenal primado en el primer veintenio del XIX. Sino que si alguna concordancia existe entre los escasos investigadores de nuestra historia eclesiástica del período es precisamente la de revalorizar la actuación y papel desplegados por este miembro de la familia real, que, sin señalar un vértice de santidad o inteligencia en el episcopado, fue sin duda gobernante prudente, alma caritativa, español dialogante, hombre de iglesia comprensivo y con la mirada en el porvenir. La inquina que don Benito sentía por los últimos Borbones absolutistas se traspasó a este desgraciado cardenal, que sufrió fuertemente los desgarrones de la España de su tiempo⁵. Por lo demás, no es raro ni sorprendente que

Verdad es que existía la costumbre de consagrar el cardenalato a los príncipes menores que no podían alcanzar ningún reino, grande ni chico, y el señor don Luis de Borbón, primo del rey Carlos IV, fue en esto uno de los mortales más afortunados, porque con la leche en los labios empezó a disfrutar las rentas de la mitra de Sevilla, y no cumplidos aún los veintitrés, y mal digeridas las *Sentencias* de Pedro Lombardo, tomó posesión de la silla de Toledo, cuyas fabulosas rentas habría envidiado cualquier príncipe de Alemania o de Italia.

Pero cada cosa en su tiempo y los nabos en adviento. Lo que hemos dicho era costumbre propia de la edad, y no es justo censurar al infante porque tomase lo que le daban. Su eminencia, tal y como le ví descender del coche en el vestíbulo de Palacio, me pareció un mozo coloradillo, rubicundo, de mirada inexpresiva, de nariz abultada y colgante, parecida a las demás de la familia, por ser fruto del mismo árbol, y con tan insignificante aspecto que nadie se fijara en él si no fuera vestido con el traje cardenalicio. Don Luis de Borbón subió con gran prisa a las habitaciones regias, y ya no le ví más... Hubo un instante de mayor sosiego hasta que el cocinero mayor exclamó con voz solemne: «¿Está la polla asada de su eminencia el señor cardenal?» al momento funcionaron las cacerolas, y la polla, con otros sustanciosos acompañamientos, fue transmitida al cuarto del obispo». *Ibid.*, 309, 312.

⁵ Merecen destacarse especialmente las muchas páginas que, de manera directa o indirecta, le ha dedicado a la figura y actuación pastoral del purpurado, L. HIGUERUELA. Algunos juicios coetáneos —siempre elogiosos— de sus colaboradores se recogen principalmente en la obra del citado investigador: *El clero de Toledo desde 1800 a 1823*. Madrid, 1979.

—No he querido retirarme sin hablar con usted —dijo a Chamorro—. Vengo de ver a su majestad y le he recomendado el asunto de las señoras

Galdós lo dibujara así. Pues pasó desapercibido para la historiografía coetánea y fue en general piedra de escándalo para la publicística sectaria de su tiempo. Así como sabemos las fuentes orales en que bebió Galdós para su fresco del reinado isabelino, desconocemos cuáles pudieron ser —cuando existieron, hipótesis por la que nosotros nos inclinamos— las que le nutrieron de información de la Iglesia de la primera mitad de la centuria. Sus continuas referencias a la Iglesia toledana hacen sospechar de algún contertulio o amigo sacerdotal en las frecuentes estancias de don Benito en la «Ciudad Imperial», antes de sentirse atraído por las brisas cantábricas. Extremo éste, a no dudar, muy importante y sobre el que apenas si se ha reparado, por lo que nosotros hacemos expresa constancia de su interés. Dejando a un lado las alusiones casi nominales al cardenal Lorenzana y a su futuro sucesor en la sede primada, el canónigo doctoral ovetense Pedro de Inguanzo⁶, el primer prelado en irrumpir en el escenario de la segunda serie de los *Episodios* será el anciano —para la época— obispo de Almería Francisco Javier Mier y Campillo (1801-16) cuando, tras sobresaltos sin cuento por no reconocer a José Bonaparte, fue nombrado inquisidor general a la vuelta del «Deseado». Durante un año presidió los inciertos y lánguidos destinos del Santo Oficio. A pesar del interés de Galdós para demostrar la fuerza del famoso tribunal en el sexenio fernandino, los miembros pintados por don Benito dan más la impresión de comparsas que de otra cosa. Son títeres movidos por los hilos de la maquinaria del poder real. La pluma galdosiana es cruel con el prelado. Uno de los retratos más descaradamente anticlericales del escritor grancanario es esta descripción de aquel mitrado, que se desenvolvía mejor por los salones palatinos y los pasillos ministeriales que por las áridas tierras de su pobre diócesis⁷.

⁶ *La Corte...*, 309, y *Napoleón en Chamartín*, E. N., I, 558.

⁷ «Tenía el de Almería un semblante de angelical bondad, que al punto le ganaba las simpatías de cuantos tenían la inefable dicha de tratarle. Hombre menudillo y achacoso, no dejaba por eso de ofrecer un aspecto patriarcal. Viéndole, se sentía uno inclinado a las buenas acciones, a la mansedumbre evangélica, a la exaltación mística y a la piedad. No salía de su boca palabra alguna que no fuese la misma devoción y un compendio del Evangelio.

Confrontemos hasta dónde nos es posible realidad y ficción artística. No sabemos mucho de este obispo, pero sí lo suficiente para poner en cuarentena algunas de las insinuaciones del joven Galdós. Mier y Campillo anduvo incansablemente por los inimaginables caminos de su sede en el quindecenio en que la

de Porreño; se presenta muy favorable; pero es preciso que me lo apoye usted, pero que me lo apoye en forma. ¿Estamos?

—Descuide su ilustrísima —repuso el ex aguador—. Se atenderá con mucho gusto.

—También el señor de Artieda lo toma con gran calor —prosiguió el príncipe de la Iglesia con benévola sonrisa— pero; no me fio de Artieda, que es un poco falso. Usted es más formal, señor Collado... ¡Ay, cómo usted me descuide este asunto...! Son infinitas las personas de viso que se interesan por esas pobres señoras. Aquí precisamente tenemos una...

—Es preciso hacer algo por los desgraciados —afirmó el inquisidor, dando un suspiro y poniendo los ojos en blanco—. Esto es más que un favor, señor Collado; es una obra de caridad... No me descuide tampoco aquel asunto de mis primas, ¿eh?

—Puede su ilustrísima ir sin cuidado —replicó el ex aguador—. Todo se hará...

—Señores —exclamó [Tomás Moyano, ministro de Gracia y Justicia] declamatoriamente—, felicitemos todos al señor inquisidor general por la merecida distinción con que acaba de agraciarse su majestad.

—Nada más justo —dijo Cevallos, descifrando el enigma y haciendo una cortesía al digno prelado—. Su majestad ha concedido a su ilustrísima la Gran Cruz de Carlos Tercero.

—¿Y eso era...? —balbució el pastor—. Pero ¿en qué están ustedes pensando?... ¡Darle a mí la Gran Cruz, a mí, que estoy muy lejos de merecerla, cuando hay tantos otros...!

—Fue idea mía, señores —dijo Moyano con vanidad indescriptible—. Anoche lo propuse a su majestad, y al punto... Hoy he extendido el decreto —añadió, pasando la vista por un papel escrito—, y no le falta más que la firma... «En atención a los méritos del muy reverendo, etc..., y *en premio de su humildad apostólica...*»

—*En premio de su humildad apostólica* —repitió Cevallos— me parece admirable. Señor prelado, felicito a usía ilustrísima.

—¡Todo sea por amor de Dios! —murmuró el obispo, juntando las manos.

Nos inclinamos todos, y aquello fue un coro de felicitaciones y plácemes. Al santo y humilde pastor casi se le saltaron las lágrimas de puro enternecimiento. Yo estaba también muy conmovido.

—En vez de ocuparse en repartir cruces a los pobres viejos achacosos —dijo el inquisidor, con ese tono de reprensión benévola y delicada que

pastoreó de cerca. ¿Estuvo tan apegado a «las esperanzas cortesanas» como nos lo describe don Benito? La renuncia a su silla al comenzar 1816 no confirma ni desmiente tales miras mundanas, pero indudablemente inclinan más a lo segundo que a lo primero ⁸.

se emplea para condenar aparentemente las cosas que más nos agradan—, debiera usted ocuparse, señor Moyano, en expedir de una vez ese decreto en que su majestad nos concede el uso diario y constante de nuestra venera.

—Es verdad —repuso Cevallos—; pero ya hemos tratado en consejo este asunto. No se puede hacer todo de una vez.

—Se ha despachado primero la creación de la *Cruz de Valencey* —indicó Eguía.

—La *Cruz de los Persas* nos ha dado también mucho que hacer —añadió Moyano.

—Y la *Cruz de El Escorial*.

—Pero la de los señores inquisidores quedará despachada bien pronto, y podrán usar su distintivo diariamente, como los caballeros de Calatrava y Santiago, a fin de que sean conocidos del pueblo, y respetados y considerados como merece ese alto instituto.

—La visita que su majestad nos hizo el otro día —dijo con dulzura el prelado—, dignándose ver y fallar varias causas, sentado al lado nuestro y compartiendo nuestras fatigas, debía señalarse con una distinción solemne hecha al Supremo Consejo. Así entiendo yo la cruz que se me ha dado, señores: se ha querido honrar a toda la corporación, honrando a este indigno soldado de la Fe. Doy las gracias a los generosos amigos de su majestad, que se han acordado de este humilde siervo de Dios; y pues nobleza obliga, suplico a los señores ministros presentes que me acompañen hoy a la mesa.

—Yo acepto —dijo don Pedro Cevallos, con cortesana desenvoltura—. Desde el banquete que su ilustrísima dio al rey el día de su célebre visita, corre por estos barrios la noticia de que el cocinero del inquisidor general es uno de los mejores de Madrid.

—Un pasar decoroso y nada más —repuso el prelado. Conque, señores, ¿no hay otro de ustedes que quiera hacer penitencia?

—Haréla yo también, señor obispo —dijo don Francisco Eguía— estrechando fervorosamente la mano que el reverendo le alargaba.

—Por mi parte, no desairaré a su ilustrísima —manifestó Moyano lleno de piedad cristiana. El despacho con su majestad será breve.

—Señor duque —dijo su ilustrísima despidiéndose—. Señor Collado, señor Pipaón, mil bendiciones para todos y mil millones de gracias por sus bondades». *Memorias de un cortesano de 1815*. E. N., I, 1327-28.

⁸ Por desdicha el episcopologio más reciente de la diócesis de Almería dice: «Nada sabemos de su vida antes y después de su pontificado alme-

Otro prelado célebre en los días de Cádiz, y de ingrata memoria para los liberales españoles, sale igualmente malparado del bisturí galdosiano. Pietro Gravina, nuncio en España entre 1803-1816, atraviesa fugazmente por las páginas del citado *Episodio*, pero no lo bastante para que su figura en el cuadro dibujado por don Benito no sea negativa. Mundanidad y narcisismo son los rasgos que concentran la mirada del lector⁹.

La jerarquía fernandina

Por tercera vez tenemos que recurrir al mismo episodio de *Memorias de un cortesano de 1815* para analizar una faceta capital de la más encumbrada política eclesiástica de la época. La selección episcopal llevada a cabo por los gabinetes fernandinos recibe una aportación de un vivo interés de la pluma bien documentada del autor de *Fortunata y Jacinta*. En nuestro libro sobre la sociología del episcopado español e hispanoamericano contemporáneo hemos marcado la diferencia entre los criterios que orientaron los mecanismos electivos de la corona en los períodos absolutistas del reinado de Fernando VII. En uno y otro aquéllos estuvieron condicionados por la necesidad de premiar servicios a la causa del «Sacerdocio y el Imperio» y lograr un episcopado apiñado en torno al trono. Esta circunstancia propiciaba la intervención de arrivistas y ambiciosos, así como una variada gama de cohechos. El aspecto más doloroso y repugnante de las preconizaciones queda ilustrado por Galdós en la designación de Santiago Bencomo (su nombre es omitido por don Benito) para la silla asturicense. El ascendiente de doña Inés, mujer de rompe y rasga, «ama» del burócrata más influyente en el ministerio de Gracia y Justicia, fue burlado en esta ocasión por el mandato imperativo y socarrón del monarca:

«Pero la mayor notoriedad del magistrado en cuestión no era su sabiduría, sino su *negra*, una tal doña Inés, ama de llaves y gobernadora de la casa, de cuya intervención en

riense». J. A. TAPIA GARRIDO: *Los obispos de Almería 66-1966*. Almería, 1968, 67.

⁹ *Memorias de un...*, 1279; 1287.

los negocios públicos se habló durante mucho tiempo. Habíase captado de tal modo la voluntad de su dueño, que, teniendo éste la clave de muchos nombramientos, túvola ella también. Especialmente las mitras que se concedían siempre a propuesta del Consejo fueron de tal modo monopolizadas por doña Inés, que ésta no abría la mano sin que saliera de ella un obispo. Había previo convenio y eclesiástico arreglo antes que una mitra fuese provista, y era cosa sabida que ni el más pintado, aunque fuera el mismo San Pedro, empuñaba el báculo, si antes no se ponía a bien con la tal negra, impetrando y consiguiendo su soberana gracia. Con este motivo ocurrió más adelante un suceso curioso, que no quiero callar.

Vacó la diócesis de Astorga, y, siguiendo los trámites ordinarios, fue presentado para la silla un sujeto cuyo nombre no hace al caso. Llevóse el decreto al rey para que lo firmara y Fernando, que tenía felicísimas salidas de aticismo cómico, leyó detenidamente el pliego, sonriendo con la socarronería que le era habitual. Estaba verdaderamente cargado, como ahora se dice, de aquella ambición desmedida de la negra de su amigo, y decidiendo emplear su iniciativa y usar sus facultades con tanta insolencia usurpadas, no colérico, sino con mucha calma y gravedad, tomó la pluma, y al margen de la propuesta puso estas sencillas palabras, que constan en un archivo: «Será obispo de Astorga D. X... X..., y perdone por esta vez doña Inés»¹⁰.

Episodio ilustrativo y aleccionador en extremo de los turbios manejos y corrección de la administración de la primera restauración fernandina, pero también de la perspectiva del rey. Cuando estaba comprometido o interesado en algún asunto importante, su elección solía ser acertada. El prelado no citado por Galdós era su casi paisano, el tinerfeño Santiago Bencomo, confesor y capellán de Fernando VII, muy allegado a su persona y correspondido por el soberano¹¹, quien lo designará para Astorga —1-X-17—, muriendo en enero siguiente, antes de tomar posesión de la importante y extensa diócesis leonesa¹².

¹⁰ *La segunda casaca*. E. N., II, 245.

¹¹ «Los ven como tenían antipatías, dada su posición política de muy afectos a la persona de Fernando VII, entre los no adictos a este monarca». M. MARRERO RODRÍGUEZ y E. GONZÁLEZ YANES: *El Prebendado D. Antonio Pereira Pacheco*. La Laguna, 1963, 65.

¹² P. RODRÍGUEZ LÓPEZ: *Episcopologio asturicense*. Astorga, 1908, IV,

El Trienio y la década ominosa tienen también obispos representantes en las páginas galdosianas. Del prelado catalán Jaime Creus, obispo de Mallorca entre 1814 y 1819 antes de ser trasladado a Tarragona, nos habla don Benito en un par de ocasiones. Una al relatarnos los trabajos llevados a cabo por el famoso Blas de Ostolaza¹³, para lograr el obispado baleárico ya citado, y otra al referirnos su idea de Seo de Urgel, al verse acorraladas las tropas de la Regencia por las fuerzas de Mina. La *vis cómica* del escritor canario se ofrece muy incisiva al describir a don Jaime caballero en su mula¹⁴, apremiado de tiempo, o acongojado de angustia.

Con más detenimiento y profundidad analiza Galdós otra figura muy polémica y controvertida del episcopado isabelino, éste designado en 1823. Ministro universal de la Regencia, como don Jaime Creus, del cual vino a ser en realidad su heredero y sucesor, el obispo tortosino don Víctor Sáez se nos aparecerá ya dibujado con sus principales notas en un espléndido primer

146-49. No puede tratarse del siguiente prelado, el grande y desgraciado Martínez Riaguas (1819-1824), por ser de una fecha posterior a los sucesos narrados por Galdós y debido también a que Fernando VII no lo conocía personalmente. Sobre el liberalismo templado de este obispo, que quiso hermanar el catolicismo con la libertad, llamó por vez primera la atención J. M. CUENCA TORIBIO: *Pedro de Inguanzo y Rivero (1764-1836), último primado del Antiguo Régimen*. Pamplona, 1965.

¹³ La bibliografía sobre el célebre canónigo peruano va siendo ya extensa, aunque no por ello rebasa en muchos casos las coordenadas polémicas. Una última y novedosa visión de sus escandalosa estancia murciana en F. CANDEL CRESPO: *Clero liberal y absolutista en la Murcia de Fernando VII*. San Javier, 1978, 18 y *passim*.

¹⁴ «No podré olvidar nunca la figura del arzobispo, montado a muje-riegas en un mulo, apoyando una mano en el arzón delantero y otra en el de atrás, y con la teja sujeta por un pañuelo para que no se la arrancase el fuerte viento que soplabá. Es sensible que no pueda una dejar de reirse en circunstancias tristes y luctuosas, y que a veces las personas más dignas de veneración por su estado religioso exciten la hilaridad. Conozco que es pecado y lo confieso; pero ello es que yo no podía tener la risa». *Memorias de un...*, 1284. Una biografía apologética, pero no desprovista de interés es la de R. SALAS OLIVERAS: *Biografía de l'Ercmo. i Rvdm. Dr. D. Jaume Creus i Marti, Archebispe de Tarragona, 1760-1825*. Mataró, 1961.

plano del penúltimo capítulo de *Los cien mil hijos de San Luis*¹⁵.

Con mayor propiedad aún, y desde luego con mayor extensión que el del confesor y casi *factótum* del monarca, Víctor Sáez, la incisiva pluma de Galdós abocetó los retratos de otros dos célebres prelados de la última etapa del gobierno de Fernando VII, cuya fama y celebridad eclipsaron las del obispo tortosino. Obvio es aclarar que estamos hablando de Pedro Abarca y fray Cirilo de la Alameda y Brea.

Las penalidades del antiguo doctoral de Tarazona a manos de los gobernantes del Trienio fueron recompensadas magnánimamente por el soberano en 1824, incluyéndolo dentro de la hornada episcopal que pudiéramos denominar, aragonesa y carlomardiana¹⁶. Hombre de genio vivo, de temperamento adusto y gran capacidad de trabajo, Abarca formó parte, junto con el cardenal primado Inguanzo y el general de los franciscanos fray Cirilo de la Alameda, del Consejo de Estado en los días en que este organismo adoptaba decisiones trascendentales para el inmediato porvenir de la nación. En su seno jugó decididamente la carta sucesoria de Don Carlos de quien se convirtió en mentor y guía. En sus andanzas conspiratorias y dinásticas lo recogen las páginas de *Los Apostólicos*.

«Era el obispo de León, señor Abarca, absolutista furibundo de ideas y aragonés de nacimiento, con lo que basta para pintarle. De consejero público del reino y atizador de sus pasiones, pasó a la intimidad de Don Carlos y a la dirección del partido de éste, llegando a ser más tarde Mi-

¹⁵ «—¡Sáez, el ministro del absolutismo! ¡El que ayudó a Fernando VII en su tarea de ahorcar a medic mundo!», *La campaña del Maestrazgo*. E. N., II, 1337. Sobre el mismo prelado vid. también *El 7 de julio*, N. E., II, 23, y el capítulo mencionado en el texto, 363-4 y 396; estas últimas páginas merecen leerse especialmente. Dos episcopologios se ocupan extensamente de dicho obispo, R. O'CALLAGHAN: *Episcopologio de la Santa Iglesia de Tortosa*, Tortosa, 1896, 238. «Predicó el sermón de honras en la muerte de M.^a Luisa y le eligió para confesor suyo el rey Don Fernando VII», T. MINGUELA Y ARNEDO: *Historia de la diócesis de Sigüenza y de sus obispos*. Madrid, 1913, III, 4fl, este último proporciona curiosísimas noticias sobre su pintoresca muerte.

¹⁶ J. M. CUENCA TORIBIO: *Sociología de una élite...*

nistro universal de la Corte de Oñate. El cura de la Bañeza se diferenciaba de su pastor en lo de liberal, y se le igualaba en lo de aragonés. Puede suponerse lo que sería una pendencia clerical y política entre dos aragoneses de sotana. El obispo tenía, entre otros defectos, el de los modos ásperos, los procedimientos brutales y las palabras des-templadas; el cura, sobre todas las máculas, tenía la de ser algo más presbítero de Baco que sacerdote de Cristo. Resistióse el cura a dejar la parroquia (que precisamente estaba a cuatro pasos de la taberna); insistió el obispo, salieron a relucir mil zarandajas canónicas de un lado, liberalescas de otro, y al fin, convidó el subalterno, escapó una noche antes de que le cayera encima el brazo secular; pero como hombre de ideas filosóficas, pensó que los libros parroquiales, por ser expresión de la verdad, debían estar, como la verdad misma, en el fondo de un pozo»¹⁷.

Por su intencionalidad, más que por sus rasgos expresos, la silueta de don Benito se acerca a lo siniestro. Una invariante de toda la obra galdosiana es el repudio de su autor por la injerencia de la Iglesia en el ámbito de lo temporal. No es, pues, extraño que el escritor grancanario aprovechara el terreno abonado que le presentaba la historia de los aciagos días finales de Fernando VII para encarnar en el inquieto prelado los aspectos más desagradables y perniciosos de la intromisión de pectorales y solideos en los asuntos dejados a la disputa de los hombres.

Largo tiempo acompañará la figura del obispo aragonés a los lectores de los *Episodios*. Los consagrados a narrar las peripecias de nuestro primer conflicto civil lo tienen también como centro en varios de sus pasajes, tan grandes fueron el protagonismo y la influencia del batallador prelado en el Cuartel Real de Carlos M.^a Isidro, cuyo ánimo secuestró por completo hasta su muerte en el exilio bordelés en 1844¹⁸.

¹⁷ B. PÉREZ GALDÓS: E. N., II, 654. Vid. igualmente, otros textos en páginas 622, 634, 658, 662 y ss., y 671.

¹⁸ *Un faccioso más y algunos frailes menos*, E. N., II, 677; Vergara, E. N., IV, 262. En intencionalidad agresiva el retrato del famoso obispo hecho por Baroja supera al de Galdós. Vid. lo que dice de su situación en los momentos que precedieron al Convenio de Vergara: «El obispo, inconsolable como Calipso porque habían prendido a su amigo y confi-

No menos relieve y trascendencia adquirió en toda la historia del reinado fernandino y del de su hija el «andariego» franciscano que respondió en el siglo al nombre de fray Cirilo de Alameda y Brea. Personaje rocambolesco, difícilmente podrá encontrarse en el episcopado español contemporáneo —diríamos también del mundial— un paralelo que se acomode, aunque fuese de lejos, a los incontables acaeceres y peripecias de su fantástica vida. Galdós lo incluye ya en sus *Episodios* en los días en que vuelto de América comenzaba, desde su preponderante lugar de superior de los franciscanos, a tejer una amplísima red de influencia en los ambientes cortesanos y políticos, sin omitir la especie propalada algo más tarde de su pertenencia a la francmasonería, negada resueltamente por fray Cirilo.

Miembro también, como ya dijimos, del Consejo de Estado, a partir de 1826 sus posiciones se decantaron hacia el carlismo, por lo que, debido sin duda a la presión de M.^a Cristina, fue designado en 1831 para la sede de Santiago de Cuba. Abierta la guerra en la península, retornó a ésta, disputando en el campo del «Prendiente» el valimiento y el poder al no menos enérgico y ambicioso, pero menos capacitado, Pedro Abarca. Después de un largo exilio fue designado en las hornadas de la reconciliación nada menos que para la sede burgalesa, de la que sería trasladado a la primada diez años más tarde, ocupando ésta por tres lustros más. A la vista de esta trayectoria es comprensible la fascinación que fray Cirilo ejercía sobre novelistas y escritores. Galdós no escapó a ella y mil veces reaparecerá en numerosos pasajes de los *Episodios* casi siempre descrito con pincel veraz.

dente fray Antonio de Casares, fraile inquieto y turbulento, no quiso hablar nada ni manifestar sus opiniones. Se entregaba a los cuidados de su querida amiga doña Jacinta Soñanes, alias la *Obispa*... El canónigo Echeverría profesaba a Maroto odio frenético, uno de esos odios de curas reconcentrados e implacables.

Avinareta, al oír a Iturri, que le contó lo hablado en las visitas, se dio cuenta clara de que el eclesiástico, impulsado por el odio, provocaría la rebelión de los navarros. Al marchar a su hotel, don Eugenio comenzó a tomar las disposiciones necesarias para dar el golpe ya meditado desde febrero». P. BAROJA: *La nave de los locos. Obras Completas*, Madrid, IV, 1948, 348-9.

Alameda nos introduce ya en la histórica siguiente a la crisis del Antiguo Régimen, por lo que tal vez sea necesaria una breve puntualización sobre el valor científico de su análisis de la Iglesia jerárquica del momento.

Enjuiciados o imaginados con ostensible parcialidad, el enmarcamiento histórico de los prelados silueteados más arriba se ajusta a la actuación real de varios obispos del reinado fernandino en los que la política se impuso siempre a su oficio de pastor. La distancia cronológica que media entre *El Audaz* y los *Episodios* de la primera e iniciales de la segunda serie, quizás no sea suficiente para ver el diferente tratamiento de que son objeto los prelados por Galdós a la luz de una maduración de la inteligencia de éste o de un ensanchamiento de su cultura historiográfica. Como comprobaremos más adelante, apenas un año separa al obispo de Orbajosa de don Angel Lantigua y ninguna semejanza puede trazarse entre ambos. Quizás la explicación de este distinto procedimiento debase a lo ya resaltado respecto a otras parcelas de la obra galdosiana. Los *Episodios* quisieron ser historia fabulada, pero puestos siempre bajo la tutela de Clío¹⁹. A las novelas les dio vida el empeño de convertirlas en un fresco de la existencia española del XIX, trazado con imaginación y una dosis variable de veracidad histórica²⁰.

Los obispos isabelinos

En la etapa isabelina también Galdós se consagra al tratamiento intensivo y extensivo del tema episcopal. Los lectores tienen grabado los caracteres de don Angel Lantigua, tío de la heroína de *Gloria*. Su papel se revelará esencial en la trama y desenlace de la novela. En la primera parte de la obra don Benito le hace pastor de cierta sede episcopal andaluza, de la que pasará a una cardenalicia en la misma región, que no puede

¹⁹ Vid. las atinadas observaciones de C. SECO SERRANO: *Sociedad, Literatura y Política en la España del siglo XIX*. Madrid, 1973.

²⁰ Cfr. el excelente libro de H. HINTERHÄUSER: *Los Episodios Nacionales de Benito Pérez Galdós*. Madrid, 1963.

ser otra que la hispalense²¹. Ya hemos dicho que Galdós conocía bien la crónica episcopal de su tiempo. Una nueva prueba de ello la encontramos en que por los años en que se sitúa la acción de *Gloria* —mediada la década de los 60 pero antes de la «Gloriosa»— regía la silla isidoriana don Luis de la Lastra (1865-1876), oriundo de la misma región en que —sin nombrarla— se coloca el escenario del libro. No queremos decir con ello que el escritor canario se inspirase en la Lastra y Cuesta para su obispo, aunque algunos rasgos de entrambos fueran algo comunes²².

Pocos prelados de los que rigieron la Iglesia española en el ochocientos poseyeron un conjunto de virtudes superior a Lantigua. Apolítico por completo, modesto y bondadoso en extremo, solícito de su grey, austero en grado sumo. Del relato galdosiano se desprende que su cultura religiosa no constituía un punto destacado de su personalidad. Acierto también del novelista, que ponía al descubierto uno de los fallos más llamativos del episcopado ochocentista. Bien cierto es, empero, que el creador no tenía tampoco una cultura descollante, aunque en materia religiosa estaba, en líneas generales, bien informado, salvo en teología, punto en el que don Ángel mostrará igualmente un acerbo mínimo. La cuestión se presta a un comentario, que nosotros reduciremos al máximo con objeto de no perder de vista el horizonte de este trabajo. Los escasos estudiosos de la ciencia eclesiástica española del xix están de acuerdo en señalar el retroceso padecido por aquella en esta centuria²³. Se vivía de traducciones francesas, no siempre bien hechas y actualizadas. Los obispos de la generación de don Ángel no se distinguieron por el cultivo de dicha rama del saber. El Concilio Vaticano I lo descubriría con patencia²⁴.

Así pergueñada la figura de Lantigua no se presenta como extemporánea en el conjunto de un episcopado grisáceo y tra-

²¹ O. C., I, 525, 531, 636, 698.

²² J. ALONSO MORGADO: *Prelados sevillanos*. Sevilla, 1907.

²³ Muy descibujada e imprecisamente se está ocupando del tema el sacerdote D. Baldomero Luque.

²⁴ J. M. CUENCA TORIBIO: *Iglesia y burguesía en la España Liberal*. Madrid, 1979.

bajador. Presumiblemente Galdós quizá subrayara con ella su adhesión particular hacia los pastores ajenos a las luchas políticas y a los conflictos que desgarraban el catolicismo español. Si en su misión pastoral el éxito no acompañaba a veces a sus buenas intenciones, su responsabilidad quedaba exenta, como don Benito hará con su prelado en las últimas líneas de la obra²⁵. La historia testimonia que en los decenios centrales del XIX existieron prelados de talante idéntico a la criatura literaria de Galdós. En pleno remolino de pasiones y críticas, éste quiso con ella levantar un tributo de admiración al episcopado y al clero despolitizado en su conjunto, reforzado, como ya veremos en su siguiente novela, con una alabanza casi panegírica a los sacerdotes entregados sin reservas a la cura de almas.

Pero también existían obispos como el que regía los destinos de Orbajosa. Con un toque perfecto, don Benito no nos presenta nunca corporeizado a este prelado, pero sí nos relata sus acciones, plenas de intransigencia y soberbia²⁶. Así como se ha podido identificar a Ficóbriga con Castro Urdiales, no ha podido llegarse al mismo resultado con la ubicación de la ciudad en que transcurre *Doña Perfecta*. Cualquiera de las viejas ciudades episcopales no radicadas en capitales de provincia podía ser su localización. Apostaríamos por los datos que da Galdós por Coria, pero también podía ser Ciudad Rodrigo, Osma, Plasencia, Sigüenza...²⁷. En la Mancha se destacaron siempre brotes de un

²⁵ «Recordaba siempre con amargo disgusto los sucesos del Sábado Santo de aquel año y la problemática conversión..., ¿pero qué hacer, santo varón, en medio de la terrible batalla de las conciencias? Si en aquel día no entró alma nueva en el rebaño, no fue por culpa del digno y solícito pastor». *Gloria*, O. C., I, 698.

²⁶ «—Lo que yo aseguro..., vamos si te has de ofender no sigo..., lo que aseguro es que muchas personas lo advirtieron esta mañana. Notáronlo los señores de González, doña Robustiana, Serafinita; en fin..., con decirte que llamaste la atención del señor Obispo... Su Ilustrísima le dio las quejas esta tarde en casa de mis primas. Díjome que no te mandó plantar en la calle porque le dijeron que eras sobrino mío.» *Doña Perfecta*, O. C. I, 439.

²⁷ Aunque nosotros no nos inclinamos por su hipótesis, un buen conocedor de ciudades ha escrito lo siguiente: «Sin embargo, por eso, por ese mismo anonimato, yo creo que Burgos encarnaba *ingenere*, mejor que otras, esa ciudad arcaica y retrógrada, donde una tradición gloriosa se

carlismo militante, pero la diócesis de Ciudad Real era de muy reciente creación, y a su primer obispo, don Victoriano Guisasa, de modo alguno cabe emparejarle con el de Galdós²⁸. Cosme Marrodán, de Tarazona, o Pedro Casas y Souto, de Coria-Plasencia, pudieron, entre otros, estar presentes en la retina de don Benito a la hora de escribir la novela que le consagrara como novelista de cuerpo entero.

En los *Episodios* atañentes al triunfo y consolidación del sistema constitucional, esto es, los que constituyen su tercera y cuarta serie, se delinear los perfiles de algún que otro prelado, en especial, Claret, cuya larga sombra se proyecta sobre buena parte sus páginas. Antes, sin embargo, de detenernos en él glo-

había anquilosado hasta convertirse en una caricatura de sí misma. Quién sabe si Galdós no tuvo presente a la *Caput Castellae* cuando imaginó la Orbajosa de *Doña Perfecta*..., ... Volví a pensar si la Orbajosa de *Doña Perfecta*, apiñado y viejo caserío asentado en una loma con las viejas y negras torres de un despedazado castillo en lo más alto, una hermosa catedral, una hidalga calle del condestable y algunas huertas junto al río, única frondosidad que alegraba la vista, sería un Burgos en pequeño, pues no pasaba de 7.324 habitantes, aunque contaba con sede episcopal, Juzgado, seminario, depósito de caballos sementales, instituto de segunda enseñanza y otras prerrogativas oficiales. Pero tengamos en cuenta que, según el censo de 1821, cuenta Burgos con 11.628 habitantes, que en 1847 suben a 15.625, y en 1857, a 26.086 (datos tomados del libro de NAZARIO GONZÁLEZ, S. J.: *Burgos. La ciudad marginal de Castilla*), y que, por lo tanto, no era mucho mayor que la hipotética Orbajosa cuando se relata la triste historia de Pepe Rey». Apud., F. CHUECA GOITIA: *La ciudad galdosiana*, «Cuadernos Hispanoamericanos», 250-2 (1970-71), 99, 106-7. Por su parte, R. GULLÓN centra el tema al exponer que: «La fábula acontece en Orbajosa, ciudad que algunos curiosos han buscado en el mapa de España, ateniéndose a los datos del texto, vacilando entre las que tienen obispado y no gobierno civil, ciudades levíticas (al menos en el tiempo histórico de que la novela trata), y votando por Coria, Astorga, Burgo de Osma..., según preferencias respetables, pero fútiles... Ocioso, digo, desde el punto de vista de la Crítica, pues la novela es lo que es y en nada altera su sustancia el hecho de que la materia haga recordar tal o cual punto de la Península». *Técnicas de Galdós*, Madrid, 1970, 34-5.

²⁸ Es lástima que el último estudioso de la figura de este prelado asturiano se limite a reproducir la biografía publicada en el «Boletín Oficial» de la primera sede en 1882. J. JIMÉNEZ CORONADO, en *Cien años del obispado priorato de las órdenes militares. Avance para la historia*. Ciudad Real, 1977, 171-75.

saremos en rápidos apuntes los restantes prelados isabelinos que desfilan por estas series de los *Episodios*. La secularización del cura Merino reunió en la capilla de muerte del regicida a dos conocidos jerarcas de la Iglesia ochocentista, andaluces ambos, pero de muy distintas cualidades. Uno fue el prototipo de príncipe de la Iglesia más atento a su encumbramiento personal y a la evolución de los acaeceres políticos que a sus tareas pastorales, delegadas o abandonadas por completo muchas veces. Tal fue Juan José Bonel y Orbe, primado de las Españas en el decenio 1847-57²⁹. Cascallana, por el contrario, fue un celoso y culto pastor, consagrado con ahínco a sus deberes ministeriales desde los días en que fuera el último rector de la Universidad ursoanense hasta su muerte al frente de la sede malagueña. En el retrato del cardenal, la penetrante pluma de don Benito se muestra evasiva, aludiendo al primado con líneas excesivamente superficiales. Sin ahondar mucho en la sicología de uno de los primeros cultivadores de la elocuencia eclesial española de la primera mitad del XIX³⁰, la pluma galdosiana acierta, sin embargo, a ofrecernos alguna cualidad fundamental de Cascallana, como era su bondad³¹.

Las tensiones provocadas en el mundo eclesiástico y político por la búsqueda de un acuerdo concordatario que sustituyera al firmado por Benedicto XIV y Fernando VI, fueron analizados con cierto detallismo por Galdós. Con perspicacia que hoy nos sorprende percibió el escritor grancanario toda la trascendencia que para el consolidamiento de la nueva sociedad y los futuros destinos del país tuvieron las negociaciones que condujeron a la firma del pacto en marzo de 1851. Sin dudas de ningún género, los estudios realizados hasta el momento acerca de tan importante capítulo de la historia social y eclesiástica de la España de mediados del XIX verán ensanchadas sus di-

²⁹ Próximamente aparecerá un sólido estudio sobre la figura de este cardenal granadino debido a Eva Martín López.

³⁰ Vid. Las curiosas noticias que sobre el sistema que tenía de memorizar sus prédicas y discursos este buen sacerdote en L. RAMÍREZ DE LAS CASAS DEZA: *Memorias de Luis María Ramírez de las Casas Deza*. Córdoba, 1977.

³¹ *La revolución de julio*, E. N., III, 844-7.

mensiones y fortalecidas sus bases documentales con la incorporación de las visiones galdosianas teñidas, como siempre, de una parcialidad inferior a su agudeza y lucidez.

Pero a nosotros sólo nos interesan en este momento los jefes eclesiásticos, a los que don Benito hace intervenir en su relato. Tres son los principales. Novela e historia se confunden en el pergeño del muy famoso obispo cartagenero del Trienio, Antonio Posadas Rubín de Celis; del de Córdoba y futuro cardenal de Sevilla, Manuel Joaquín Tarancón y Morón, y de Tomás Iglesias Barcones. Los elementos literarios introducidos por Galdós provienen de las opiniones dispares mantenidas por el Madrid político y cortesano respecto a la muy célebre M. Patrocinio y su ascendiente sobre el ánimo del rey consorte, Francisco de Asís. Los «duendes de la camarilla» tejen y destejen intrigas de arroyo en las que se ven metidos los más altos personajes palatinos y gubernamentales. La oposición del patriarca de Indias Rubín de Celis, el ya mencionado prelado asturiano, a las por él consideradas supercherías de la monja milagrera desencadenará la ofensiva de los partidarios de ésta para desbancarlo de su sitial y sustituirlo por un clérigo polizante y adicto. Leyenda y realidad se mezclan en este episodio y en la descripción del Patriarca, cuyo liberalismo de vieja cepa atrae a Galdós, quizá en exceso, como lo demuestra la versión extremadamente favorable a su salida de España en 1823, por no doblegarse, según el escritor, a las imposiciones del restaurado absolutismo³², como el antiguo prelado murciano no dejó de tocar ningún registro con tal de permanecer en España; de la que fue expul-

³² «—¡San Caralimpio! Yo empiezo por el fin y acabo por el principio, a causa de tener mi pobre cerebro del revés, como es uso entre cesantes... Vamos al caso: usted sabe que la madre Patrocinio bebía los vientos por destituir al señor patriarca de las Indias, don Antonio Posadas Rubín de Celis... Nunca le perdonó a este señor que se burlara de las llagas y las calificara, como las calificó, de *farsa indigna de una nación católica*... El odio de su caridad levantó gran polvareda contra el prelado, por si era o no era de la cáscara amarga. Se decía que en 1823, gobernando la diócesis de Cartagena, renunció a la mitra o se fue a la emigración por no bajar la cabeza ante el absolutismo... Esto le imputaban, y del tal modo atronaron los oídos del Rey y de la Reina, que, al fin..., usted lo sabe... le largaron el cese al Patriarca, y en su lugar fue nombrado don Nicolás Luis de Lezo, confesor de la Reina Madre, el cual se endilgó la

sado finalmente con exoneración de su sede en uno de los actos de más exacerbado regalismo de toda la historia de la Iglesia peninsular³³. Vuelto a ésta durante la regencia de María Cristina, fue colmado de honores por los sectores progresistas que verán en él una de las figuras más destacadas, por su trayectoria y cultura, de la jerarquía decantada del lado isabelino. Arzobispo de Valencia en 1835, vocal de la famosa Junta Eclesiástica, sustituyó a Semmanat al frente del patriarcado de Indias, tras no aceptar su designación por Espartero para la sede primada. Malquisto por Roma, este último rechazo le volvió el favor de la Curia y el Papado. Es en estos instantes cuando Galdós lo hace entrar en la escena de los *Episodios*.

Otro prelado tachado también de liberal en los días del absolutismo, el antiguo rector de la universidad vallisoletana, Manuel Joaquín Tarancón y Morón, se recorta con perfiles verídicos sobre el escenario de la obra galdosiana. Después de rechazar en 1836 su nombramiento como obispo de Córdoba, aceptaría su designación cuando en 1847, en la primera y amplia hornada de los obispos isabelinos, veía ratificado su nombramiento por común acuerdo entre la Santa Sede e Isabel II, de la que había sido preceptor³⁴. Más insignificante, en puridad casi una alusión, es el lugar ocupado por el obispo de Mondoñedo, Iglesias y Barcones, en toda esta tramoya levantada por las intrigas y contraintrigas de aquella corte de los milagros que fue la de Isabel II en tiempos, en especial, de la preponderancia de sor Patrocinio sobre el rey Francisco. Dicho obispo sustituiría a Rubín de Celis, siendo un modelo de prelado cortesano, como ha estudiado con amplia documentación Mateo Martínez Fernández en su tesis doctoral³⁵.

sotana morada antes que de Roma vinieran las bulas... Usted sabe que lo que vino de Roma fue un soberano rapapolvo desaprobando todo lo hecho y confirmando en su puesto al señor Posadas y Rubín de Celis... Usted sabe que...» *Los duendes de la camarilla*, E. N., III, 775.

³³ Tesis doctoral bajo la dirección de José Manuel Cuenca Toribio, defendida en la Universidad de Murcia, 3 de octubre de 1979, de próxima publicación.

³⁴ *Los duendes de la...*, 375.

³⁵ Aún no publicado, el autor ha dado a la luz varios de sus capítulos: «Un cisma en el vicariato castrense durante el reinado de Amadeo. Res-

Hombre discutido hasta el paroxismo en su tiempo y en la posteridad, apenas si hoy la personalidad de Claret está siendo rescatada para un conocimiento historiográfico veraz y riguroso. Adelantándose mucho tiempo a la palinodia entonada por Azorín a propósito del mismo personaje, Galdós cambiará su enfoque al enjuiciarle en sus primeros escritos periodísticos y al recrearlo en sus *Episodios*. En unos y otros las alusiones serán siempre parafrásticas, formuladas en un lenguaje críptico, que emplea la insinuación y la elipsis³⁶. Atribuyéndole tácitamente los desvaríos de que dio muestras la Corte con motivo del reconocimiento del reino de Italia por el último gobierno odonellista, Galdós no cerrará oídos frente al alud de mentiras que la actuación del arzobispo catalán provocó en los sectores progresistas y radicales del momento, aunque sin aceptar las versiones deformadas de unos y otros sobre su nefasta influencia en el ánimo de la reina. Al menos parcialmente, don Benito se detiene en los *Episodios* ante una recia figura de innegables virtudes e incansable celo apostólico, pero también tosca y desmesurada³⁷.

ponsabilidad de Prim». *Actas de las I Jornadas de Metodología*. Santiago, IV, 1976, 319-26, y «El cisma de Pulido (1870-1872)». *Scriptorium Victoriense*, XXI (1974), 5-69.

³⁶ Narváez, E. N., III, 723; *Prim*, E. N., IV, 26, 39, 43, 102; *La de los tristes destinos*, E. N., IV, 165; *España trágica*, E. N., IV, 411.

³⁷ Un claro ejemplo de esta ambigüedad es el siguiente: «Aquel día no pudo Ibero adquirir las deseadas noticias. Muñiz no se acordaba... Revisaría sus papeles... Dos días después le encontró muy inquieto; acababa de llegar a la calle, sofocadísimo y tenía que salir sin perder minutos, y correr a casa del general Gándara, con quien estaba citado para visitar juntos al padre Claret. Véase el caso en la desgraciada intentona del 3 de enero, los Cuerpos de Caballería comprometidos en Alcalá no llegaron a pronunciarse porque les cogió en el momento crítico el general Vega Inclán, y la cosa se arregló, como si dijéramos en familia. Echóse tierra, que es en ocasiones la mejor compostura de estos descosidos de la Ordenanza. Pero toda la tierra echada con generosa espuerta no bastó a cubrir a un capitán y a varios sargentos de Cazadores de Figueras, que se habían comprometido públicamente sin la cautela y cuquería que los demás usaban. Pagaron por todos los puntos una Justicia desigual, escarmentó a los menos avisados; un Consejo de guerra condenó a muerte al desgraciado capitán Espinosa y a varios sargentos. Intentaron algunos progresistas salvarle la vida y anduvieron de O'Donnell a Pilatos y de

Prelados del Sexenio

El Sexenio revolucionario está lleno todo él en la obra galdosiana. Los *Episodios*, que se inspiran en el devenir de aquel ebullente período, proporcionan algún estimable dato para el estudio del episcopado de la época. Más que en la semblanza de los preladados —a veces verdaderas instantáneas: Cuesta, Monescillo— su interés reside en la *longa* mano de la política episcopal, que se ve reflejada en la actuación de los sectores carlistas en lucha abierta contra los diversos regímenes que se sucedieron en Madrid. Al lado de ello merece destacarse una breve pero muy aguda alusión a los intentos por parte de la monarquía amadeísta de romper el bloque monolítico de la oposición religiosa, representada en esto mancomunadamente por alfonsinos y tradicionalistas a través de un entendimiento directo con Roma, para romper, mediante una amplia leva episcopal, el *impasse* a que se había llegado entre Madrid y la Santa Sede.

«—Le ha llamado —me dijo Mariclio— porque a esta buena señora le ha dado ahora por hacer obispos. Cree con esto desarmar a las damas católicas que le han declarado la guerra. Equivocada está de medio a medio, porque aunque propusiera una hornada episcopal de sacerdotes virtuosos y entendidos, el Papa no los aceptaría... Así lo dije ayer a doña María Victoria, y ella me aseguró que secretamente, sin que lo supiera Don Amadeo ni Víctor Manuel, había tendido un hilo de inteligencia con el Vaticano, y por este hilo le habían dicho que sí, que propusiera... ¡Ay, no sabe esta buena señora con quien trata! Yo le dije: "no te fíes. Suponiendo que Pío IX entre por el aro no te preconizará más que obispos carlistones, afectos a él más que a ti y a tu marido. Hija mía, no te metas

Caifás a Posada Herrera sin hallar misericordia. En la desesperada, Muñiz discurrió acogerse a los sentimientos cristianos del padre Claret. Este buen señor se puso muy compungido cuando Muñiz y Gándara solicitaron su intercesión en favor de los reos. Prometió hablar a la reina; pero si en efecto intercedió, no le hicieron caso». *Prim...*, 102.

con Roma, ni creas que amansarás a las apostólicas damas poniéndote todos los moños del catolicismo y del papismo...”³⁸

Todo el jugoso texto transcrito se halla cuajado de agudeza y sagacidad. El intento atribuido a la buena reina Doña María Victoria persistió en los hombres de la República, sin lograr finalmente arribar a buen puerto siquiera cuando con Castelar llegó a darse prácticamente por Roma luz verde a todos los planes españoles. Como en tiempos del Trienio y de la década de las Regencias, algún sacerdote aceptó la designación episcopal llevada a cabo unilateralmente por el gobierno español. El pleito entablado entre la monarquía y el Vaticano fue ruidoso, con la victoria, días adelante, de la Santa Sede. Sorprendentemente a primera vista, las relaciones de ésta con Madrid evolucionaron a favor del restablecimiento de la normalidad a raíz de implantarse la primera República. Ambas partes flexibilizaron sus posturas y en las postrimerías del régimen todo estaba dispuesto para una avenencia entre ellas sobre la base de una amplia reorganización episcopal, en la que el regalismo hispano viera mermadas sus pretensiones. El golpe de Pavía frustró, en parte, el curso final de dichas negociaciones, si bien por el Consistorio de 16 de enero de 1874 se llevaba a cabo una amplia remodelación en la cúspide de la Iglesia, con sendas protestas del gobierno de Serrano y del duque de Madrid.

«—Ya sabes —añadió— que sin la aquiescencia de Roma nombraron arzobispo de Cuba al padre Llorente, íntimo de Martos, y obispo de Cebú al amigo Alcalá Zamora, demócrata de buena cepa, que siendo diputado en las Constituyentes del 69 votó la libertad de culto vestido de clérigo. Sabes también que el Papa se negó a preconizar a estos prelados, y que han pasado largos meses sin que el gobierno español y el Vaticano se entiendan.

—Ya, ya lo sé —contesté yo—. Dicen que Pío IX está afligidísimo.

—Naturalmente —repuso mi amigo—; lo está siempre que no puede tener a los países católicos bajo su sandalia. El nuestro se las mantiene tiasas con Roma desde el 68, y

³⁸ *Amadeo I*, E. N., IV, 525-6.

por eso el Pontificado ha tenido que cantar la palinodia, conviniendo un *modus vivendi* con el gobierno Castelar para la provisión de las mitras vacantes, que son muchas. Los jesuitas querían que el Papa nombrase los nuevos obispos arrebatando al gobierno el derecho de presentación, y hasta tenían preparada una hornada de clérigos carcundas para encasquetarles la mitra. Pero Mastai Ferreti vio que mermaban los chorros del dinero de San Pedro, y acabó honítamente con entenderse con la República española. Esto es un indudable éxito del gabinete castelariano, ¿no te parece, querido tito? Pues verá qué amarguras y contratiempos le aguardan al bueno de don Emilio. Salmerón está que echa bombas, y me parece que oigo ya los ruidos lejanos de la tempestad que se acerca»³⁹.

Junto con los preladados de los que nos hemos ocupado, otros varios como Monescillo, García Cuesta, Labastida, permanecen en la superficie del relato galdosiano, sin adquirir de ordinario perfiles propios, como figuras decorativas de una narración que no los tiene en ningún momento como protagonistas, incluso secundarios. Distinto será el caso de Antonelli y el nuncio Brunelli, de tan preeminente participación en el Concordato de 1851. El famoso secretario de Estado de Pío IX aparece muy destacadamente en los primeros capítulos del *Episodio Las tormentas del 48*. En los inicios de su espectacular carrera, el escritor grancañario lo retratará con rasgos muy agudos, que encierran los puntos claves de la rica sicología de una figura clave de la Iglesia católica del XIX⁴⁰.

³⁹ *De Cartago a Sagunto*, E. N., IV, 108-9.

⁴⁰ «Era un hombre alto y moreno, de mirada fulminante, de rasgada y fiera boca con carrera de dientes correctísimos, que ostentaban su blancura dando gracia singular a la palabra. El rayo de sus ojos de tal modo me confundía, que no acertaba yo a mirarle cuando me miraba. Sujetóme a un interrogatorio prolijo, y con tal arte y gancho tan sutil hacia sus preguntas, que le referí todas mis maldades, sintiéndome muy aliviado cuando no quedó en mi conciencia ninguna verdad oculta. A mi sinceridad correspondió su eminencia poniendo en su admonición un cierto aroma de tolerancia, que del fondo de su pensamiento a la superficie de sus palabras severas trascendía... Dejóme atónito esta conminación, que no admitía réplica, y con un gesto manifesté mi conformidad. Ya sabía yo con quién me las había y cómo las gastaba el caballero. Al despedirme, sólo me dijo:

Si la referencia al secretario de Estado del Papa Mastai implica ya una ligera disgresión por nuestra parte, se comprenderá fácilmente que no nos ocupemos del célebre Pontífice. En medida incomparablemente mayor a todos los restantes Papas del ochocientos, Pío IX atrajo *recurrente* la pluma de Galdós, que lo trató desde una óptica de acusado distanciamiento, aunque sin dejar de ser sensible a las muchas cualidades que adornaban la figura del indesmayable combatiente del mundo moderno y del firmante del *Syllabus*. Actitud, pues, muy semejante a la de muchos otros espíritus españoles del mismo corte ideológico de don Benito, que aunaron un rechazo doctrinal de las posiciones del Pontífice con una indisimulable simpatía hacia su bondad. Ha sido lástima grande que en el reciente centenario de su muerte no se haya estudiado la proyección de su figura en la literatura y la publicística española del siglo XIX, poblada con las reacciones a favor y en contra del tan discutido Pontífice de la *Quanta Cura*. Obviamente nosotros no vamos a rellenar tal vacío, sino tan sólo a dar cuenta de él y remitir al lector a algunas de las páginas en que Galdós se ocupa del controvertido Papa⁴¹.

Restauración

En el primer período de la Restauración y último tramo de la época aquí estudiada, las catas que podemos hacer en la materia mencionada son más escasas y de un valor tal vez inferior a las practicadas en los tramos precedentes. La disminución del interés y cantidad de nuestra fuente más explotada es la causa de ello. La última serie de los *Episodios* patentiza también su descenso de calidad en nuestra faceta. Es verdade-

En la política de tu país puedes abrirte camino ancho, que allí tienes dos especies de hombres afortunados: los tontos y los que se pasan de listos. Procura tú ser de los últimos». Id. *Las tormentas del 48*, E. N., III, 524-30.

⁴¹ Quizá la más interesante semblanza es la de los inicios de su prometedor pontificado. *Ibid.*, 525-6.

ramente extraño que en los acontecimientos más cercanos a su tiempo Galdós omita o minimice el protagonismo del alto clero, tanto más cuando que su papel político y social no resultó disminuido por el advenimiento de la Restauración, sino todo lo contrario. Esta y otras circunstancias a que a continuación aludiremos nos llevan a no comprender el cambio de actitud galdosiana. El uso y el abuso de los procedimientos alegóricos en la quinta y última serie descorporeizan un relato hasta entonces tan humanal, en beneficio de una abstracción de dudoso resultado, incluso artístico. Por otra parte, la iracundia de don Benito contra la intervención eclesiástica en la esfera civil no decrece, sino que se hace aún más apasionado en los *Episodios* finales. Sólo se producirá un cambio de objetivo en sus ataques: las congregaciones, en especial los jesuitas, sustituyen a los obispos como blanco. Para explicarnos este viraje no debemos perder de vista el hecho de que cuando dichos *Episodios* se escribían la virulencia suscitada por la famosa «Ley de Asociaciones» estaba alcanzando su clímax, no dejando el propio Galdós de arrojar combustible a la hoguera de la polémica. El intento de rompimiento del frente anticlerical corrió a cargo de las fuerzas de choque de las comunidades, reservándose la jerarquía hasta los últimos momentos de la controversia de intervenciones clamorosas —que también se dieron—, más por táctica que por sentimiento. Los tiempos de León XIII habían pasado, encontrando los prelados más combativos en la Roma de Pío X y Merry del Val apoyos, cuando no estímulos, para su belicosidad dialéctica. Ante la aparente y momentánea retirada del episcopado de la línea de fuego, quizás pensara don Benito que convenía concentrar todos los firmes ataques de sus escritos más divulgados en las comunidades o institutos religiosos, tan vapuleados en estos *Episodios* según veremos más adelante.

Tres serán los obispos de los que se ocupe Galdós en sus relatos sobre la monarquía de Sagunto, sin que en sus obras literarias enmarcadas en este período se haga alusión a alguna concreta. Del cardenal Benavides —del que nos contará en sus *Memorias de un desmemoriado* un curioso y significativo epi-

sodio de su pontificado en Sigüenza⁴²— y del más afamado cardenal Moreno las pinceladas galdosianas son simplemente referenciales⁴³.

La semblanza del cardenal Payá encajaría, por muchos motivos, muy adecuadamente en el reinado isabelino; pero el hecho de que ocupara en sus últimos días la sede primada por traslado desde la compostelana nos induce a cerrar con él esta galería episcopal de la Restauración. Apresurémonos, sin embargo, a señalar que su corporeización literaria no se dio en ninguna novela sino en uno de los *Episodios* más importantes de la cuarta serie. Al conquistar la única ciudad que por espacio de algún tiempo en la primera y tercera guerra civil las tropas carlistas ocuparon, éstas llevaron a cabo un baño de sangre entre los adictos al gobierno madrileño del general Serrano. Con energía serena, Payá, obispo de aquella diócesis desde 1858, echaría en cara la matanza a la célebre infanta Margarita, atizadora en buena parte de ella. El retrato de Galdós no puede ser más ajustado y elogioso⁴⁴. Un gran argu-

⁴² O. C., III, 1434.

⁴³ Cánovas, E. N., IV, 846.

⁴⁴ «Ya se habían dado las órdenes para que el obispo saliese a recibirla y le cantase el indispensable *Tedeum* por la feliz entrada del Ejército real en la histórica ciudad de Cuenca.

He aquí, lectores míos amadísimos y cristianísimos, al venerable prelado señor Payá y Rico plantado en el trascoro con todo su clero para recibir ceremoniosamente a la que representaba el poder mayestático impuesto por la fuerza bruta. Con evangélica humildad acompañaron el obispo y clero capitular a los regios figurones, llevándolos al presbiterio, donde tomaron asiento en los sillones preparados para el caso. El *Tedeum* fue breve, llevado a paso de carga, a estilo militar. Berrearon los cantores de mala gana, y el alto clero, con excepción del obispo, hizo gala de la pompa litúrgica, y de su fanático servilismo.

Terminada la ceremonia con su cántico bostezante, acompañados de sonoros golpes de órgano, los Príncipes *de la sangre* se aposentaron en el palacio del obispo, próximo al templo diocesano. Ignoro si la ocupación de la morada episcopal fue por galante obsequio del señor Payá y Rico o por *motu proprio* de la desenvuelta doña Nieves, que a sus indudables dotes de mando unía la frescura y desahogo que a las personas vulgares da la falsa conciencia del derecho divino...

Volví con Ido del Sagrario al piso principal, y lo primero que vi fue al venerable obispo sentado en el banco del portero, aguardando ser admi-

mento para los que defienden la tesis de su inexistente anticlericalismo y mejor aún para los investigadores que sostienen que el pretendido sentimiento galdosiano merece un tratamiento más detenido y matizado de lo hecho generalmente hasta el momento.

Obispos y fieles

A pesar de que la sed del lector medianamente exigente no queda satisfecha con la escasa comparecencia episcopal en el corpus novelístico que venimos comentando, las referencias acabadas de exponer nos sirven para acotar una parcela del tema en sumo grado interesante. El enjuiciamiento de los fieles sobre la designación de sus prelados, así como la impresión

tido a la presencia de doña Nieves. Diferentes personas habían en la antecámara, y entre ellas..., no sé si por testimonio de mis ojos o de mi exaltada imaginación... creí distinguir la faz de *Mariclio* en un grupo de señoras que hablaban con Payá y Rico, lastimándose de la humillación que sufría. Estoy bien seguro de haber oído de labios del prelado estas tristes palabras:

—Ayer me pedían ustedes su protección; hoy la necesito yo.

El venerable Payá se adelantó con sereno continente, y anticipando sus finas reverencias, rogó a la Infanta que perdonase la vida a los Voluntarios presos y que pusiera término a los actos de inhumana crueldad, tan contrarios a la Religión que el rey don Carlos ostentaba en su bandera.

—Ya he dicho a las señoras —contestó colérica y nerviosa la terrible mujer— que mis soldados necesitan un poco de expansión después de los trabajos y privaciones que han sufrido.

Y tras esto, atreviéndose a tutear a persona tan venerable, investida de la autoridad evangélica, esgrimió el látigo para imprimir acento y vigor a estas infames palabras:

—Da gracias a Dios porque no hacemos contigo lo mismo que con todos esos miserables.

Aguantó el Obispo con firme ánimo la rociada y dijo, tarde ya, pero aún a tiempo, lo que debió decir a los Principes cuando entraron en Cuenca, pidiéndole que le cantara un *Tedeum*. Allá va el verdadero *Tedeum* y la sagrada voz evangélica de un prelado que sabe su obligación:

—Señora: con esa conducta ni se conquista tronos en la Tierra ni coronas para el Cielo. Adiós, adiós.

Dio media vuelta el buen Payá y retiróse de la sala sin hacer la menor reverencia», *De Cartago a...*, 774-5, 777-8.

causada en ellos por su labor, es una cuestión de innegable importancia. ¿Eran, en fin, los obispos figuras lejanas o conectaban y convivían con su grey sintonizando con sus problemas o ayudándole a resolverlos? ¿Qué nos cuenta la verdadera historia de las relaciones entre fieles y prelado? Volveremos a remachar lo dicho. Nos movemos aquí en un plano de casi absoluta indigencia informativa. Naturalmente, los boletines eclesiásticos nos abruman con noticias de la apoteósica entrada de los prelados en sus diócesis y del olor de multitudes que acompañan a algunos de sus viajes de regreso de Roma, de las Cortes, del destierro o de una visita pastoral destacada en la prensa clerical⁴⁵. No nos salimos de la misma área si recurrimos a los episcopologios, a las oraciones fúnebres o las biografías de los mitrados. En todas estas páginas el obispo aparece como el buen pastor que cuida incansablemente de su rebaño, que a su vez le corresponde con llamativas pruebas de acatamiento y entusiasmo.

Resulta obvio que el abuso de lugares comunes y de fórmulas tópicas aconseja observar con suma cautela estos testimonios, que en ocasiones reflejan, no obstante, una realidad innegable. Sin embargo, la ausencia de escritos íntimos o de órganos de expresión en los que la comunidad laical pudiera ofrecer con autonomía e independencia su auténtico ideario nos priva de una fuente fundamental para utilizarla como elemento de contraste esencial. La buena prensa y su antípoda se contrarrestan entre sí, anulándose como documento al que acudir para obtener una información veraz sobre el eco tenido en los fieles por la actividad de sus prelados. Cuando existen recuerdos y memorias redactadas con libertad de espíritu, de afán de objetividad, las noticias se alejan mucho de la «verdad oficial». Defectos, errores, enturbian la imagen de vitral dibujada por boletines y episcopologios. Pero esta literatura íntima es muy escasa y apenas si puede servir como piedra de confrontación sino en unos pocos casos⁴⁶. Al igual que en otros

⁴⁵ J. M. CUENCA TORIBIO: *Saturnito López Novoa. Fundador de las HH. de los Ancianos desamparados*. Córdoba, 1981.

⁴⁶ Cfr., por ejemplo, las sabrosísimas «Memorias de Mariano Arigita» editadas por J. GOÑI GAZTAMBIDE, en «Hispania Sacra», 39 (1977).

muchos puntos, la novelística no supe, insistimos, esta importante laguna de la sociología religiosa, aunque no por ello debemos desdeñar su modesta aportación.

En orden a los obispos demimonónicos la información que puede allegarse en nuestra fuente no es muy grande. Hemos ya hablado del halo de beatífica admiración que solía rodearlos en sus apariciones solemnes y que a veces se trasladaba al plano íntimo. Galdós, preocupado siempre por las dimensiones más internas del hombre, nos ofrece una estampa vívida de la existencia ordinaria de un prelado al trazarnos la silueta de don Ángel Lantigua. El trato de éste con sus paisanos no puede ser más llano y solícito, correspondiéndole ellos con toda clase de deferencias, hasta considerarlo como una gloria local, de cuya aureola participa también en cierto grado la propia villa ficobrigense⁴⁷. También se desenvuelve en tonos intimistas otra alusión que detectamos en la obra de don Benito en punto a nuestro tema. La postura del pueblo ante la jerarquía religiosa a la que consideraba como un *deus ex machina* está muy bien explicitada en el deseo de la madre de Leré, víctima de las torturas a que la sometía su marido. La posición taumaturgica ante la que lo colocaba este representante del pueblo en su acepción más veraz demuestra igualmente la mezcla de respeto y familiaridad, de lejanía y proximidad en que la masa del país se situaba ante sus obispos⁴⁸.

⁴⁷ «Cuando don Ángel llegó a las primeras casas del pueblo, se bajó del coche para abrazar a su hermano y sobrina. Exclamación inmensa, como el bramido del mar irritado, le saludo. De entre aquel tumulto de entusiasmo saltaron al aire gorras y sombreros. Los paraguas de los indios, cual aves majestuosas desplegaron sus alas negras para recibir una cuantas gotas que a la sazón caían. Abalanzóse el gentío hacia Su Ilustrísima para besarle el anillo, y muy difícil le fue a don Ángel llegar a la Abadía para orar breve rato. De la Abadía a la casa continuaron las apreturas, y fue preciso que la autoridad municipal, siempre vigilante en lo que al buen orden de los pueblos se refiere, interviniese para apartar a un lado y otro a la pegajosa muchedumbre... Sólo sabemos que don Ángel era amado con delirio por sus diocesanos, lo mismo que por sus compatriotas, los de Ficóbriga». B. PÉREZ GALDÓS: *Gloria...*, 527, 531 y passim.

⁴⁸ «Al mes de esto, mi madre, que lavaba la ropa a los familiares y tenía mucho metimiento en Palacio, fue a ver al señor Arzobispo para

El estamento clerical

Al igual que en el análisis de la jerarquía no estamos desprovistos de noticias para un intento de reconstrucción de las vicisitudes del estamento eclesiástico en sus estratos de base, pero distamos de estar bien abastecidos por tanto ciertas zonas del país no fueron abarcadas por la retina novelesca de don Benito. Bien es verdad que algunos de sus tipos eclesiásticos provenían de estas regiones o en ellas se educaron, pero sus costumbres y sus formas religiosas no encontraron eco en la gran novela galdosiana sino de forma muy ocasional, a la manera de *El abuelo* o de alguna figura del inmenso fresco histórico de los *Episodios Nacionales*.

Claro es, empero, que los cuadros que poseemos bastan para darnos una imagen de los jalones esenciales de la existencia eclesiástica. Sin embargo, el proceso selectivo, que es consustancial a la creación literaria, y la riqueza y complejidad del mundo eclesiástico ochocentista corren el peligro de quedar reducidos en algunas ocasiones a una caricatura o a una arbitraria amputación, si se acepta con pretensiones totalizadoras el marco referencial ofrecido por la novelística galdosiana. Cuando muy pronto abordemos la cuestión nos esforzaremos en esquivar este escollo, en ocasiones insalvable, mediante el cotejo de las ficciones literarias con modelos reales extraídos de la historia de la segunda mitad del ochocientos.

Origen social

Todavía tenemos que utilizar términos generales para movernos en el área de la extracción social del clero contemporáneo. Hasta donde llegan nuestras noticias, en ningún seminario peninsular se ha verificado un recuento sobre este extre-

que la descasara, y, como es natural, el señor Arzobispo la mandó a paseo». Id. *Ángel Guerra*, O. C., III, 72.

mo tan esencial. Sin duda, no nos alejamos de la realidad al afirmar que un porcentaje muy cuantioso de aquél se extrajo de las capas populares, en especial, rurales. Éstas fueron sus principales viveros a lo largo del siglo, sin que se operase en tal reducto cambios ni modificaciones dignas de mención. Existieron algunas diferencias regionales mas no lo suficientemente marcadas como para matizar la nota de conjunto. En Andalucía, por ejemplo, no fueron pocos los hijos de familias acomodadas que siguieron la ruta del seminario, del convento o de la clausura. En el País Valenciano o en Cataluña las clases medias urbanas aportaron también un considerable contingente a dichos medios. Pero la impronta campesina prevaleció por doquier. En Galicia, en León, en Asturias, en Vizcaya, en Navarra, en ambas Castillas.

Empero, los clérigos nacidos en familias acomodadas, nos presenta Galdós uno con franca antipatía y el otro con cierta comprensión. Silvestre Romero, cura de la Ficóbriga de *Gloria*, mostrará mayor empeño en el cuidado de sus viñas y de los bienes heredados de sus progenitores que en el de aumentar su cultura religiosa y su atención pastoral. El mantenimiento del patrimonio familiar tuvo que ver decisivamente en su opción sacerdotal⁴⁹. Del canónigo toledano de *Ángel Guerra*, don Juan Casado, subrayará su creador la obsesión por su horaciano bucolismo, encubridor de un refinado sibaritismo. Al lado de estos escasos ejemplos serán legión los clérigos galdosianos de extracción muy humilde o modesta. Ya en *La Fontana de Oro* nos presentará a un acabado tipo de estos sacerdotes desertores del arado. En su primera novela el jovencísimo Galdós retrata un cura campanudo y hueco, Silvestre Entrambasaguas, «hijo de un cocinero y él mismo pastor de cerdos antes de ingresar en el seminario»⁵⁰. A él le seguirán Nicolás Rubín de

⁴⁹ «Don Silvestre era hombre rico. Además de que poseía regular hacienda heredada, se había dado mañas para adquirir algunas mieses, prados, y, por último, una hermosa finca de bienes nacionales... Mas como la paterna voz sonara un día en sus orejas haciéndole ver la conveniencia de no dejar perder ciertas capellanías. Silvestre se atiborró de latín y se hizo cura. No le fue mal». *Gloria...*, 545.

⁵⁰ *La Fontana de Oro*. O. C., I, 119.

Fortunata y Jacinta; Pedro Polo del *Doctor Centeno y Tormento*; el bondadoso y simpático tío de *Leré*, Francisco Mancebo, siempre atribulado por «el pan nuestro de cada día» en *Angel Guerra*; el no menos simpático, pero más grosero cura Virones de la misma novela⁵¹, etc...

Mecenazgo nobiliario

En el censo sacerdotal galdosiano se incluyen, como era lógico, curas de pobre cuna que cursaban sus estudios merced a la ayuda monetaria de familias linajudas o pudientes. La tutela que posteriormente ejercerían sobre ellos puede imaginarse fácilmente, así como la dependencia de estos eclesiásticos con el estrato superior, del que muchas veces fueron instrumentos sancionadores de su respetabilidad y prestigio social. En otras ocasiones, la riqueza vino en ayuda de la pobreza para la consecución de un ideal religioso, sin hipotecas ulteriores. El conocimiento particularizado de un número considerable de ejemplos iluminaría sobre los frenos y amortiguadores que los conflictos de clase tenían en la España ochocentista y el papel que el clero jugó en ello.

⁵¹ Copiaremos sólo del sabroso diálogo entre este basto cura, el distinguido canónigo Casado y Ángel Guerra, el siguiente párrafo: «GUERRA.—Pero, hijo mío, ¿de dónde saca usted que yo puedo sacarle plaza? Yo no soy nadie...

VIRONES.—Que no es nadie, ¡caramba! Y no saben dónde ponerle. Y cuando va por la calle, la gente se le queda mirando, y dice: «Ese es ese tan rico que va a cantar misa». Cualquiera día cantaba yo misa si tuviera la décima parte de lo que usted tiene. ¡Vaya un oficio y vaya unos tiempos! Por un sermón del Patrocinio de San José que tiene miga, vaya si tiene miga ¿sabe lo que me dieron? Seis duros, dos en calderilla. Vale más procurarse una borrica y ponerse a llevar agua o carbón a las casas. ¡Cuando me acuerdo que hice ascos a la carrera de albéitar! El maldito latín me perdió. Le tomé afición como se podría uno enviciar con el aguardiente o el tabaco. Me gustaba Cicerón. ¡Maldito sea y toda su casta! Algún me susurró al oído que me darían una prebenda. Tragué el anzuelo con voracidad de tiburón, y aquí lo siento clavado todavía en el mismo buche. Me pescaron y aquí me tiene usted fuera de mi elemento...» *Angel Guerra...*, 271-2.

Galdós no se quedaría corto en cuanto a la calidad y cantidad de su pintura de estos sacerdotes vinculados a la aristocracia rural y urbana, de las que son a la vez ornato y motor, siempre más lo primero que lo segundo⁵². Aparte de los curas relacionados con la condesa Halma, el ejemplo muy característico es el de don Carmelo en la obra *El Abuelo*. En su querido y admirado conde Albrit el escritor grancanario hace justicia a los personajes nobiliarios que cumplieron con su deber de mecenazgo, sin gravarlo con hipotecas futuras: al propio tiempo que acepta con suma agudeza los sutiles lazos de dependencia que siempre dejaban tal ayuda en la relación de los dos estratos —el aristocrático y el eclesiástico—, que refrendaban su prestigio recíprocamente. En especial el diálogo entre el conde y el mencionado cura en la escena novena, acto primero, no tiene igual, a este respecto, en la literatura de la época⁵³.

El tema debió interesar mucho al escritor grancanario en su última etapa novelística, como parece refrendarlo el que en su postrera obra, *El caballero encantado*, nos ilustrara sobre esta dimensión de estas relaciones aristocracia-clero sobre la que los novelistas de su tiempo en general no repararon, pese a su amplia vigencia. El marqués de Mudarra y conde de Zorita de los Canes, don Carlos de Tarsis y Suárez de Almondar, tuvo como preceptor en su juventud y adolescencia a un sacerdote «maduro que debía enderezarle la conciencia y henchirle el caltre de conocimientos elementales». A la muerte de sus padres, el joven mozo se deshizo pronto de su mentor y se «dedicó a *desaprender* la insípida enseñanza de su maestro»⁵⁴.

⁵² «Decía la misa el cura de Polvoranca, humildísimo varón protegido de la casa, viejo, un poco ridículo en apariencia, por reunir a la fealdad más acrisolada ciertas excentricidades y manías que, a más de perjudicarle mucho en su carrera eclesiástica, le dieron cierta celebridad. Gozaba en Suertebella de una mezquina renta que don Pedro le señaló para celebrar el divino oficio los domingos y confesar una vez al año a todos los criados, costumbre piadosa que el prócer millonario mantenía en su casa, atento a evitar de este modo muchas trapisondas y latrocinios». *La familia de León Roch*. O. C., I, 910.

⁵³ *El abuelo*. O. C., IV, 644.

⁵⁴ O. C., III, 1013.

Motivo o motivos de la vocación sacerdotal

Mas, ¿cuál era la razón última que conducía a los seminaristas a seguir la carrera del sacerdocio? Entramos en un terreno que, como otros muchos de esta tesis, no es susceptible de medir ni cuantificar. Considerar que los futuros *levitas* se entregaban a ella inflamados de un celo ardiente por la «casa de Dios» sería tan erróneo como desechar toda vocación espiritual digna de tal nombre. La temprana edad en que entonces se decidía la renuncia al siglo y la entrada en seminarios y conventos dificultaba que la elección siguiese a una meditación responsable y madura. La voluntad familiar solía prevalecer sobre cualquier otra consideración. En los hogares prolíficos y carentes de recursos, toda la familia podía ganar en medios económicos y estimación social viendo el sacerdocio como un *modus vivendi*.

Desde las tierras leonesas y cántabras hasta la bahía gaditana atravesando la estepa meseteña constatamos la motivación economicosocial presente en multitud de vocaciones eclesíásticas, impuestas y obligadas fuera de la autonomía de sus propios sujetos.

Sin duda alguna, la cuestión es propensa a la reflexión y... a la divagación también. Consecuentes con el propósito de esta tesis tantas veces indicados, no queremos ir más allá de donde lleguen las fuentes. El fantasma de un fácil determinismo de tipo material ronda la pluma del estudioso, estableciendo nexos y conexiones causales entre pobreza y vocación sacerdotal, que existieron indudablemente en una alta proporción de los curas ochocentistas pero cuyos mecanismos estuvieron con frecuencia accionados también por otros móviles, que flotaban en la conciencia del alma popular. La ilustración que nos brindó más arriba el caso del magistral ovetense ofrece igualmente aquí una firme corroboración de ello. Habría, en fin, que componer un cuadro multiforme. Y la apelación a una computadora sería inevitable. Sin datos estadísticos sobre el origen social del sacerdocio de todo el país, lo más que cabe apuntar es una tendencia general que, por nuestra parte, sí creemos que se dio.

En éste, como en otros extremos abarcados en el presente trabajo, el punto axial estriba en averiguar el porcentaje de representatividad, de realidad social que contienen las figuras novelísticas. Afortunadamente podemos recurrir a otros testimonios para aquilatar la dosis de exactitud encerrada en tales entes literarios. Las páginas de los periódicos anticlericales se rellenan, en ocasiones, con denuncias de los sacerdotes que han «desertado de la gleba» para acogerse al seguro refugio de las casas rectorales en las que vegetan y parasitan a la sociedad. En el Parlamento se pronuncian soflamas en el mismo sentido por boca no sólo de militantes de los partidos más avanzados. La literatura popular formula, igualmente, quejas no siempre infundadas sobre el origen espúreo de vocaciones religiosas nunca razonadas. Prolongábase de esta manera el eco de las censuras de los hombres de la Ilustración contra los sacerdotes —en especial del clero regular— que entraban en el claustro y en el seminario sin vocación alguna, arrojados a ellos por su insuficiencia económica y en pos simplemente de un medio de sustentación. Más amortiguada, la denuncia surge también del sector confesional. En sus epistolarios miembros influyentes de la opinión pública católica aceptarían como válida dicha acusación⁵⁵. El mismo episcopado reconocerá veladamente por la pluma de algunos de sus componentes la necesidad de depurar con escrupulosidad los motivos que impulsan a los jóvenes a seguir la carrera sacerdotal⁵⁶. Un escritor actual, exclérigo y magnífico ensayista, afirma al comentar la figura de Marcones que «mozos de semejante bajez han menudeado por los claustros de los seminarios españoles»⁵⁷. El grado de aceptación que puede darse al anterior aserto resulta para nosotros desconocido; en el pasado —un pasado muy reciente— tal afirmación podemos concluir que recoge con nitidez las zonas oscuras de no pocas vocaciones sacerdotales.

⁵⁵ Cfr. J. M. CUENCA TORIBIO: *Sociedad y clero...*

⁵⁶ F. PÉREZ GUTIÉRREZ: *El problema religioso en la generación de 1868. «La leyenda de Dios»: Valera —Alarcón— Pereda —Pérez Galdós —Clarín— Pardo Bazán*. Madrid, 1975, 171.

⁵⁷ *Ángel Guerra...*, 135.

También estos curas tienen su abogado defensor. Lo fue, y de manera muy original, el licenciado en leyes Pérez Galdós en la novela que, de una manera tópica y para nosotros falsa, señalan los críticos como un completo cambio en su actitud hacia el estamento clerical. En *Ángel Guerra*, obra en la que sus personajes se sienten más identificados con sus raíces telúricas que en ninguna otra de Galdós, con la excepción de *Fortunata* y su Madrid, don Benito se encontrará a sus anchas acentuándose los deseos de comprensión que siempre movieron su pluma en búsqueda de esclarecer aquella zona de la conciencia que muchas veces permanece oculta, incluso al propio raciocinio e introspección. En este estado y tras explicar el proceso de postración material de la Iglesia toledana, llega el turno de acercarse a las reivindicaciones de casi la totalidad del clero de la época, muy resentido contra una sociedad y unos poderes públicos ajenos por completo a sus problemas y a los que servía frecuentemente de chivo expiatorio. Acertó el gran escritor al poner esta apología del estamento en boca, no de un alto curial ni de un sacerdote letrado e intelectual, sino de un cura sencillo y cumplidor de sus deberes, Francisco Mancebo, arquetipo de todo un amplio sector de su grupo social. «... El segundo, como más tímido, es que ni pintado para la carrera eclesiástica; pero tan de capa caída e oficio éste, amigo don Ángel, que vale más ser picapedrero que sacerdote, porque manejando piedras veo que llegan muchos a contratistas y se hartan de dinero, mientras que el clérigo aunque llegue a canónigo, lo comido por lo servido, y todavía les parece mucho lo que nos dan y nos llaman sanguijuelas de la nación...»⁵⁸. Y, en efecto, serán varios los sacerdotes galdosianos que deban trabajar para sobrevivir. Pedro Polo, el cura del *Doctor Centeno* y de *Tormento*, lo hará sin duda por motivos menos nobles y apremiantes que don Tomé en *Ángel Guerra* o don Modesto Díaz en *Halma*, ambos de probidad absoluta, vida íntegra y carita-

⁵⁸ Según nuestras noticias está próxima a aparecer la obra de A. GARCÍA MADARIAS, que trata con amplia extensión de ese tema clave de la organización eclesiástica de la España contemporánea, hasta ahora postergado por los historiadores.

tiva en limosnas, a pesar de la estrechez de su propio peculio. Que sean estos dos curas por los que su creador sintió honda simpatía quiere decir mucho de la situación material en que se encontraban numerosos sacerdotes decimonónicos y de la sensibilidad de Galdós para el problema clerical, de muchas más piezas de lo que se afirmaba en la época y posteriormente, e irresoluble siempre por la falta de un adecuado planteamiento económico⁵⁹.

No faltaron los curas que encontraron en la carrera sacerdotal la verdadera realización de su personalidad. La historia del XIX está llena de ellos. Bastaba que el escritor abriera los anales eclesiásticos o los libros de los viejos conventos para contemplar su trayectoria. Sobraba también que traspasara el umbral de muchos lugares o visitase catedrales e iglesias para observar al natural sacerdotes ejemplares que creyeron conocer en el ministerio apostólico la voluntad de Dios para con ellos y la cumplieron. Curas, frailes y monjes en los que piedad y virtud se identificaban, para los que la regularidad en las prácticas espirituales no constituía una regla de santidad si no les conducía a una profundización en la inquietud y el deseo de Dios, para llenarse de él. Sus trasuntos novelísticos abundan. *Verbi gratia*, los buenos curas galdosianos Nazarín, Nones, don Tomé, Gamborena..., sumergidos en la obra de su ministerio pastoral con una visión espiritualista que les aleja de ejercer sus funciones con criterios administrativos, buscando a Dios en las almas; a todos son aplicables las palabras que su creador estampó —con un sí o no es de noble chauvinismo— respecto «a los graves curas españoles que, cuando son buenos, son los clérigos más clérigos, digámoslo así, de la cristiandad, verdaderos ministros de Dios por la seriedad real, la manse dumbre sin afectación y la sana sabiduría»⁶⁰.

Todos ellos condujeron a su creador al umbral de un terreno cuyas puertas nunca franqueó: la comprensión de la vocación

⁵⁹ *La familia de León Roch...*, 830-1.

⁶⁰ «Era —nos dice el canónigo Pintado—... de absoluta insignificancia intelectual y moral... Mejor tresillista que teólogo...» B. PÉREZ GALDÓS: *Ángel Guerra...*, 52-3. «Su principal ciencia entre las poquitas que atesoraba (D. Pedro Hillo)». *Mendizábal*, E. N., II, 896.

religiosa, ante la que permaneció perplejo y silencioso, como una grande y decisiva opción de la criatura humana, pero sin poder entender que diera a muchos el sentido de la existencia.

Formación cultural

Nadie que esté algo familiarizado con la historia de la Iglesia española ochocentista —las fronteras del fenómeno rebasan quizá ampliamente los límites cronológicos de finales de dicha centuria— desconoce el escaso grado de ilustración del clero. El hecho es explicable por motivos de muy diversa procedencia. Las frecuentes interrupciones de la escolaridad en los seminaristas a consecuencia de los vaivenes bélicos y políticos; la escasa calidad de la docencia impartida en ellos; el banco de prueba en que se convirtieron de planes surgidos de la noche a la mañana; la pérdida de su potencial económico; el cambio de modelo de sociedad, y del consiguiente papel del clero, que trajo consigo la victoria del sistema liberal; el descenso del nivel de la cultura eclesiástica en general, y en comparación, por ejemplo, con la dieciochesca; la implantación definitiva en los seminarios de la llamada carrera corta; el rechazo casi unánime de la ciencia moderna y empírica respecto de los centros estatales de enseñanza superiores son, entre otros, algunos hechos que pueden traerse a colación para quitar toda gratuidad o frivolidad al fenómeno más arriba apuntado.

Los curas galdosianos ubicados en el centro de la geografía peninsular no nos hacen penetrar en un terreno distinto. Desde don Pedro Hillo hasta don León Pintado, las ciencias no se extendieron entre sus feligresías, cabildos o amistades con su actividad⁶¹. Allá en la región del delta del Ebro, no lejos de donde viviera el culto cura de Jarusa, don Carmelo, situará don Benito al ejemplar más sorprendente de esta raza de clérigos letrados e iletrados, conocedores al dedillo, sin embargo, del «libro de la vida». «Pronto eché de ver —narra Juan Santiuste— que el arcipreste se aburría con mi ciencia; fui reco-

⁶¹ *Carlos IV en República*, E. N., III, 1233.

giendo mi verbosidad, y acabé rogándole que me permitiera entretener mis ocios en su biblioteca. Soltó la risa Hondón, y con graciosa sinceridad me dijo:

—Criatura, yo no tengo biblioteca ni me hace falta para nada. Jamás abro un libro porque sé que en él he de encontrar lo que ya sé o sabidurías enrevesadas que, por razón de mi edad ya no puedo aprender. Mi biblioteca, señor *Confusio*, es la Humanidad, y mis libros, las flaquezas, las pasiones, las envidias, las luchas humanas por el pan o por el palo... ¿Le parece a usted que esto no es estudiar, y afilar uno las ideas, y quemarse las pestañas?»⁶².

La ocasión que nos brinda el tema no puede desaprovecharse para puntualizar un extremo importante de la obra galdosiana, íntimamente relacionada con la polémica en torno al anticlericalismo o no de don Benito. Quizá fuera éste de todos los novelistas críticos de la estructura temporal de la Iglesia de su época el que menos acentuase la nota de incultura de sus miembros docentes. En el mismo Toledo, al que ahora por razones geográficas de nuestro recorrido histórico estamos aludiendo, frente a don Francisco Mancebo o don Eleuterio Virones nos encontramos a don Tomé, don Isidro Palomeque y don Juan Casado, todos ellos de excelente formación cultural y alguno, como Palomeque, correspondiente de la Real Academia de la Historia y de la de San Fernando...⁶³. En la misma Andalucía, en la que ahora vamos a penetrar y en la que la cultura de sus sacerdotes no era, en efecto, el dato más sobresaliente del estamento, ubicará el secretario de don Ángel Lantigua, López Sedeño, doctor en *utroque iuris*. Y, en fin, antes de abandonar la región central, no podemos menos de recordar al fraile franciscano Jerónimo Matamala, seguidor de Apolo en la Salamanca de fines del siglo XVIII y al tanto de las novedades europeas en materia de pensamiento; al consejero de la Suprema, don Tomás de Albarado y Gibrálón, doctor en Cánones y Teología, de formación tan rica en humanidad como en cultura;

⁶² Una auténtica réplica de Palomeque es D. Pedro Nuño, uno de los curas toledanos de *Camino de perfección* de P. BAROJA, réplica a su vez de la obra galdosiana en la que D. Isidro aparece. VI, 62-63.

⁶³ B. PÉREZ GALDÓS: *Doña Perfecta...*, 425.

don Remigio Díaz de la Robla, licenciado en ambos Derechos, que, «perdido en la estepa meseteña», continuará, pese a sus quejas y lamentos contra «la vida obscura y ramplona de estos poblachos», su asiduo trato con los libros; y, en fin, el famoso don Inocencio, profesor del Instituto de Orbajosa, versado en latines y humanidades que desde «luengos años era maestro de latinidad y Retórica en el Instituto, cuya noble profesión diole gran caudal de citas horacianas y de floridos tropos, que empleaba con gracia y oportunidad»⁶⁴.

Por lo demás, la obra de don Benito nos presta un servicio relevante a la hora de enjuiciar la labor realizada en los seminarios. Según el autor, en ella prima la deficiencia estructural de las disciplinas cursadas en dichos centros, que impone unos hábitos y conforma unos cuadros mentales altamente perjudiciales.

De dos clérigos que aparecen en *España sin rey* nos dirá Galdós: «Los dos sujetos que con el Bailío viajaban no podían encubrir su carácter eclesiástico. No eran viejos, no tenían aire juvenil; antes bien, revelaban el cansancio de las naturalezas consumidas por el sedentarismo y el estudio de esas materias abstrusas que lo mismo dan de sí sabidas que ignoradas». Muy pocas de sus figuras sacerdotales se salvarán del vicio de la dialéctica estéril, de ejercitar, venga o no a cuento, la barata sofistería aprendida en los torneos y pugilatos de las clases y certámenes de los seminarios que apuntan siempre a la destrucción y a la artificiosidad y jamás a la luz y a la receptividad de las razones del antagonista o del adversario. Creía don Benito que en un pueblo imaginativo y arrebatado como el español este pensamiento acientífico, asimilado por las masas merced al poder propagandístico del clero, había hecho estragos en millares de inteligencias, incapacitadas así para formularse la cultura como una búsqueda de la verdad dentro de un pluralismo enriquecedor. Tal vez su simpatía por la Institución Libre de Enseñanza —acaso algo abultada para algunos estudiosos— provenga de los principios enraizados en el espíritu de aquella, de su porosidad a los valores plurales y autó-

⁶⁴ *Episodios Nacionales*, III, 789-90.

nomos del mundo de la inteligencia. Una comparación de la tesis galdosiana con la historia de gran parte del catolicismo contemporáneo español pondría seguramente al descubierto la agudeza de su juicio.

Costumbres y tenor de vida

La imagen que de la vida y actuación del bajo clero nos da la novelística galdosiana puede conjeturarse a la vista de lo dicho hasta el momento. Incardinación en su realidad social, modestia, sencillez, abnegación, he ahí los ejes vertebradores de la biografía del buen cura ochocentista, según lo viera el narrador grancanario. El P. Nones, don Tomé, don Pedro Hillo, don Modesto Díaz, el P. Flórez, los PP. Aleli y Maroto, Gamborena y un largo rosario de nombres refrendan lo afirmado.

Afortunadamente para la validez testimonial de la narrativa ochocentista, el autor de vitola más realista no dejó de anotar las lacras que afeaban la conducta de numerosos miembros del estamento clerical. Consideraremos en primer término la avaricia, la sordidez como un determinante negativo de su personalidad, muy generalizado en el estamento.

Sin embargo, la pluma galdosiana parece quedar agotada en el tema tras haber delineado la vida y andanzas de Torquemada. Su penetración en el biotipo del avaro y de la codicia no tienen par en nuestras letras. Tal vez por ello ninguno de sus sacerdotes centra el eje de su personalidad en dichos rasgos. No quiere ello decir, por supuesto, que don Benito no atribuya alguna nota de tal índole a varias de sus figuras eclesiásticas, como, por ejemplo, en su visión literaria del cura Merino, «el regicida»; pero ninguna de las más desagradables criaturas de su corpus lo será por encarnar dicho pecado capital. Algo a regañadientes mete en él a don Francisco Mancebo, sentirá verdadero afecto. «Pon donde únicamente podía prepararle la zancadilla el tuno de Luzbel era por su desmedida afición al sórdido ahorro»⁶⁵. Pero la numerosa familia que de él dependía

⁶⁵ El tenor completo de la cita es el siguiente: «Porque conviene advertir ahora para redondear la figura de don Francisco Mancebo, que

y sus desvelos económicos por ello justificaban las raíces de tal defecto⁶⁵.

Galdós sí se llevará la palma en la descripción del otro pecado capital más difundido en su diseño de algunos retratos de curas y frailes. En efecto, dado el relieve, en cantidad e intensidad, que la cuestión gastronómica adquiere en la obra galdosiana, la descripción de la glotonería de algunos de sus curas figura precisamente entre sus mejores páginas de un metagénero, volvemos a decirlo, por él tratado con auténtica maestría. La figura de Nicolás Rubín es aquí inevitable traerla a colación, aunque bastará por ahora su sola mención, pues dentro de un instante habremos de hablar de él con más extensión a propósito de un punto muy relacionado con el que aquí estamos indicando.

éste no tenía ni tuvo jamás ningún vicio, pues no podía tenerse por tal el aprovechamiento de las colillas que dejaba sobre su mesa el canónigo Obrero. Bebida, mujeres, naipes, fueron siempre para él letra muerta. Por donde únicamente podía prepararle la zancadilla el tuno de Luzbel era por su *desmedida afición al sórdido ahorro*, y por la *antigua maña* de tantear la suerte en la lotería, con la codiciosa ilusión de sacarse una buena porrada de dinero. Todos los meses, compraba, en compañía de un amigo, el indispensable decimito de la extracción más barata, y su constancia tuvo alguna vez corta recompensa. Pero le alentaba la risueña esperanza de dar un toque maestro el mejor día, y siempre que se metía en la cama con algo de excitación cerebral daba vuelta en su cabeza el número adquirido, como si fuera el propio bombo lotérico, haciendo veinte mil cálculos, que *paraban siempre que salía el ansiado premio gordo*». *Ángel Guerra...*, 145.

⁶⁵ «Si yo hiciera esto, si no guardara lo que guardo, ¿qué sería de este familiaje el día de mi muerte? Bien sabe Dios que no ahorro por mí, sino por ellos; bien sabe Dios que yo sin ellos viviría como un patriarca, pues mis necesidades son muy cortas; bien sabe Dios también que esto no es avaricia, sino arreglo, y que no junto por vicio de juntar, sino por previsión; bien sabe Dios, que nunca he querido prestar dinero a interés, aunque me lo han propuesto mil veces, y que todo mi afán es llegar para reunir un titulillo de 4 por 100, y sacarle rédito al Gobierno, que es quien debe pagarlo. Pero... ¡ni que anduviese el demonio en ello! Cuando parece que me voy acercando a la cantidad precisa, cuando casi la toco con la punta de los dedos, ¡zapa!, vienen las necesidades...; que las botas, que la escuela, que la esterita, que el médico, y adiós mi montoncito. Vuelta a empezar, grano a grano, arriba con él... Cuando yo cierre el ojo, aquí lo encontrarán todo, junto con las disposiciones que tengo escritas en

También don Silvestre Romero, cura de Ficóbriga, y de don Carmelo, cura de Jerusa, ponderará su creador la afición a manjares suculentos, así como la voracidad del último⁶⁷. El buen pasar, atribuido con bastante fidelidad histórica al alto clero capitular, determina que de todos los canónigos que aparecen en la novela del XIX tengamos de su rasgo negativo definitorio su inclinación a la buena mesa, cuando no a la *gourmandise*.

La materia del sexto mandamiento fue en general sorteada por el autor estudiado. Es significativo que Galdós denuncie la inclinación sexual de un sacerdote en su primera novela —*La Fontana de Oro* (1870)—, para no reaparecer el tema —hablamos de las novelas, no de los *Episodios*, donde el hecho se da con más frecuencia y con un ritmo distinto, curiosamente— hasta la última; esto es, en los dos vértices de su crítica clerical. Acabamos de decir que en los *Episodios Nacionales* el cuadro que su autor nos ofrecerá de la concupiscencia de los curas y clérigos será más rico y variado. Para empezar conviene traer a colación que ni siquiera el hermafroditismo estará

aquel papel. ¡Vaya, que el día en que Justina empiece a sacar plata y más plata...! Quisiera ver la cara que pone al ir descubriendo cartuchos. ¡Ah, picaronaza, qué gran vida os vais a dar tú y tus hijos —como hablando con Justina—. Pero vamos a ver: ¿a que no se encuentras el orito, la única pella de doblones y centenes que he podido amasar en tantísimos años? ¿A que no se te ocurre a ti ni al ganso de Roque levantar aquel baldosín, radicante en el ángulo del cuarto, debajo de la percha mayor? Bobos, ¿creáis que yo lo iba a poner donde todo el mundo pudiera verlo? Pero no tengáis cuidado, que en sus disposiciones añadirá el tío un rengloncito que lo rece. El oro no se deja en cualquier parte. Es menester que cueste algún trabajo llegar hasta él —adormeciéndose un poco, se despabila repentinamente, con vivo sobresalto— ¡Zapa! Satanás maldito..., ¿pues no se me ocurre ahora que el baldosín está levantado? ¡Zapa, contrazapa! Pues lo que es mi Francisco no se duerme sin cerciorarse por sus propios ojos —rechaza las sábanas, vuelve a raspar el fósforo y se arroja del camastro, dirigiéndose al ángulo del otro aposento, donde levanta la estera y examina el piso—. Si estaré yo transtornado... El baldosín no tiene novedad. Sólo Dios y yo sabemos lo que hay aquí ¡Ea! Acuéstate, hijo, y duerme sin miedo —recorre la estancia como alma en pena, y se hunde de nuevo en el colchón después de apagar la luz». *Ibidem*, 144.

⁶⁷ *Gloria...*, 584. *El Abuelo...*, 817-18.

ausente de él. El abate don Lino Paniagua encarnará la figura del homosexual somático y alejado de la complacencia viciosa, que será irreplicable en la literatura de la época, aunque algún boceto jesuítico de Blasco Ibáñez apunte a ello, pero sin entrar en detalles⁶⁸.

De una manera sobria, sin recreación morosa en los pormenores, de forma más elusiva que abultada, el clérigo rijoso, el cura amancebado o la monja erótica desfilarán por las páginas de los *Episodios*, mas en número no muy amplio. Con todo, Galdós rehuía el escándalo, aunque fuera a costa del realismo de su narración y de su lucimiento personal en una materia que conocía a fondo y a la que hubiera sacado un gran partido, hablando literariamente. Parece como si en este punto quisiera tan sólo que su relato no fuera tachado de inverosímil, pero sin desear penetrar a fondo en él. Pese a ello se sugieren aspectos y problemas que dan idea de la comprensión por el autor de las zonas oscuras del alma. Relatos como el de la monja Marcela o el de Donata indican la penetración galdosiana en una psicología femenina tarada por la deformación de ciertas vivencias pseudorreligiosas, que no debían ser infrecuentes en algunos medios de la sociedad decimonónica, sobre todo rurales. En especial, la «odalisca» de Juan Santiuste está concebida con singular penetración. En el momento de diseñarla se nota que la atracción de Galdós por las cuestiones psicopatológicas había llegado a su momento culminante, acumulando un buen número de conocimientos bien asimilados. Las experiencias traumatizantes de aquella iluminada aldeana viviendo toda su niñez y juventud en un ambiente clerical enrarecido y esperpéntico, explotan al ser liberadas por el falso seminarista Juan Santiuste en una exaltación religioso-amorosa, con voces y apariciones celestiales y con una poderosa atracción humana hacia su héroe, a quien ve a la doble luz de un ministro de Dios y de un hombre que hará su felicidad terrenal; todo ello con un ritmo narrativo de lo más ágil que ofrecen los trepidantes *Episodios Nacionales*, con una sorprendente pero lograda mezcla de realidad y fantasía.

⁶⁸ *El audaz...*, 252-3.

«Donata, con más calor de frase, prosiguió así:

—He prometido a la Virgen que tú y yo haremos alguna penitencia para ganar méritos que nos alivien del pecado... Yo digo: el que no haya casamiento, porque no puede haberlo, ¿quiere decir que nuestro amor no tenga la indulgencia divina? Estas son mis dudas.

Y las mías también. Vi que la testarudez de Donata no abandona la idea de que yo me vista de ropas negras. ¡Arcano inmenso de un alma enamorada! Preferí sortear con frases ambiguas este endiablado problema. Y ella:

—La Virgen nos dirá lo que debemos hacer... La advocación de la Cinta será siempre para mí, donde quiera que esté, la más venerada, la que más adentro se mete en mi corazón... También adoro a la Providencia, y aquí, en mi pecho, llevo en un saquito, como escapulario, las estrellitas milagrosas, que son el juguete de los angélicos en el santuario de Mitán Camín...

—Salada es —murmuró el arcipreste, que contemplaba con estupor a mi odalisca.

—Salada —repitió Donata—, y como salada, bendita, todo el mar es agua bendita... ¡Salve, Madre de Dios, Estrella del Mar!...

Con la prodigiosa escobita, que hacía veces de hisopo, roció al cura tres veces, diciendo con voz grave, cavernosa, que yo no había oído nunca en ella: “En nombre de la Reina de los Cielos, de la Tierra y del Mar, te mando que huyas, enemigo de las almas, y dejes en paz a estas infieles criaturas pecadoras, que a Dios darán cuenta; a Dios y a la Virgen, no a tí, que eres malo. Si has tomado forma de diablo para atormentarnos, suelta esa forma vana y misteriosa o vete con ella a los infiernos...”. Así concluyó el exorcismo, y una vez dicha la última palabra cayó Donata al fondo de la barca, como si con el esfuerzo de su voz mística quedase rendida y exhausta. Era una epiléptica, una iluminada, que en momento crítico recibía fuerza y voz de los espíritus celestes para combatir a los malignos... Contagiado yo de aquel delirio, también quedé mudo y paralizado de todos mis miembros, y en el arcipreste advertí, cuando acudió a levantar a Donata, temblor de manos, fruncimiento de cejas y alteración total del fiero rostro.

Rociamos con agua bendita, esto es, agua salada, el rostro de la iluminada mujer, y cuando la tuvimos medio repuesta de su arrebató místico...»⁶⁹.

⁶⁹ *Carlos VI...*, 1260, 1264 y 1268-9.

La presentación de un cura, cuyo hogar es regido por ambas, pero, sobre todo, acompañado y auxiliado por «sobrinas» será el recurso literario más en boga entre los autores para expresar los deslices de la carne del gremio sacerdotal. En algunos casos las «amas y sobrinas» llegarán a formar un harén como en la casa del temible don Juan Hondón del *Episodio Carlos VI, en la Rápita*⁷⁰. Pero la poligamia no alcanzará muchos adeptos en el

⁷⁰ —«¡Y con el ama presente —relata Santiuste—, ya eran dos las que veía! La tercera apareció después... ¡Ya eran cuatro, Señor! Y no era lo peor que fuesen cuatro, sino que la última, o sea, la cuarta, era más joven, por lo menos más lozana que la aparecida a la Virgen de los Dolores, y seguramente más bonita...

En la punta de la lengua tuve este concepto: «Dígame, señor arcipreste, ¿cuántas amas y sobrinas tiene? Pero antes de pronunciar la primera palabra, vi la indiscreción de tal pregunta... De la cocina no podía yo ver más que el resplandor vivo de la lumbre, ni oír más que el rumor alegre de los que allí comían. Muchos eran, a juzgar por la variedad de las voces. Parecíame que había más mujeres que hombres y más juventud que vejez. En el desconcertado ruido distinguí voces castellanas entre el silabeo blando del catalán. Reconociendo en tales voces la innumerabilidad de las sobrinas del arcipreste... Era un mundo, un microcosmos la casa de don *Juanondón*, arcipreste, patriarca y califa». *Carlos VI en...*, 1225-7 y 1229.

Podríamos seguir espigando innumerables textos, pero sólo añadiremos dos más: «—Poco a poco —dijo el cura echándose atrás el gorro después de atizarse una copa de vino blanco. No estoy porque a lo humano se le llame infierno... ¿Cómo pudo hacer nuestro Creador la Humanidad para el sufrimiento y la privación en sí misma? No, no: Lo humano es obra de Dios, como lo es lo divino... La verdad y la ciencia están en *lo que a uno le pasa*, y lo demás es viento de sabiduría vanas... Pues a mí me ha pasado que no he podido echar de mí el amorcico de mujer... Nunca dijo nuestro Señor Jesucristo que los sacerdotes habíamos de vivir del aire de mujer, y nada más que del aire..., ya usted me entiende... y, en todo caso, paso porque ello sea mérito; obligación, nunca...

—¿No cree usted, como yo, que la mujer es una de las más apañadas creaciones de Dios?... ¿Me negará usted que ha nacido para recibir los obsequios del hombre y que estos obsequios son la sembradura de las generaciones?... He sido, aunque me esté mal el decirlo, un gran civilizador, y si me apuran, el buen pastor de esa parte del rebaño femenino condenada por el mundo a la pena capital de vestir imágenes...

—Muchas que han querido cuanto se puede querer... No puedo decir que no he sido violento y malo más de una vez. La Virgen me lo perdona, si no me lo ha perdonado ya... Verá usted: fue en lo más duro de la guerra, siendo yo cura de Albalate y jefe de la caballería de Túnez.

grupo clerical. Existen también, sin embargo, ocasiones en que tales familiares están verdaderamente unidos con lazos de sangre y no hay entre ellos relaciones sexuales algunas. Así sucede, *verbi gratia*, con el penitenciario don Inocencio de *Doña Perfecta*.

Hablaba yo entonces, para decirlo decorosamente, con una muchacha de Alcaine... Me enamoré de ella como un bestia... Lleváronme el soplo de que la Fabiana me estaba faltando... Allá me fui..., aceché, no vi nada... Aceché más, vi... Varnos, que los cogí haciéndose fiestas. ¡Usted figúrese..., con mi genio! Salté del zarzal en que estaban escondidos... Agarré al teniente por un tupé muy empinado que gastaba, y asegurándole de modo que no podía moverse le disparé mi pistola en la sien derecha... El tiro salió por la sien izquierda...

Una ráfaga de frío corrió por todo mi cuerpo al oír el trágico suceso *dei cura y al figurarme la escena bárbara y breve que con terrible concisión me contaba*. Díjele que difícilmente podía Nuestra Señora perdonarle tan brutal homicidio...

—*Confucio* mío, sigue mi consejo y toma las órdenes, sin cuidarte de lo que ahora o después te digan en contra del estado religioso tus nervios y tu sangre... No seas cuerpo sin alma... También ser alma sin cuerpo es mala cosa... Lo mejor entre lo bueno es amor... Y lo más santo, lo divinamente divino. Ríete de los que dicen no a todo lo bueno y sabroso... Adiós, *Confucio*, vete a Tarragona... Dale memorias al Deán, al Obispo y al archipámpano y que te echen pronto la sagrada crisma... Adiós, hijo mío, que seas bueno, que metas el dedo en la olla de la miel prohibida... Adiós.» *Ibid.*, 1232, 1242-3 y 1258-9.

—«¿Te acuerdas de lo que hablamos en la tartana viniendo de Uldecona? Tú me preguntabas si el arcipreste es bueno o es malo; y yo no había qué contestarte... Ahora te digo que es malo, o que está en la vena de volverse demonio. ¿No te contó él lo que hizo con el teniente que le quitó a Fabiana? Pues lo mismo querrá hacer contigo... ¿Permitirá la Virgen de la Cinta que ese hombre se vengue de ti por haberme robado y de mí por dejarme robar? No; la Señora no lo permitirá. Yo le diré a la Señora que don Juan no merecía mi constancia... Yo he pecado..., él más..., él es, como quien dice, monstruo, y su casa... como eso que me contaste de los harenes... ¿No se llaman así?... Te diré una cosa, y también he de decírsela a la Virgen de la Cinta. Don Juan me compró a mí por 1.500 reales... No te asombres. Es como te lo cuento: 1.500 reales dio por mí... Mi pobre madre necesitaba la cantidad, porque le habían embargado el huerto de la Diezma, única hacienda que teníamos... Pidió al rico don Juan que le prestase dinero para el desempeño de la Diezma, y no quiso dárselo... Mi madre, desesperada, discurrió ofrecerme a mí por el dinero... Y ese *Mañas*, en el mes de octubre, no en el último octubre, sino en el de más atrás, me trajo a mí y llevó a mi madre los 1.500 reales...» *Ibid.*, 1258-9.

ta. El interés de ésta en la promoción social de su sobrino mediante su casamiento con Rosario hace concebir en un principio la sospecha de que aquél fuera hijo de su carne, interrogación que Galdós tiene buen cuidado en despejar absolutamente en los episodios finales de la conocida obra ⁷¹.

Antes de finalizar el breve recorrido por los vicios y defectos del estamento eclesiástico decimonónico, según nos los representara el gran novelista coetáneo, aludiremos a otra faceta del comportamiento y personalidad de los curas de la época —la violencia— de la que Galdós se ocupará extensa e intensamente en los *Episodios*. Difícilmente se borrarán de la imaginación del lector los retratos del trapense ⁷², del cura Santacruz ⁷³ o, en el mundo de la fantasía, de don Juan Hondón, Muchos de los capítulos de la historia más desgraciada de la España contemporánea se condensan en sus fieras figuras. Don Benito supo, sin embargo, huir también en esta ocasión del maniqueísmo y atribuyó a este sector eclesiástico tan sólo la parte de responsabilidad que le cabía en el desencadenamiento y desarrollo de la violencia que enseñoreó la desgarrada convivencia ochocentista. Recordando el ejemplo ya mencionado del cardenal Payá se sintetiza conveniente y escuetamente su pensamiento en tal extremo. Figuras menos encumbradas en la pirámide eclesial, curas sencillos, focos de paz y mansedumbre, iluminan varios pasajes de las novelas y *Episodios* galdosianos. Por nuestra parte pensamos en Luis de Gamborena, José María Nones, Pedro Hillo, Manuel Flórez...; pero el lector de las obras del escritor gran-canario podrá aumentar su lista según sus particulares preferencias.

Aunque se trata de una cuestión menor comparada con las referidas más atrás, Galdós se mostró muy sensible ante la vulgaridad y grosería de ciertas figuras clericales —compatibles en

⁷¹ «Lo más particular es que ha reñido con su sobrina y vive solo, enteramente solo en una casucha del Arrabal de Baidejos. Ahora dice que renuncia su silla en el coro de la catedral y se va a Roma.» *Doña Perfecta*..., 510.

⁷² *Los cien mil hijos de San Luis*, E.N., II, *un faccioso más*..., E.N., II.

⁷³ *De Cartago a Sagunto*, E.N., IV.

ocasiones con una situación acomodada e incluso con una capa externa de urbanidad—. Representante insuperable de esta aparentemente contradictoria situación es el don Silvestre de *Gloria* y de manera aún más llamativa el tantas veces mencionado don Nicolás Rubín:

«Porque Nicolás Rubín no podía dormir si no le ponían delante, a punto de las once, una ensalada de lechuga o escarola, según el tiempo, bien aliñada, bien meneada, con el indispensable ajito frotado en la ensaladera y la golosina del apio en su tiempo. Había comido muy bien el dichoso cura, circunstancia que no debe notarse, pues no hay memoria de que dejara de hacerlo cumplidamente ningún día del año. Pero su estómago era un verdadero molino, y a las tres horas de haberse llenado había que cargarlo otra vez.

—Esto no es más que debilidad —decía, poniendo una cara grave y a veces consternada—, y no hay idea de los esfuerzos que he hecho por corregirlo. El médico me manda que coma poco y a menudo.

Cayó sobre aquel forraje de la ensalada, e inclinaba la cara sobre ella como el bruto sobre la cavidad del pesebre lleno de hierba.

—Le diré a usted, tía —murmuraba con el gruñido que la masticación le permitía—. Yo no soy de mucho comer, aunque lo parezca.

—Podía serlo más. Come, hijo, que el comer no es pecado gordo.

—Le diré a usted, tía...

No le dijo nada, porque la operación aquella de mascar los jugosos tallos de la escarola absorbía toda su atención. Los gruesos labios le relucían con la pringue, y ésta se le escurría por la comisura de la boca. Formando un hilo corriente, que hubiera descendido hasta la garganta si los cañones de la mal rapada barba no lo detuvieran. Tenía puesto un gorro negro de lana con borlita que le caía por delante al inclinar la cabeza, y se retiraba hacia atrás cuando la alzaba. A doña Lupe (no lo podía remediar) le daba asco el modo de comer de su sobrino, considerando que más le valía saber algo menos de cosas teológicas y un poquito más de arte de urbanidad... No pudo concluir la frase, porque le vino de lo hondo del cuerpo a la boca una tan voluminosa cantidad de gases, que las palabras tuvieron que echarse a un lado para darle salida. Fue tan sonado la regurgitación, que doña Lupe tuvo que apartar la cara,

aunque Nicolás puso la palma de la mano delante de la boca, a guisa de mampara. Este movimiento era una de las pocas cosas relativamente finas que sabía»⁷⁴.

Empero, frente a los curas de grosera apariencia y trato, el autor describirá, igualmente, con profusión de pormenores, sacerdotes y frailes en los que el don de gentes y la corrección de su trato social son notas sobresalientes de su personalidad y quehaceres. La relación es muy larga, hasta el punto de que una ligera referencia a todos y cada uno de ellos detendría excesivamente el curso de este trabajo y nos haría entrar en un descriptonismo hartamente enfadoso. Basta que recordemos, de la rica galería galdosiana, al P. Paoletti de *La familia de León Roch*⁷⁵, o a don Isidro Palomeque, don Tomé y don Juan Casado de *Ángel Guerra*⁷⁶, al P. Jerónimo Baldomero Maroto de *El abuelo*, al don Romualdo Cedrón de *Misericordia*⁷⁷ y, en fin, al afamado y bueno don Lino de *El audaz*, abate perfecto, según nos lo pintaba don Benito en sus correrías por el Madrid de comienzos del XIX, provocando a su paso una estela de agradecimiento de

⁷⁴ *Fortunata y Jacinta*, O.C., II, 643-4.

⁷⁵ O.C., I, 917-20 *et passim*.

⁷⁶ *Ángel Guerra...*, 122 y 169, respectivamente.

⁷⁷ «...hombre de mundo, en el grado que puede serlo un cura de apacible genio: de palabra persuasiva, tolerante con las flaquezas humanas...» O.C. III, 773.

⁷⁸ —«No me puedo olvidar del chasco del pobre don Lino —decía aquella riendo—. ¡Cómo cayó el infeliz! ¡Y no necesitaba el pobrecillo romperse las piernas para hacernos raír, porque la verdad es que era su figura en extremo extravagante!

—Yo en mi vida he visto tragedia más sin gracia; todos lo hicieron bastante mal —dijo doña Juana—, ¡y luego ver entrar en escena a aquel mamarracho!

—El abate no desempeña bien papel alguno sino cuando Pepita Sanahuja le hace representar el de becerro o carnero en sus farsas pastoriles —dijo doña Antonia—. La verdad es que es un hombre excelente. ¡Si viera usted qué arte tiene para escoger melones!

—Es una alhaja, como no sea para representar tragedias. No tiene igual para toda clase de recados. Anteayer me compró unos jamones que no había más que pedir. Para hoy le tengo encargado que se entere de alguna doncella hacendosa y formal que me hace falta...» *El audaz...*, 31.

sus amistades, por sus abrumadoras atenciones⁷⁸, o, Díaz de la Robla de *Halma*⁷⁹.

En el aspecto de la sociología clerical que ahora consideramos —trato, apariencia externa e incluso higiene y cuidado corporal—, como en tantos otros atañentes a ella, resulta sumamente curioso ver el papel que tuvieron de vehículo de las nuevas costumbres y usos los sacerdotes y congregaciones extranjeras afincadas en España en el reinado de Alfonso XII y la regencia de su segunda mujer. Respecto a los primeros, el chauvinismo de Galdós se manifestó a través de una pintura un tanto satírica de tales clérigos, a la manera de como hiciera en *La familia de León Roch* del pulcro y atildado P. Paoletti y de los amigos franceses de Luis Gonzaga⁸⁰. Debelador implacable de la incuria española y entusiasta defensor de los utensilios sanitarios e higiénicos lanzados al mercado por la segunda revolución industrial —recuérdese, por ejemplo, la descripción de un flamante cuarto de baño en *La desheredada*—, Galdós pensaba, sin embargo, que los refinamientos de maneras introducidos por las comunidades religiosas de origen extranjero amaneraban el trato directo y campechano de los sacerdotes y monjas españoles. Obviamente, resulta difícil precisar si en este punto le asistía la razón. Todo parece que la monopolizaba cuando hurgaba en la mente de un personaje popular a más de poder como es Fortunata, cuando ésta, en su primer contacto con Nicolás Rubín, remacha una especie de idea genérica en su estrato: «... las

⁷⁸ «Sin duda (dijo Nazarín) fue el benditísimo don Manuel Flórez, hombre muy bueno, pero que vivía en las rutinas y andaba siempre por los caminos trillados. El vértigo social, en medio del cual vivió siempre nuestro simpático don Manuel.» O.C. III, 676. *Ibidem*, 637. «—Dejadme —decía don Manuel en su agonía y reparando en el esfuerzo de Nazarín—, no seáis pesadas. Huyo de lo que fui... No quiero verme, no quiero oírme. Hay un hombre que en el siglo se llamó Manuel Flórez. ¿Sabéis cómo le llamaría yo?... *El santo de salón*. Yo no soy él; yo quiero tendí de intereses. Aquél hacía cuentas, yo las deshago; aquél vivió en mil vanidades, yo corro detrás de la verdad, ya la toco, y vosotras, ruinas cócoras, no me dejáis...» Sobre don Remigio, *Halma...*, 642.

⁸⁰ «Iban a visitarle algunos sacerdotes, principalmente franceses de esos de melena ahuecada y gracioso sombrero de tres candiles, corteses, finos, mundanos, limpios, y platicaban acerca de la casa de Puyeo.» *La familia...*, 830.

manos largas, negras y poco familiarizadas con el jabón; la tez morena, áspera y aceitosa. El ropaje negro del cura revelaba desaseo, y este detalle, bien observado por Fortunada, la ilusionó otra vez respecto a la santidad del sujeto, porque en su ignorancia suponía la limpieza reñida con la virtud. Poco después, notando que su futuro hermano político olía, y no a ámbar, se confirmó en aquella idea»⁸¹.

Como se sabe, uno de los índices más cambiantes de las modas radica —en los hombres— en el mayor o menor rapado de su cabeza y barba. El último aspecto fue observado con sumo interés por nuestro novelista, como índice de pulcritud y, a las veces, incluso de tendencias ideológicas, pues, en líneas generales, el escaso clero liberal tendió a establecer una diferencia con el ultramontano en el rasuramiento de los apéndices capitales. Sobre todo Galdós lo dejó registrado con detallismo de miniatura. En una de las escenas clericales más logradas —y más olvidadas— del corpus novelístico objeto de nuestra tesis nos dirá don Benito del trío de curas «defroques» que prestan un calor de vida excepcional al capítulo cuarto de la tercera parte de *Fortunata y Jacinta*: «Jamás se vestían de hábitos, pero conservaban la cara afeitada como para estar disponibles en el caso que los admitiesen otra vez en el oficio»⁸². Y a juzgar por otra observación en el comienzo de *El amigo Manso*, el perfecto rasuramiento de barba y bigote debía ser en la época un distintivo de los sacerdotes liberales. La impresión de Fortunata ante la hirsutez de su cuñado Nicolás queda pormenorizada también por el escritor grancanario con pincel agudo⁸³.

De manera también global, los contados sacerdotes apóstatas que censan las fuentes novelísticas que utilizamos se dejaban crecer la barba para establecer su separación del estado clerical y sentirse un miembro más de la comunidad civil⁸⁴. Para valorar

⁸¹ *Fortunata...*, 646-7.

⁸² *Fortunata y...*, 735.

⁸³ «... y otros, fundándose en que carezco de buena barba y voy siempre afeitado, me han puesto cura liberal o actor, dos tipos de extraordinaria semejanza.» PÉREZ GALDÓS, B.: *El amigo Manso*. O.C.

⁸⁴ «Por eso se desilusionó algo al ver aquella figura tosca de cura de pueblo, aquellas barbas mal rapadas y la abundancia de vello negro, que parecía cultivado para formar sospecha.» *Fortunata y...*, 646-7.

en toda dimensión este hecho en apariencia anecdótico hay que tener en cuenta que en el mundo de la Restauración el contraste era muy marcado, dada la generalizada moda de los seglares a dejarse crecer los apéndices capilares. Otros novelistas posteriores, como, por ejemplo, Baroja, repararán mucho en tal circunstancia⁸⁵.

El clero y sus fieles

Ante el cuadro clerical trazado por Galdós con abundancia de tintas negras, cabe formularse una cuestión a nuestro entender de suma importancia y tratar de rastrear la respuesta que a ella dio Galdós en su novela. ¿Qué idea tenían los fieles y los marginados de la religión tradicional de cómo cumplían sus deberes y cuáles eran el valor y significado de la función del sacerdote?

En toda la obra galdosiana la consideración del sacerdote entregado a su ministerio será cariñosa y respetuosa por parte de sus fieles. Así sucede a María Egipcíaca con el P. Paoletti; así, de modo más emotivo y real, los hermanos del Águila al padre Gamborena, de Halma con respecto al P. Flórez. Las dos humildes y andariegas mujeres compañeras de Nazarín serán arrebatadas por su testimonio de vida evangélica, como, aunque le pese, sucedería con la propia dueña de su tugurio. La perspicacia galdosiana nos dará retratos individuales de curas, caracteres específicos; cuyo estudio constituye la piedra de toque para enjuiciar a un gran novelista. El análisis contrastado entre Juan Casado y Ángel Guerra será un prodigio de penetración. A pesar de hablarle continuamente de materias religiosas, el canónigo toledano aparecerá siempre ante los ojos de su dirigido como un amigo más que como un pastor. Adivina que el *aurea mediocritas* de su colocutor no es más que una renuncia a vivir con plenitud los valores del sacerdocio.

⁸⁵ «Este señor Bailón es un clérigo que ahorcó los hábitos el 69, en Málaga, echándose a revolucionario y a librecultista con tan furibundo ardor, que ya no pudo volver al rebaño, ni aunque quisiera le habían de admitir. Lo primero que hizo el condenado fue dejarse crecer las barbas.» *Torquemada en la hoguera*, O.C., II, 1344.

Hay otros muchos pasajes galdosianos, por supuesto, donde podríamos expulgar datos sobre los que volveremos más adelante, observados desde otras ópticas. Ninguno sobrepasa, a nuestro juicio, en agudeza al concerniente a las relaciones entre Casado y Ángel Guerra. En general, según subrayaremos posteriormente, el pueblo que aparece en la obra galdosiana es menos clerical que el dibujado en otros corpus literarios. Valora en mucho el papel y la función sacerdotales, pero solamente cuando éstos se encuentran justificados por una trayectoria de innegable ejemplaridad. En las clases altas, como también analizaremos, la mirada enjuiciadora hacia el clero es más convencional, aunque a veces se den contactos como los de Halma con Nazarín, don Manuel Flórez y don Remigio en los que el respeto mutuo acrecienta el agradecimiento y la veneración de los laicos. Igual sucederá con Gamborena y las mejoras almas del círculo que rodea a Torquemada, como es el caso de la cuñada de éste, Cruz del Águila. Y así podríamos proseguir, si no fuera porque creemos la cuestión ya suficientemente documentada.

Como ya hemos tenido ocasión de comprobar, el bajorrelieve clerical galdoniano es impresionante por su número y composición. Sin sumergirnos de nuevo en la trillada cuestión del anticlericalismo o no del narrador canario, zanjada por lo que a nosotros respecta con una negativa, es evidente que ningún otro autor de su época ni de la posterior incluyó en su censo de personajes a mayor cifra de eclesiásticos. Salvo error u omisión —muy posibles ambos— hemos contabilizado ciento treinta en sus novelas y trescientos en sus *Episodios*. Más difícil resulta, naturalmente, el compendiar estadísticamente las virtudes y defectos con que nos son presentados los caracteres de esta galería eclesial. Abarcando, por otra parte, desde comienzos del XIX hasta 1915 el escenario de la actuación de la inmensa mayoría de esta muchedumbre clerical, habría que hacer cortes en el tiempo para intentar comparar, a través de estos troceamientos cronológicos, el mayor o menor nivel de la salud moral del clero en cualesquiera de las épocas así reglamentadas; empresa de muy escasos resultados, por cuanto don Benito concentró en pocas décadas el teatro histórico de sus novelas, ya que no de sus *Episodios*. Como nota de conjunto, como impresión general,

la más hondamente grabada en el lector despacioso es la de que Galdós siempre partió en la descripción de sus clérigos de una imagen previa del sacerdote ideal, con relación a la cual repartió elogios y críticas. Su idea del apóstol de almas fue muy elevada; de ahí la visible desazón que le provocaran las conductas sacerdotales no arregladas a ella. La satisfacción del escritor canario al narrar las visitudes del ministerio del P. Gamborena, del padre Nones o de Nazarín le desborda por todos los puntos de su pluma. Jamás escatimará una alabanza —ni siquiera en la época de su mayor radicalismo político— a la actividad del buen sacerdote circunscrito a su misión. Algunos de los glosadores más recientes de su obra han apuntado la tesis de que don Benito abocetó en sus mejores criaturas eclesiásticas una retrato del sacerdote según el espíritu del Concilio Vaticano II. Es muy posible. Aquí, empero, únicamente nos interesa resaltar la total validez y aceptación para cualquier eclesiología católica del modelo de sacerdote al que Galdós acopló su vasta y compleja galería eclesiástica.

Por lo que respecta al sector eclesiástico, que en sus días de esplendor constituyó, junto con el episcopado, el alto clero —los cabildos catedrales—, con la excepción del desvaído don Isidro Palomeque, de *Ángel Guerra*, y de don Juan Casado de la misma novela, pocos canónigos gozarán de las simpatías del autor de los *Episodios*. El ideal de vida y la realidad, en innumerables ocasiones, de este sector de la clerecía quedan acertadamente expuestos en las palabras de Nicolás Rubín a su tía: «Una vida descansada, una visita por las mañanas con la fresca, mi corrito mañana y tarde, mi altar mayor cuando me toque, mi paseito por las tardes, y vengán penas»⁸⁶. Frase que reproduce todo el sentido y casi la literalidad de algunas ideas expuestas por la famosa semblanza canonical de Navarro Villoslada cargada de irreprochable valor historiográfico.

⁸⁶ Vid, por ejemplo, *Los caminos del mundo*.

Las monjas

Después de 1815, la temática de nuestro anticlericalismo abandonó a las monjas como fuente de inspiración y objetivos de ataques, a lo que debió de contribuir la misma remodelación de funciones de las propias congregaciones femeninas. Lo cual, de otro lado, ayuda a comprender el clima de distensión en que los grandes novelistas posteriores a la Fernán se situaron ante el asunto que nos ocupa, al participar de una atmósfera de mayor tolerancia y respeto hacia la vocación religiosa de la mujer.

Habida cuenta de las muchas líneas consagradas más atrás a Leré y a su hondo deseo de permanecer en el claustro, no dedicaremos más líneas a resaltar la postura de su creador, del que tantos testimonios biográficos nos relatan su apego y simpatía hacia las monjas, aunque repetiremos lo ya dicho en el primer capítulo de que, con excepción de Leré y otros escasos ejemplos, este aspecto no se tradujo en la abundante recreación literaria de figuras y episodios atañentes a las congregaciones religiosas de mujeres:

Su pintura «exterior» e «interior» de las Micaelas en el Madrid de *Fortunata y Jacinta* nos hacen sentir más este hueco en la obra galdosiana. Desde cualquier ángulo en que se sitúe el observador o el estudioso advertirá que la reconstrucción de la vida de un establecimiento dirigido por monjas y dedicado a una «obra de redención social» es perfecta por el conocimiento de los detalles y la captación de la psicología femenina presente en los miembros de una congregación religiosa. El retrato de la superiora, sor Natividad, vizcaína seca y pulquérrima, y, sobre todo, el de la deforme y buenísima son Marcela, no tendrán rival en la galería monjil de la literatura española decimonónica⁸⁷.

Cuando Galdós se ocupa del tema lo hace normalmente en monjas incardinadas en su vocación, sin que, con la salvedad de Leré, se detenga a hablarnos de los motivos que las impulsaban a sus bodas místicas. No podemos, por tanto, servirnos del ejemplo más destacado que presenta su obra, para deducir de él la

⁸⁷ *Fortunata y...*, 822.

actitud de don Benito. Después de su infortunado amor con Daniel Mortón, Gloria acepta, tras fuertes luchas y vacilaciones, seguir las exhortaciones de su tía e ingresar en un convento como vía purgativa para su caída. Decisión no llevada a término por su repentina muerte⁸⁸.

Elementos paraeclesiásticos: sacristanes, sochantres, monaguillos, acólitos, pertigueros, santeros...

De entre el mundo abigarrado que en el XIX y parte del siglo actual giraba y pululaba en torno a la Iglesia institución, ocupan un primer plano algunas figuras que en la centuria pasada representaron un papel ciertamente importante en los medios que podemos considerar paraeclesiásticos. Sacristanes y sacristanas, monaguillos y acólitos, santeros y santeras fueron, a lo largo del ochocientos, figuras muy populares, con una función insustituible en el marco de las actividades clericales. Su fisonomía está, como es obvio, representada con cierta profusión en las fuentes novelísticas, pero no en proporción y en medida comparables a su número y peso, que, como hemos reiterado, fueron considerables a lo largo del período que asistió al lento, pero inevitable, deterioro de su situación.

Desde diversa óptica reflejará sus figuras Pérez Galdós, cuya visión satírica recaerá en ocasiones sobre la rutina y la ligereza de algunos actos de sacristanes y monaguillos, así como sobre el fondo algo anormal y semipatológico en que desenvolvía en ocasiones las actividades de los santeros y santeras. (Naturalmente que en este camino no llegará a equipararse con las narraciones barojianas, en las que tales figuras se recortan siempre sobre un horizonte de una sicología desviada o enferma.)

Pero como ocurre con todos los tipos de la galería eclesiástica y paraeclesiástica del XIX no podía faltar en el retablo galdosiano la pintura maestra del elemento más representativo del grupo a que nos referimos. Junto con el prelado don Ángel Lantigua, será el sacristán José Mundideo, alias *Cañfás*, el personaje eclesial —paraeclesial en su caso— dibujado con colores más

⁸⁸ *Ibid.*, 671.

atractivos. Pese a sus debilidades alcohólicas y ligerezas de conducta —motivadas en gran parte por la tiranía de su mujer— su desprendimiento, fidelidad y entereza llegan sin duda a impresionar a todos los lectores de la obra. En medio de hombres y mujeres de urbanidad exquisita, pero de escasa generosidad, tan poco generosos en la raíz de sus actitudes como son los que Galdós hace desfilar por las páginas de la novela, en la elegancia espiritual y en reciedumbre ética de *Caijás*, don Benito quiso simbolizar en una figura popular cómo las virtudes humanas y religiosas trascienden con mucho la educación y la propia situación social⁸⁹.

En una de las cuatro obras de ambientación eclesiástica más densa y correcta de la literatura española decimonónica, *Ángel Guerra*, aparecen algunos monaguillos, muy caracterizados por el pincel de don Benito, como aquel que traficaba con objetos de culto eclesiástico, o «Entre todas las mujeres», mote apocopado en las dos primeras palabras. Su figura merece al menos un pequeño párrafo, por cuanto en él presenta su creador un tipo femenino muy abundante en la novelística eclesiástica posterior, pero infrecuente, como ya dijimos, con referencia a los sacerdotes, en la ochocentista. Sin demasiada alteración del personaje, podemos detectar encarnada en él una nota —ésta algo más subrayada en la novela del XIX, menos que en la del XX⁹⁰—, no insólita en esta tipología paraeclesiástica, como es la de su aberración sexual.

Beatos y beatas

Así como sorprende la relativa ausencia en el censo galdosiano de tipos canónicos y sacristanescos no sucede igual con los integrados en lo que con cierto matiz peyorativo se denomina a

⁸⁹ *Gloria...*, 683.

⁹⁰ *Gloria...*, 538, 541, 564, 567 y passim.

⁹¹ Una notoria excepción la constituye el protagonista de *Requiem por un campesino*, Paco del Molino, cuyas relaciones con Mosén Millán en sus días de monaguillo dieron lugar a una pequeña obra maestra de la literatura hispánica del novecientos.

veces el mundo del beaterio. Beatos y beatas van a ocupar en el escenario novelístico un papel relativamente importante.

Sería interesante asistir a través del mundo de la literatura a las especiales relaciones que debieron vincular a beatos y beatas con el clero en los años de la persecución progresista, que pusieron a prueba el temple y la sinceridad del sentimiento de estos curiosos especímenes. También nos importaría mucho conocer las formas que la religiosidad romántica adoptó en sus prácticas y devociones. A falta de testimonios de plumas consagradas por el éxito, poseemos algunos otros debidos a periodistas y articulistas, más o menos insertados en la mentalidad costumbrista. Así en *Los españoles pintados...* figura un tan detallado como despiadado retrato de estas beatas en su versión madrileña, que quizá no quepa hacer extensiva al ámbito peninsular⁹².

Galdós, que estrenó su pluma en la descripción de algunos tipos modélicos como las hermanas Porreño en *La Fontana de Oro*, dará amplia acogida entre las páginas de sus novelas de tesis y en las del ciclo madrileño a beatos y beatas, elevados, a veces, a tipos símbolo y a una auténtica categoría social. Las mujeres gozaron a este respecto de su predilección. Doña Perfecta, Marcelina, hermana de don Pedro Polo y doña Serafina Lantigua no serían, sin embargo, superados en adelante. Sin embargo, hay que hacer notar que frente a la versión femenina de la beatería —que a veces es descrita hasta con cierta simpa-

⁹² «El que de este modo hablaba era un ser de voz atiplada y modales femeninos, de rostro simioso, viejo adolescente o joven caduco, según se le mirase. Llamábanle *Entre todas las mujeres*, sin duda por su oficiosidad relamida con el bello sexo en el servicio de la capilla de la Consolación, tan frecuentada de hembras de todas clases sociales. Fuera de la Iglesia solía servir de diversión a los chicos por su braceo afeminado, sus andares poco varoniles. Dentro, desempeñaba sus funciones con increíble actividad, acomodando en buenos asientos a las señoras de viso, y desplegando una especial destreza escurridiza y reptante al pasar entre tantísima falda, en días de gran lleno, para encender velas o acudir con el cepillo de la colecta. Era o había sido también un poco sastre; se cosía primorosamente su ropa, y en su calidad de mariquita negra salía en la procesión del Viernes Santo con el grupo que representa a los escribas y fariseos.» *Ángel Guerra...*, 217.

tía (recordemos que éste es el calificativo que más aplica Galdós a Guillermina Pacheco, una de sus criaturas más caras), especialmente cuando la beatería no se dobla en fanatismo dogmático e intransigencia moral— la figura del beato la suele recargar el prosista de tintas negras. La causa de esta diferente actitud tal vez estribe en la distinta aceptación y consideración social de la religiosidad masculina y la femenina a la que fue muy sensible don Benito. Como ya apuntamos en un capítulo anterior, mientras estaba bien visto que la mujer se dedicase plenamente a las prácticas de piedad externas, las mismas manifestaciones en el varón bordeaban los límites del ridículo. Con todo, es cierto que hubo beatos que con todas las sombras con que desee recargar su psicología y mentalidad tuvieron unas pautas de comportamiento honestas y sinceras, si bien deformadas con algunas de sus expresiones. A este grupo pertenece el simpático, inofensivo y servicial Plácido Estupiña que pasea su sencillez por las páginas de *Fortunata y Jacinta*. Rayando los setenta, nos describirá Galdós con pluma cariñosa sus hábitos religiosos y sociales, centrados en su obsesión por gozar de los fastos de la liturgia y asistir a toda clase de ceremonias religiosas, en especial, al sacrificio de la Eucaristía en la madrileña parroquia de San Ginés⁹³.

Iglesia institucional y poder político

No por preterirlo, sino más bien para concederla toda su gran importancia, hemos dejado para el final de este ya muy extenso capítulo el presente apartado, encajado en el lugar más oportuno tras la panorámica general de conjunto sobre todos los sectores integrantes de la Iglesia docente y de su aparato.

Cuestión como en la que ahora nos adentramos, tan importante para el normal desenvolvimiento de las estructuras eclesiásticas, es lógico que se haya referenciado con mayor o menor

⁹³ El trabajo lleva por título *La santurrona* y tiene como autor al gran costumbrista Antonio Flórez. Aunque tal vez valga la pena reproducirlo, ante la imposibilidad de hacerlo por razones de espacio remitimos a la s. p. 147-51, donde tal vez se encuentre lo más sustancioso del retrato.

explicitación páginas atrás. Es el poder lo que está en juego, los mecanismos de selección de sus ejecutores lo que se trata y, por tanto, resulta obvio que el autor, aun sin detenerse específicamente en su descripción, haya bordeado o atravesado la materia a propósito de otros asuntos directa o indirectamente relacionados con este polo de la temática eclesiástica.

Iglesia y poder político están estrechamente correlacionados en el antiguo régimen, como demuestra la historia de la crisis final de éste y patentizan algunos ejemplos literarios.

Sin embargo, aun con los lances y episodios relacionados con el presente tema que ya expusimos al hablar de los obispos, resulta patente que nuestra cuestión en el paso del antiguo al nuevo régimen, no se ilumina demasiado con el aporte de nuestra fuente literaria. En el siguiente período contaremos con testimonios más explícitos.

En efecto, con relación a la monarquía absoluta, en la isabelina y en la Restauración canovista todo va a cambiar. Si no abundantes, los comentarios sobre la materia serán ahora más frecuentes, con una ampliación de su radio temático. Los canónigos, relativamente oscurecidos y eclipsados en los *Episodios* y novelas de Galdós sobre el último período del absolutismo, cobrarán ahora un relieve mayor, en contraste, quizá, con su pérdida de poderío e influencia real en las estructuras eclesiásticas, a consecuencia de la poda que en ellas introdujo el Concordato de Bravo Murillo. Y como secuela natural, la cuestión de los mecanismos de selección de los cuadros eclesiásticos se verá alzaprizada, pues no en balde será este cuerpo canonical del que se nutra en su casi integridad la élite episcopal, al propio tiempo que, como es perogrullesco, los capitulares tendrán su vivero en el clero parroquial. Este sería el sector más móvil y sometido al juego del poder o de los poderes de todo el conjunto clerical.

Y así comparecerán retratados en la gran novela decimonónica. En dos de sus obras más conocidas, *Fortunata y Jacinta* y *Angel Guerra*, aparecerá la insignificante figura moral de don León Pintado, canónigo nada menos que de la sede primada, no por merecimientos propios sino merced al padrinazgo de altas familias y, muy concretamente, de doña Sales, la madre del pro-

tagonista de la novela citada en segundo lugar. En la mencionada en primer término, aparecerá también el ínclito Nicolás Rubín, de ajetreada historia por diócesis y cabildos a la caza de una canonjía, conseguida finalmente más por la recomendación que por sus conocimientos específicos, que eran menos que someros. En torno a su promoción a una canonjía de la sede orcelitana construyó don Benito una trama bien urdida, psicológica, artística, e historiográficamente. El hidalgo don Evaristo Feijóo, al imaginarse sus últimos días la situación de desamparo en que su amante quedaría tras su desaparición, proyectó la reconciliación de Fortunata con Maximiano. Pieza esencial en la operación era Nicolás, que intentaría la avenencia de los esposos. ¿Qué mejor estímulo para entregarse con ardor a la empresa que hacer realidad el sueño dorado de toda su existencia? Pensado y hecho. Sus amistades le valieron a don Evaristo la consecución de la prebenda para el cuñado de su amante.

«¿Y de dónde?

—De Orihuela, tía —replicó el clérigo, frotándose las manos—. Mala catedral, pero ya veremos si sale una permuta.

—Canónigo te vean mis ojos, que Papa como tenerlo en la mano.

—¡Cuánto me alegro! —dijo Fortunata, por decir algo, y miró a la calle a través de los cristales, temiendo que le leyeran en la cara los pensamientos que la canonjía de su cuñado le sugería.

—¡Lo que es el mundo! —pensaba—. Razón tenía don Evaristo. Hay dos sociedades, la que se ve y la que está escondida. Si no hubiera sido por mi maldad, ¡cuándo habría sido canónigo este tonto de capirote, ordinario y hediondo! ¡Y él tan satisfecho!»

Galdós no imaginaba nada; menos aún fantaseaba o exageraba. Personajes como los citados constituyen legión en los anales de la historia eclesiástica contemporánea, incluso batiendo los records de Rubín en cuanto a viajes y tentativas. No pocos canónigos de la Iglesia isabelina y canovista realizaron una auténtica *tournée* antes y después de su adscripción a los distintos cabildos peninsulares y ultramarinos. Las novelas

vuelven a ser aquí, pues, un refrendo de lo conocido por la auténtica historia.

Por los mismos caminos de verosimilitud discurre el caso narrado por el escritor grancanario en *Halma*, a propósito de don Remigio Díaz de la Robla:

«—Ya verás. No me vengo de Madrid sin traerme su nombramiento para una de las parroquias de allá. Es su sueño, su ambición, y si yo logro satisfacerla, el hombre es nuestro ahora y siempre. He pensado que nadie puede ayudarme en esta pretensión como Severiano Rodríguez, el cual es, ya lo sabes, íntimo amigo del Obispo. Y como Severiano y tu hermano Feramor tuvieron una formidable agarrada en el Senado y ahora están a matar espero que me apoye con interés, con ardor de sectario, basta para ello hacerle comprender que el parlamentario y el economista inglés ha de ver con malos ojos lo que a nosotros nos agrada y favorece»⁹⁴.

Algo más inverosímil nos pueden parecer las conjeturas hechas en las tertulias toledanas respecto a la preconización episcopal de Ángel Guerra el día en que éste cantase misa. Estas habladurías se basaban en su amistad «con ministros y persona-

⁹⁴ «Tenía muy poco pelo, casi se puede decir ninguno; pero no usaba peluca. Para librar su cabeza de las corrientes frías de la iglesia, llevaba en el bolsillo un gorro negro, y se lo calaba al entrar. Era gran madrugador, y por la mañanita, con la fresca, se iba a Santa Cruz, luego a Santo Tomás y, por fin, a San Ginés. Después de oír varias misas en cada una de estas iglesias, calado el gorro hasta las orejas, y de echar un parrafito con beatas y sacristanes, iba de capilla en capilla rezando diversas oraciones. Al despedirse saludaba con la mano a las imágenes, como se saluda a un amigo que está en el balcón y tocaba su agua bendita, fuera gorro y a la calle... Era Plácido hermano de la Paz y Caridad, cofradía cuyo domicilio estuvo en la derribada parroquia. Iba, pues, a auxiliar a los reos de muerte en la capilla (FALTA UN PARRAFO) lo tonta que es esta vida, de lo bueno que es Dios y de lo ricamente que iban a estar en la gloria. ¡Qué sería de los pobrecitos reos si no tuvieran quien les diera un poco de jarabe de pico antes de entregar su cuello al verdugo!

A las diez de la mañana concluía Estupiñá, invariablemente, lo que podríamos llamar su jornada religiosa. Pasada aquella hora, desaparecía de su rostro russoniano la seriedad tétrica que en la iglesia tenía, y volvía a ser el hombre afable, locuaz y ameno de las tertulias de tienda.» *Fortunata...*, 470.

jes que fueron compinches suyos en la masonería»⁹⁵. Inverosimilitud fundada, no en la posibilidad del padrinazgo político reinante en las altas esferas, sino en la hipóstasis atribuida a la masonería en la detentación de los poderes públicos.

IV. RELIGIOSIDAD POPULAR. GALDÓS O UNA RELIGIOSIDAD EN BAJA

Dados su ánimo y talante populista, podría pensarse que la obra galdosiana nos proporciona una plataforma fundamental para la reconstrucción de la religiosidad popular. Sin embargo, no es así, sobre todo si nos atenemos a un criterio medianamente riguroso en cuanto a la definición y estructura de las clases sociales, criterio que, apresurémonos a decirlo, no pretendemos emplear en las páginas siguientes, penetrados, volvemos a repetirlo, de lo mucho que queda aún por perfilar y precisar en tal terreno hasta que lleguemos a conseguir unas categorías historiográficas discretamente válidas. Pueblo, mesocracia, clases medias y burguesía aparecen muy revueltos en el corpus galdosiano con fronteras menos nítidas tal vez que en escritores más dicotómicos y polarizados en el análisis de la sociedad, como Fernán Caballero, Alarcón y, en cierto sentido, Palacio Valdés y Clarín. En ese revoltijo social de Galdós es muy difícil hincar jalones separadores o líneas fronterizas de alguna utilidad. Mas con todo no vamos a descubrir aquí que el eje de la narrativa de don Benito lo constituirá la burguesía más que el pueblo *stricto sensu*, y ello, incluso, en la gran epopeya de los *Episodios*.

En éstos y en la copiosa producción del prosista grancanario recogemos, por supuesto, numerosos materiales para el tema de que ahora hablamos, con los que pueden trazarse piezas esenciales de él, pero que no permiten, sin embargo, plantear un panorama completo. Así, por ejemplo, acerca del extremo capital de la asimilación de los principios elementales de la religión católica no encontramos, salvo error y omisión por nuestra parte, ninguna alusión directa en la multiforme obra galdosiana. Es claro que el ensamblaje de la actitud religiosa de la inmensa

⁹⁵ O.C., II, 822.

mayoría de sus personajes responde a su absorción durante la niñez del catecismo, mas, insistimos, el autor no descendió nunca a detallarnos la forma y manera de la transmisión de sus preceptos. El pueblo que circula por su obra es un pueblo religioso, que teme y espera en Dios, a quien busca por consuelo y por juez. Su fe está poco racionalizada en muchos extremos y en varias parcelas se limita a un ligero barniz; su cosmovisión contiene impurezas y en no pocas ocasiones anchas zonas de superstición, idolatría y fanatismo⁹⁶. Está muchos más apegado a la letra que al espíritu de la religión que dice profesar y creer; una religión anquilosada y no dinámica; jurisdicista y no carismática; más recorrida por el aire del Viejo Testamento que por el mensaje de Jesús. La idea que en general provocaba esta religiosidad en el creador de las figuras y personas que la sustentan fue, como es bien sabido, muy negativa. Se ha dicho por Gonzalo Torrente Ballester que Galdós no entendió nada ni del catolicismo popular ni del de la élite de poder o representación porque tendió siempre a personificar una religión trascendente, a identificar los curas y los fieles con el dogma, sin reparar en la autonomía de la religión y en su valor trascendental por encima del inmanentista. Algo puede haber de ello, aunque no vamos a volver sobre una cuestión si no zanjada al menos sí planteada con cierta extensión en las páginas iniciales de este trabajo. Pero no cabe duda que la visión y el deseo de don Benito fueron mucho más allá de este relativo simplismo. En todo caso él abrió las compuertas de su imaginación para que los seres creados por ella tuvieran vida propia. Y esta vida tiene siempre unos ejes religiosos, convencionales, a veces, inauténticos otras, rutinarios, a menudo, infectivos, con frecuencia, pero su inserción en la conciencia individual y colectiva es real y son al menos vivenciados como tales⁹⁷.

⁹⁶ ÁNGEL GUERRA..., 694.

⁹⁷ Aunque la cita está tomada de su obra más combativa y testimonial, la acepción del pueblo —y de pueblos hispanos— pocas veces se puede acomodar mejor a este concepto de religiosidad que en ella: «Pero no puede ser de otra manera. Aquí privan las ideas más anticuadas acerca de la sociedad, de la Religión, del Estado, de la propiedad. La exaltación religiosa, que les impulsa a emplear la fuerza contra el gobierno por defender

En una obra como la galdosiana que abarca temáticamente desde comienzos del XIX hasta los inicios del siglo actual cualquier afirmación de índole general puede estar desprovista de verosimilitud. Todo lo que cambió en la mentalidad religiosa de las clases populares a lo largo del XIX, lo registró con toda escrupulosidad don Benito. Pero la aproximación a las razones de este cambio no podemos, por desgracia, cimentarla en la medida que deseáramos. Con excepción de *El Audaz* y *La Fontana de Oro*, toda su producción novelística —y gran parte de la teatral— se centrará en la primera fase de la restauración canovista. Así, mientras que en la etapa finisecular podemos acudir a su testimonio religioso por varios y relativamente abundantes conductos, en toda la primera mitad de la centuria estamos supeditados tan sólo a los *Episodios*. A esta nota conviene también añadir otra distinción que hemos hecho páginas atrás referente al distinto talante con que el prosista canario abordó una y otra parcela de su conjunto literario.

Aun provocándole el mismo disentimiento interior, la religiosidad del común de los españoles súbditos o ciudadanos de Carlos IV, de su hijo y de su nieta le parecía a don Benito más sincera que la de sus descendientes en las tres últimas décadas del XIX. Los elementos más corrosivos y negativos que en dicha mentalidad verá Galdós crecieron y fueron aumentando su influjo al correr del tiempo sin que brotaran otros más positivos. Ello es claro, según nuestro autor, por ejemplo, en el culto a las imágenes y en las devociones en general. Mientras que en la guerra de la Independencia y en las contiendas civiles que le siguieron la advocación e impetraciones divinas y marianas eran hechas con calor y apasionamiento al margen de la bondad o maldad de las intenciones de los solicitantes, en la Restauración recubren un sentimiento vacío y temporalizado en el sentido mucho más deplorable. Entre los ruegos a la Virgen del Pilar por los combatientes de la guerra de la Independencia y el deseo

una fe que ataca y que ellos no tienen tampoco despierta en su ánimo resabios feudales y como resolverían sus cuestiones por la fuerza bruta y a fuego y sangre, degollando a todo el que como ellos no piensen, creen que no hay en el mundo quien emplee otros medios. »*Doña Perfecta*. Obras Completas. Madrid, I, 1975, 503.

de establecer un Lourdes español como proponía al narrador protagonista de *Lo prohibido* su prima María Juana media un abismo⁹⁸. El comercio de la imaginería religiosa del que extrae pingües ganancias es una instrumentalización del sentimiento religioso en aras de los más descalificables intereses⁹⁹. Ello no era un hecho aislado, sino que por el contrario, respondía a la sociología del catolicismo restauracionista, atraído tan sólo por la formal y apariencial. Esto es lo que se vivía en la clase dirigente y lo que se inculcaba en los estratos más bajos. Cuando Isidora Rufete vea tintinear las monedas en los cepillos que encopetadas damas ofrecen a adinerados caballeros en la Iglesia aspirará tan sólo a ocupar el puesto de la gran señora burguesa, olvidando, como ésta, el principio que alimenta teóricamente esta petición y este reclamo de limosnas¹⁰⁰. En el espléndido diálogo entre Daniel Morton y Buenaventura Lantigua llegará en

⁹⁸ Refiriéndose a Isidora, la protagonista de *La desheredada*, educada en un pueblo manchego por su tío el arcipreste en un mundo falso e irreal, con el sueño de ser hija de una familia noble, dirá el narrador que «estaba forjada en el yunque calderiano con el martillo de la dignidad social, por las manos duras de la Religión». O.C. I, 1046. «Villalonga —sí; pero es profundamente sugestivo y fascinable. Los milagros, ¿qué son más que fenómenos de hipnotismo? Todas las religiones, incluso la cristiana, se fundan en eso.

Teresa (amoscándose): ¡Eh, cuidado: no me toquen la Religión! De las falsas hablen ustedes lo que gusten, pero de la verdadera...

Infante: Y usted, ¿cómo siendo tan absolutista...?

Teresa (irritada): Sí, señor, muy absolutista, muy católica, apostólica, romana, y al mismo tiempo, muy populachera. Que, ¿no lo entiende usted, angelito?» *Realidad*, O.C. II, 1232.

⁹⁹ «Hablamos luego luego de la Virgen de Lourdes, de lo bien arreglado que está aquello, de lo conveniente que sería que en España hubiera algo parecido para que no fuese el dinero de los devotos a Francia, y para que la piedad y el negocio marcharan en perfecto acuerdo. Díjome que en Madrid iba a hacer propaganda para que a la más popular de las vírgenes se dedicaran peregrinaciones y jubileos, a fin de llevar dinero a Zaragoza. Había patriotismo o no lo había. Yo me mostré conforme con todo.» O.C. II, 399.

¹⁰⁰ «Disfrutaba Ildefonso las ganancias de un tráfico hasta cierto punto clandestino, que consistía en traer de Francia objetos para el culto y venderlos en Madrid a los curas de los pueblos vecinos y aun al clero de la Corte. Todo ello era género barato, de cargazón, producto de la industria moderna, que no pierde ripio y sabe explotar la penuria de la Iglesia

sus juicios sobre la vigencia social del catolicismo en la España de la época a comparaciones que pueden semejar muy desprovistas de fundamento si no se encontrasen avaladas dentro de la misma fuente que aquí utilizamos, por otros de idéntico tenor salidos de las plumas de Palacio Valdés, de Clarín o de Blasco Ibáñez¹⁰¹. La práctica del catolicismo se hallaba confinada en el estamento popular y también en los restantes a las mujeres, y éstas en número muy espectacular. Los templos estaban vacíos; y solían acoger, según las narraciones galdosianas del ciclo madrileño (no se olvide este último detalle), a mujeres que iban más a atraerse los favores divinos —y en especial de los santos—

en los difíciles tiempos actuales. Cabrera tenía sus socios en Hendaya y entendíase con ellos, llevándoles telas, cornucopias, plata de ley, algún cuadro y otras antiguallas sustraídas a los templos de Castilla, un día opulentos y hoy pobrísimo. El toque de este comercio estaba, según indicaciones maliciosas, en que al ir y venir pasaban las mercancías de la frontera francas de derecho; pero esto no se ha comprobado. De ordinario, la quincalla eclesiástica que Cabrera introducía —objetos de latón dorado, todo falso, frágil, pobre y de mal gusto— era tan barata en los centros de producción y se vendía tan bien aquí, que soportaba sin dificultad el sobreprecio arancelario. En otras épocas, cuando empezaba este negocio solía Quintina introducirse en la sacristía de cualquier parroquia con un bulto bajo el mantón, como quien va a pasar matute y susurrar al oído del ecónomo.

—¿Quieren ver ustedes un cáliz que da la hora? Y se pasmarán los señores del precio. La mitad que el género de Meneses...

Pero en breve la señora renunció al papel de chalana, y recibió en su casa a los clérigos de Madrid y pueblos inmediatos. Ultimamente importaba Cabrera enormes partidas de estampitas para premios o primera comunión, grandes cromos de los dos Sagrados Corazones, y, en fin, agrandando y extendiendo el negocio, trajo surtidos de imágenes vulgarísimas, los San José por gruesas, los Niños Jesús, las Dolorosas a granell y en variados tamaños, todo al estilo devoto francés, muy relamido y charolado, doraditas las telas a la bizantina, y las caras con chapas de rosicler, como si en el cielo se usara ponerse colorete. No sé si consistía en el trato familiar con las cosas santas o en una disposición de carácter el que Quintina fuera radicalmente escéptica. Lo cierto es que cumplía yendo a misa de Pascua a Ramos y rezando un poco, por añeja rutina, al acostarse. Y nada de hociqueos con sacerdotes como no fuera para encajarles el *artículo* o sonsacarles alguna casulla vieja de brocado, hecha un puro jirón.» *Miau*, O.C. II, 1026.

¹⁰¹ *La desheredada...*, 1096.

que a vaciar allá su sentimiento religioso en un diálogo lleno de unción con Dios¹⁰².

¿Cómo se echaban los primeros cimientos de la formación religiosa? ¿Qué textos, qué enseñanzas nutrían las mentes de las niñas y niños españoles? Cuestión obviamente fundamental y sobre la cual Galdós no nos da información detallada, aunque tal vez sí suficiente. Don Benito lo hará a través primordialmente del elemento femenino. Otorgando un valor arquetípico —que indudablemente no podían tenerlo en realidad— a tres de sus figuras femeninas podemos tener un expresivo inventario de lo que el autor pensaba sobre dicho punto «La poca doctrina cristiana que Fortunata aprendió, se le había olvidado»¹⁰³. Frente a la pobre y autodidacta educación de la recoversa madrileña, la de Gloria Lantigua será más esmerada, pero sin destacar tam-

¹⁰² —«Yo conozco regularmente el mediodía y la capital de España —añadió—. Ignoro si el Norte será lo mismo; pero allá, querido señor mío, he visto el sentimiento religioso tan amortiguado, que los españoles inspiran lástima. No se ofenda usted si hablo con franqueza. En ningún país del mundo hay menos creencias, siendo de notar que en ninguno existen tantas pretensiones de poseerlas. No sólo los católicos belgas y franceses, sino los protestantes de todas las confesiones, los judíos y aun los mahometanos, practican su doctrina con más ardor que los españoles. Yo he visto lo que pasa aquí en las grandes ciudades, las cuales parece han de ser reguladoras de todo el sentir de la nación, y me ha causado sorpresa la irreligiosidad de la mayoría de las personas ilustradas. Toda la clase media, con raras excepciones, es indiferente. Se practica el culto, pero más bien como un hábito rutinario, por respeto al público, a las familias y a la tradición, que por verdadera fe. Las mujeres se entregan a devociones exageradas, pero los hombres huyen de la iglesia todo lo posible, y la gran mayoría de ellos deja de practicar los preceptos más elementales del dogma católico. No negaré que muchos acuden a la misa, siempre que sea corta, se entiende, y no falten muchachas bonitas que ver a la salida; pero eso es fácil, amigo mío. ¿No comprende usted que esto no basta para decir: Somos los hombres más religiosos de la Tierra?» *Gloria*, O. C., II, 559-60. «El gentío, indudablemente, donde se agolpa es en las plazas de toros: los templos, así antiguos como recientes, están solitarios. En el mismo venerado Pilar no era grande la concurrencia de fieles.» *Viaje por Europa*. Madrid, s. a., 13.

¹⁰³ Vid. lo que nos dice Baroja de la asistencia a misa en la catedral de Sigüenza: «Algunas pocas viejas rezaban arrodilladas, bisbeando». *La nave de los locos*, O.C. Madrid, IV, 1948, 415.

poco por su amplitud y solidez, pues su completa posesión del catecismo y dominio «de la Historia Sagrada» no iban acompañadas de un parecido conocimiento en otras ramas del saber, ni responder a una formación integral¹⁰⁴. Las mismas palabras, pero sobre todo el mismo fondo veremos repetirse cuarenta años después de que don Benito diera vida a *Gloria* en su *Cánovas* al referirse al colegio del Sagrado Corazón madrileño donde se educan las hijas de «Cucúrbitas»: «—Donde aprenden catecismo a todo pasto, nociones incompletas de Aritmética y Geografía, mascullar el francés, un machaqueo de piano para romper los oídos de toda la familia y etiquetas y saludos a estilo de *París de Francia*... La de Cucúrbitas dice *vierno, ferrocarriles y Espiritusanto*»¹⁰⁵. En la burguesía representada por la familia Pez, el instrumento de la catequesis religiosa era la madre, doña Carolina, que, según su marido, mortificaba a las chicas «haciéndolas rezar más de la cuenta» y «ejecutando estúpidas penitencias». Don Manuel Pez consideraba muy inconveniente este género de formación por juzgarla mojigata en extremo¹⁰⁶.

Ninguna de las mujeres, ni siquiera las beatas Pez, mencionadas en esta triple nota se distinguían por su temperamento religioso. En las que lo poseían, las nociones elementales de su formación cristiana crecían rápidamente a impulso de su propio interés. Este será el caso de Leré, como relatará complacido su creador. Como sucediera con Gloria Lantigua y una gran parte de la población femenina del siglo XIX, Leré tras las penalidades sufridas por culpa de su padrastro Escolástico será echada por: «Un fin, por no cansar a usted aquellas buenas señoras de Rojas, tías de don Braulio y hermanos del señor magistral, me sacaron del infierno en que yo vivía para ponerme en las monjas de San Clemente, donde me enseñaron lo poquito que sé, y viví tranquila y fui instruida en todo lo que toca a nuestros deberes para con Dios.

Diré a usted que mi mayor gusto en el convento era trabajar y rezar. Lo holganza y la cháchara y el juego no me satisfacían.

¹⁰⁴ *Fortunata y Jacinta*. O.C., II, 607.

¹⁰⁵ *Gloria*. O.C., I, 521.

¹⁰⁶ *Episodios Nacionales*. Madrid, IV, 1971, 866.

y esto no lo digo por alabarme, sino porque es verdad. Mucho gozaba yo pensando en los misterios, figurándome la Pasión y discurriendo sobre todo lo que abraza nuestra fe. En las horas de trabajo meditaba, y meditando sentía en mi alma consuelos y alegrías que de ningún otro modo entiendo que se pueden tener. Una noche se me apareció la Virgen y me habló... Ya sé que se reirá usted con lo que voy a contarle; pero no me importa. Lo que digo, digo, y tómelo usted como quiera»¹⁰⁷.

Cuadro sin duda, en conjunto, no muy esperanzador. Pero nadie puede dar lo que no tiene. El crecimiento y expansión de las órdenes femeninas dedicadas a la educación en el XIX fue espectacular, pero no se vio acompañado de un auténtico desarrollo en lo que hoy denominamos calidad de la enseñanza, incluida, y muy incluida, la religiosa. Ricos y pobres, los niños españoles debían la mayor parte de su instrucción religiosa de un ambiente moldeado por ésta más que a través de unos canales pedagógicos, que cuando existían solían ser imperfectos y muy rudimentarios¹⁰⁸. Era la propia sociedad a través de sus células primarias la que educaba religiosamente a la población infantil más que instituciones y organizaciones *ad hoc*, que, por otra parte, y como es lógico, se contabilizaron en amplia medida, pero no lo suficiente para que su esfuerzo se tradujese en unas específicas maneras de enfrentarse con el tema religioso.

Por otra parte esta mentalidad religiosa popular no estará muy hormada por los moldes eclesiásticos. El pensamiento de doña Lupe, la tía de Maximiano, el marido de Fortunata, se acomodaba «al criterio de su difunto esposo, que era el más juicioso de los hombres y sabía dar a *Dios lo que es de Dios y al César*, etc. Este estribillo lo repetía muy orgullosamente la viuda siempre que saltaba una oportunidad, añadiendo que

¹⁰⁷ «Por su parte, don Manuel conceptuaba indispensable el freno religioso para el sostenimiento de la sociedad y el orden. Siempre había defendido la religión, y le pareció muy bien que los gobiernos la protegieran, persiguiendo a los difamadores de ella. Llegaba hasta admitir, como indispensable en el régimen político de su tiempo, la mojigatería del Estado, pero la mojigatería privada le reventaba.» *La de Pringas*. O.C., II, 148.

¹⁰⁸ Ángel Guerra. O.C., II, 72-3.

creía cuanto la Santa Madre Iglesia mandaba creer; pero que mientras menos trato tuviera con curas, mejor. Oía sus misas los domingos y confesaba muy de tarde en tarde; más de este paso regular no la sacaba nadie»¹⁰⁹. El ama de la casa de huéspedes en donde Nazarín habita en la primera parte de su novela o las mujeres que le siguen en su comedio y final es difícil precisar si se sienten más subyugadas por el hombre que por su condición sacerdotal. No menos significativo es que Teresa, la pupilera toledana de don Tomé, no creyese «que existiesen serafines en la tierra hasta que le hubo conocido»¹¹⁰.

En la obra galdosiana es difícil no encontrar textos o argumentos que equilibren o maticen las opiniones más generalizadas expuestas en ella por el autor o sus personajes. La cita que a continuación hacemos sobre la protagonista de *La desheredada* podría aceptarse sin ver en ella ninguna contradicción con lo acabado de señalar respecto a otros personajes populares, dadas las ínfulas aristocráticas de la desgraciada Isidora; pero nosotros estimamos que significa más bien un correctivo que debe tenerse en cuenta a la hora de calibrar acertadamente la relación de pueblo-Iglesia institucional tanto en el corpus literario de don Benito como en la misma realidad española. «Isidora dio otro suspiro. Grandísimo consuelo le infundían las palabras sensatas y filosóficas de aquel bondadoso sujeto, a quien desde entonces tuvo por sacerdote. “—¿Es usted..., por casualidad, sacerdote?” —le preguntó con timidez. “—No, señorita —repuso el otro, escribiendo un poco—: soy seglar”»¹¹¹.

De las características que en la obra galdosiana posee la mentalidad popular pudiera esperarse que el sentido de la muerte apareciese con connotaciones trágicas. Pero ni siquiera en los días de la guerra de la Independencia y de las luchas carlistas los condenados al fusilamiento o a la horca dan muestras de una visión dramática o angustiosa ante la hora suprema. No sólo el noble y quijotesco don Beltrán de Urdaneta sino

¹⁰⁹ En general, todo el capítulo dedicado a la mujer en la obra de F. FAUS SEVILLA: *La sociedad española del siglo XIX en la obra de Pérez Galdós*. Madrid, 1975, 193-220.

¹¹⁰ *Fortunata y...*, 641.

¹¹¹ *Angel Guerra...*, 151.

también el exaltado don Patricio Sarmiento, don Fernando Garrote o el beneficiado de Puebla de Argarón, don Aparicio Respuldira afrontarán con serenidad nacida de una concepción trascendente de la vida el acabamiento de ésta¹¹². Y no dejará de ser harto significativo que cuando don Benito ponga en escena la muerte real de un personaje falto de carácter como el católico Riego, su carencia de entereza contraste con la fe religiosa que profesa¹¹³. En las muertes «burguesas», en las sobrenvidas en el lecho hogareño, su aceptación será también serena. Muy ilustrativo resulta el óbito de don Evaristo Feijóo, hecho con una compostura y un culto a los modos sociales que llevará al filosófico personaje a recibir con reverencia la visita final de un sacerdote. En España, parece decirnos Galdós, se sabe bien morir; en el campo de batalla y en el dormitorio familiar.

«Carecía en absoluto de apetito. Los amigos que aquel día le acompañaban convinieron en decirle de la manera más delicada que se preparase espiritualmente para el traspaso final, ocupándose del negocio de salvar su alma. Creyeron los demás que don Evaristo se alborotaría con esto, pues siempre hizo alarde de librepensador; más con gran sorpresa de todos, oyó la indicación del modo más sereno y amable, diciendo que él tenía sus creencias, pero que al mismo tiempo gustaba de cumplir toda la obligación consagrada por el sentimiento del mayor número.

—Yo creo en Dios —dijo—, y tengo acá mi religión a mi manera. Por el respeto que los hombres nos debemos los unos a los otros, no quiero dejar de cumplir ningún requisito de los que ordena toda sociedad bien organizada. Siempre he sido esclavo de las buenas formas. Tráiganme ustedes cuantos curas quieran, que yo no me asusto de nada, y no desentono jamás. No descomponerse; ése es mi tema.»¹¹⁴

¿Proviene esta ataraxia de una ausencia generativa o de una presencia débil del sentido del pecado? En modo alguno. Como nos dirá por boca de Morton y dejará traslucir en muchos de

¹¹² *Las desheredada...*, 991.

¹¹³ *El equipaje del rey José*. E.N., I, 1249.

¹¹⁴ *El terror del 24*. E.N., II, 388-90.

los pasajes de su obra, don Benito verá que el sacramento de la Penitencia era uno de los más esenciales del dogma católico ¹¹⁵. La conciencia de la propia culpabilidad acompañará a los criaturas pintadas con más fuerza descriptiva y a los mejores caracteres de su corpus literario. Recuérdese, por ejemplo, el sentimiento de Fortunata antes de confesarse con don León Pintado a punto de salir de las Micaelas o el experimentado por Angel Guerra ante la misma situación tras el encarrilamiento de sus pasos por la senda mística ¹¹⁶. Sin duda el que éste muriese sin confesarse ni recibir la Extremaunción podría presentarse como una aporía de fuste, pero Galdós no dibuja el hecho con rasgos de antinomia, sino más bien de objetividad, pues en los días y en las horas que preceden al fallecimiento del héroe sus vicisitudes humanas y religiosas cobran un vigor insuperable. La culpa está presente en el universo galdosiano, más en el de sus elementos populares que en el de las clases acomodadas ¹¹⁷;

¹¹⁵ *Fortunata y...*, 788.

¹¹⁶ —«Vamos a ver, hija mía.

Silencio: la confesión de un alma ha empezado. Ante acto tan solemne, el más hermoso que existe en religión alguna, el narrador calla. Nadie tiene derecho a inmiscuir su atención irreverente en este diálogo del alma con Dios. Cierre el lector el libro y espere.» *Gloria...*, 576. «¿Cómo va esa conciencia? Buen limpió te vamos a dar. Eso te conviene más que nada. Yo te quería coger por mi cuenta y hacerte confesar, porque diciéndole tú misma al Señor la buena pieza que eres, el Señor te daría su gracia... Con que prepararse. Esta tarde volverá el padre Nones. Me ha dicho que te confesaste bien. Se me figura que aún tendrás algunas cosas que sacar, ¿eh?

Mauricia se sonreía, cortada y confusa. Con la cabeza dijo que sí.

Pues estos pecados endurecidos hay que echarlos fuera, porque el demonio se agarra a cualquier cosa —dijo la santa acariciándole la barba—. Conque ya sabes..., mañana tenemos aquí gran fiesta... ¿Te parece? Viene a visitarte el que hizo los cielos y la tierra... Te parece a ti que no lo mereces... Pues aunque no lo merezcas, El viene, y sabido se tendrá por qué.» *Fortunata y...*, 802.

¹¹⁷ «Dos días antes de la salida confesó con el padre Pintado; expurgación larga, repaso general de conciencia desde los tiempos más remotos. La preparación fue como la de un examen de grado, y el capellán tomó aquel caso con gran solicitud y atención. Allí donde la penitente no podía llegar con su sinceridad, llegaba el penitenciario con sus preguntas de gancho. Era perro viejo en aquel oficio. Como no tenía nada de gaz-

como también la redención operará con más fuerza en los primeros que en los segundos ¹¹⁸.

Justificados por la común condición de los mortales ante la muerte y por la radical desnudez con que todos se enfrentan

moño, la confesión acabó por ser un diálogo de amigos. Dióles consejos sanos y prácticos, hízole ver con palmarios ejemplos, algunos del orden humorístico, la perdición que trae a la criatura el dejarse mover de los sentidos, y le pintó las ventajas de una vida de continencia y modestia, dando de mano a la soberbia, al desorden y a los apetitos. Descendiendo de las alturas espirituales al terreno de la filosofía utilitaria, don León demostró a su penitente que el portarse bien es siempre ventajoso, que a la larga el mal, aunque venga acompañado de triunfos brillantes, acaba por infligir a la criatura cierto grado de penalidad, sin esperar a las de la otra vida, que son siempre infalibles.

—Hágase usted la cuenta —le dijo también— de que es otra mujer, de que se ha muerto y resucitado en otro mundo. Si encuentra usted algún día por ahí a las personas que en aquella pasada vida la arrastraron a la perdición, figúrese que son fantasmas, sombras, así como suena, y no las mire siquiera.

Por fin, encomendole la devoción de la Santísima Virgen, como un ejercicio saludable del espíritu y una predisposición a las buenas acciones. La penitente se quedó muy gozosa, y el día que hizo la comunión se observó con gran tranquilidad que nunca había tenido.» *Ibid.*, 695.

¹¹⁸ «Con estos diferentes estados de su espíritu se relacionaban ciertas intermitencias de manía religiosa. En las horas en que se sentía muy culpable, entrábale temor de los castigos temporales y eternos. Acordábase de cuanto le enseñaron don León y las Micaelas, y volvían a su mente las impresiones de la vida del convento con frescura y claridad pasmosa. Cuando le daba por ahí, iba a misa, y aun se le ocurría confesarse; pero pronto le entraba miedo y lo debaja para más adelante. Luego venía la contraria, o sea el sentimiento de su inculpabilidad, con una reversión mecánica del estado anterior, y todas las somnolencias y aprensiones místicas huían de su mente. Se pasaba entonces dos o tres días en completa tranquilidad, sin rezar más que los Padrenuestros que por rutina le salían de entre dientes todas las mañanas. Su conciencia giraba sobre un pivote, presentándole ya el lado blanco, ya el lado negro. A veces esta brusca revuelta dependía de una palabra, de una idea caprichosa que pasaba volando por su espíritu, como pasa un pájaro fugaz por la inmensidad del cielo. Entre creerse un monstruo de maldad o un ser inocente y desgraciado, mediaban a veces el lapso más breve o el accidente más sencillo; que se desprendiese una hoja del tallo ya marchito de una planta, cayendo sin ruido sobre la alfombra; que cantase el canario del vecino o que pasara un coche cualquiera por la calle, haciendo mucho ruido.» *Ibid.*, 766.

con el último instante de la existencia, recordaremos aquí los momentos finales de una dama de alta clase madrileña por nacimiento y más tarde por su casamiento con *Torquemada o, mejor*, con sus millones. Todo lo concerniente al padre Gamborena representa, como se sabe, una de las páginas más logradas de forma y de fondo de Galdós. Su *speech* sobre la inutilidad de la vida que arrastran los estamentos poderosos pronunciado ante Fidela y otras señoras de la *high life* de la Villa y Corte provocaba en aquélla tal impacto que la conducirá a hondas reflexiones ascéticas en las horas que adivina son las últimas que pasará en la tierra¹¹⁹. Galdós, novelista religioso, volverá a serlo aquí no por su garra literaria ante la descripción de las costumbres y manifestaciones del catolicismo de su época, sino por alumbrar con máxima fidelidad ambiental las grandes cuestiones espirituales debatidas y protagonizadas siempre, en su expresión más genuina, individualmente¹²⁰.

¹¹⁹ Veamos uno de los más emotivos ejemplos de toda la obra galdosiana en una novela de honda temática religiosa como es *Casandra*:

ROSAURA.—(*En pie frente a su amiga*) Insúa puede... Su influencia es mucha... Otras personas caritativas le ayudarán a suavizar tu condena.

CASANDRA.—A todos agradezco tanta benevolencia y caridad; pero mi gratitud más grande es para ti, la mujer cristiana que ha traído su misericordia y su amor a esta pobre criminal. Por ti he podido ver a mis hijos; por ti disfruto aquí todo el bienestar que puede ofrecer una prisión; por ti ha vuelto Rogelio y es mi marido; por ti veré acortada mi condena. Obra tuya son estos beneficios, Rosaura, y yo debo adorarte...

ROSAURA.—Soy tu hermana. La caridad me manda que lo sea. Tus hijos están a mi cuidado y les amo como a los míos.

CASANDRA.—Bendita, bendita entre todas las mujeres.

ROSAURA.—No me bendigas. No merezco tu bendición por mi cumplimiento de un deber tan sencillo. El sentimiento de humanidad que me abraza me ordena estas devociones, que practico sin darme cuenta de ellas.» O.C., III, 1009.10.

¹²⁰ «Oyeron las damas esta plática con emoción profunda, y poco faltó para que lloraran. Cuando el misionero terminó, repitiendo las afectuosas palmaditas en las manos de sus oyentes, Augusta no hacía más que suspirar. Fidela parecía un poquito asustada, y cuando se repuso, su genial travesura salió bruscamente con uno de aquellos rasgos que el sacerdote acababa de reprender:

—Pero si no puedo purificarme bien, lo que se llama bien, espero que habrá un poquito de manga ancha conmigo y que usted me abrirá la puerta celestial.

Quizá, por ejemplo, recordará Galdós la radical soledad de que habla Pascal, en que se produce toda muerte. Las frases pronunciadas por Eloísa, viuda «alegre» de Pepe Carrillo de Albornoz y ex amante del narrador de *Lo prohibido*, aquejada de una grave enfermedad que la puso a las puertas del fallecimiento, traen un eco del pensamiento pascaliano al tiempo que demuestran también aquella autonomía e individualidad de la creencia religiosa que detectábamos ya en las clases populares «A él le encargo que no entre aquí ningún cura. ¡No quiero ver curas...! Ya me las arreglaré sola con Dios»¹²¹.

—¿Yo?

—Usted, sí, usted, que tiene las llaves.

—¿Yo?

—Lo dice mi marido, y lo cree, y por creerlo así le llama a usted *San Pedro*.

—Es una broma.

—¿Y no mereceré yo un poco de indulgencia?

—Indulgencia Dios la da.

—Pues mire usted, nadie me quita de la cabeza que la voy a necesitar pronto, muy pronto.

—¡Oh, no digas tal!

—Me lo pueden creer, hace días vengo pensando en eso, en mi próxima muerte, y ahora, cuando usted hablaba, se me metió en la cabeza la idea de que ya estoy al caer; pero ya, ya...

—Tengo que decirte una cosa.

—¿Qué?

—Que quiero confesarme.

—¡Confesarte! —exclamó Augusta, palideciendo y disimulando su turbación—. Pero, ¿estás loca?

—No sé por qué ha de ser signo de locura el querer confesarse.

—Pero hija, es que... creerán que estás mal.

—Yo no sé si estoy mal o bien. No hay más sino que quiero confesarme..., y cuando más pronto mejor.» *Torquemada y San Pedro*. O.C., II, 1568-9.

¹²¹ «A poco de morir Fidela dióse Cruz a la lectura de escritores místicos, y tal afición tomó a este regalo, que ya no podía pasar sin él durante largas horas del día y de la noche. Le encantaban los místicos españoles del Siglo de Oro, no sólo por la senda luminosa que ante sus ojos abrían, sino porque en el estilo encontraba un cierto empaque aristocrático, embeleso de su espíritu, siempre tirando a lo noble. Aquella literatura, además de santa por las ideas, era por la forma digna, selecta, majestuosa... Vestía con sencillez, hacía pocas visitas de etiqueta, y su coche era muy conocido en los barrios pobres. No hay para qué decir que Gamborena,

Aunque la religiosidad de las clases dominantes de la España decimonónica tuvo varios analistas entre los novelistas del momento, ninguno la desveló con la plenitud y el detenimiento del autor de *Ángel Guerra*. Consciente de la complejidad de la realidad y de la imposibilidad de integrarla y abarcarla toda en la obra literaria, don Benito fue en esta ocasión más monista y simple que en ninguna otra. Inautenticidad es la sustancia de todo el sentir religioso de un estamento por él considerado como de gran debilidad moral. Habrá, naturalmente, sus excepciones; e incluso serán numerosas, pero ninguna acabará por imponer sus ideas y creencias, salvo en muy singulares ocasiones. La exégesis de esta religiosidad como un reflejo del sistema canovista en la mentalidad de las altas clases ha sido intentada ya varias veces, como es sabido, sin que para nosotros se haya llegado a resultados concluyentes¹²². El eclecticismo de la Restauración, su búsqueda del *juste milieu*, su transaccionismo, informan la contemplación del mundo por la burguesía y la aristocracia como avaladoras y usufructuadoras del *establishment*; pero sin llegar a encauzar rígidamente los caminos de la conciencia. El peso de la historia, la escasa madurez de nuestro catolicismo, la atomización de la colectividad demiconónica carente de todo tejido social y otros muchos factores relacionados con la trayectoria espiritual y material del país, hacen imposible esa pretendida uniformidad y mutuo trasvase entre oligarquía-poder político al menos en términos globales y definitorios, como, por ejemplo, tan desacertadamente sostiene José Luis López Aranguren y, tras él, todo un amplio grupo¹²³ de ensayistas. No descartamos, sin embargo, en bloque

encantado de la aplicación de su discípulo, traíale notas y noticias de miserias vergonzantes o de males desgarradores para que la dama se encontrase con la mitad del trabajo hecho y no tuviese que afanarse tanto.

Bien quisiera ella mostrar su espíritu evangélico en las proporciones de sublime virtud que la vida de santos nos ofrecen.» *Ibid.*, 1592.

¹²² O.C., II, 381.

¹²³ La lectura marxista de este fenómeno en la serie de novelas de forquemade hecha por BLANCO AGUINAGA, C., llega en algún extremo al puro disparate, no obstante el rechazo del mecanicismo grosero en la crítica literaria. *La historia y el texto literarios. Tres novelas de Galdós*. Madrid, 1978, 115 y ss., en especial 118. Con referencia al mismo ciclo de

tal trasvase, presente siempre en el dinamismo social y más en el de las élites, pero no lo consideraremos como la vía de acceso fundamental hacia el conocimiento del núcleo de la conciencia religiosa de estas clases dirigentes, que, en efecto, participaban de un clima de relativismo que la Restauración había venido a reformar, pero no había generado: de este modo el narrador-protagonista de *Lo prohibido* nos presenta de su prima y amante Eloísa, mujer de Pepe Carrillo de Albornoz, el siguiente retrato espiritual muy generalizable en el estrato superior: «Observé que sus ideas religiosas venían a ser poco más o menos como las mías: débiles, tornadizas, convencionales y completamente adaptadas al temperamento tolerante, a este pacto provisional en que vivimos para poder vivir.»¹²⁴

El dinero será el único ídolo que en puridad adora esta amalgama de rancia aristocracia y burguesía ascendente que da tono a la sociedad canovista e incluso a la de los tiempos inmediatamente anteriores. Riqueza y sus diversas variantes —dinero, poder, dominio, prestigio—. En un texto de *Halma* que ha tenido hasta el momento menos exégetas de los que por su importancia debiera, el cura don Manuel Flórez pone en la picota a todo el *establishment* restauracionista al exclamar: «—¡Hum!... ¡Todos los señores prácticos, políticos y parlamentarios lo son por conveniencia, por decoro y exterioridad. Van con vela a las procesiones y cuando se arrodillan ante el Santísimo y ven elevar la Hostia están pensando en que los cambios suben también o bajan»¹²⁵. Asimismo en otro pasaje del que hemos hecho ya mención y ha sido frecuentemente acotado por diversos comentaristas y ensayistas, el padre Gamborena manifestará este vacío e insustancialidad éticos y religiosos de las clases estable-

novelas y al mismo tema otro enfoque marxista nos parece más ponderado F. VILLACORTA BAÑOS: *Visión galdosiana de la sociedad de la Restauración: Las novelas del ciclo de Torquemada*, «Revista de Literatura», XLI, 81 (1979), 103-6.

¹²⁴ En su defraudador libro *Moral y Sociedad. Introducción a la moral social española del siglo XIX*. Madrid, 1974, J. L. LÓPEZ ARANGUREN, elude el planteamiento profundo del tema pese a decir abordarlo en los capítulos XII y XIII.

¹²⁵ O.C., II, 250.

cidas en el pináculo social ¹²⁶. La Iglesia institucional, olvidando que estas clases han sido las que le han despojado de sus riquezas materiales, se prestará de buena gana a la gran comedia de bendecir y sacramentar su poder y ascendiente. En la novela quizá más simbolista de toda la obra galdosiana, obispos y curas rodearán el lecho mortuario de Torquemada para alabar su buen comportamiento cristiano y disipar cualquier prevención sobre su destino eterno ¹²⁷. Formal y externamente la actividad de este estrato superior tiene muchos aspectos en perfecta concordancia con la doctrina cristiana. Pocas serán las señoras y grandes damas de la Restauración que no forman parte de las asociaciones constituidas para paliar en sus múltiples variedades el dolor ajeno. Cuestiones, mesas petitorias, percepción de limosnas en misas y novenas contarán como principales activistas a este encumbrado sector:

«Estaba en no sé qué iglesia, pues por aquel tiempo se le desarrolló la manía filantrópico-religiosa-teatral, y se consagraba con mucha alma en compañía de otras damas, a reunir fondos para las víctimas de la inundación. Lo mismo manipulaba funciones de ópera y zarzuela que lucidas festividades católicas, en las cuales la mesa de tapete rojo, sustentando la bandeja llena de monedas, hacía el principal papel. También inventaba rifas o tómbolas que producían mucho dinero. Se me figuró que había transmigrado a ella el ánima propagandista del desventurado Carrillo. Casi todos los días había en su casa junta de señoras para distribuir dinero y disponer nuevos arbitrios para aliviar la suerte de las pobres víctimas.» ¹²⁸

¹²⁶ *Halma*. O.C., III, 594.

¹²⁷ *Torquemada y...*, 1567-9.

¹²⁸ «No faltaba ya sino que fuesen también el rey, el Papa y hasta el propio emperador de Alemania. La Iglesia no careció de representación en aquel jubileo, pues llevaron también, para incensar al tacaño, el reverendísimo provincial de los Dominicos, padre Respaldiza, y el señor obispo de Antiopea, los cuales agotaron el vocabulario de la lisonja.

—Bienaventurados —dijo con unción evangélica su ilustrísima— los ricos que saben emplear cristianamente sus caudales en provecho de las clases menesterosas. *Torquemada en el Purgatorio*, O.C., II, 1535-6.

En su conducta habrá, claro está, hipocresía y falsedad, pero quedarán muy superadas por la frivolidad y la irresponsabilidad. Un chispeante diálogo de *Torquemada y San Pedro* lo expresará con una fuerza descriptiva pocas veces lograda por un autor como Galdós que tan magistralmente dominaba su técnica.

«—A todas podrá usted poner reparos, señor Gamborena —observó la de San Eloy con una gravedad ligeramente cómica y de buen gusto—; a todas menos a ésta, católica a macha martillo, que organiza solemnes cultos, preside Juntas benéficas y es colectora de dineritos para el Papa, para las misiones y otros fines... píos.

—Muy bien —dijo el Padre, asimilándose la gravedad cómica de la marquesita—. No le falta a usted más que una cosa.

—¿Qué?

—Un poco de doctrina cristiana, de la elemental, de la que se enseña en las escuelas.

—¡Bah! La sé de corrido.

—Que no la sabe usted. Y si quiere la examino ahora mismo.

—Hombre, no; tanto como examinar... A lo mejor se olvida una de cualquier cosilla.

—Nada importa olvidar la letra, si el principio, la esencia, permanecen estampados en el corazón.

—En el mío lo están.

—Me permito dudarlo.

—Y yo también —dijo Fidela, gozosa del giro que tomaba la conversación—. Esta, a la chita callando, es una hereje.

—¡Ay, qué desgracia!

—Yo, no; yo creo todo lo que manda la Santa Madre Iglesia; pero creo además en otras muchas cosas.

—¿A ver?

—Creo que la máquina, mejor dicho, el gobierno del mundo, no marcha como debiera marchar... Vamos, que el presidente del Consejo de allá arriba tiene las cosas de este bajo planeta un tantico abandonadas.»¹²⁹

¹²⁹ *Lo prohibido...*, 322-3.

Sustentada en estos ejes era lógico que las manifestaciones de religiosidad no condujesen nunca, al menos directamente, al progreso moral y espiritual de la sociedad que rectoraban y dirigían dichas clases. Si el clima reinante en los ambientes femeninos era el indicado, puede imaginarse cómo pintaba Galdós el imperante en los medios masculinos. La instrumentalización del catolicismo para fines individuales y partidistas carentes de altruismo y ética era la tónica más corriente en los círculos confesionales consagrados a la actividad pública. Desde el sobrino de don Inocencio en *Doña Perfecta* hasta Gustavo de *Lo prohibido*, pasando por el diputado Rafael del Horro de *Gloria*, o Gonzalo Tellerías de *La familia de León Roch*; la escala de su ascenso social y político será la defensa de los principios cristianos como baluarte de la civilización occidental, dentro de un repertorio de actitudes que se repiten hasta la monotonía en el ciclo galdosiano¹³⁰.

En las esferas mercantiles y financieras, en estrecho contacto y afinidad con las políticas, es obvio que la moral no gozara de mejor salud. Junto con el problema del enfrentamiento religioso de León Roch y de su mujer María Egipciaca, el otro gran tema que apunta en dicha novela es el descubrir toda la corrupción ética de esta fusión de aristocracia y dinero que constituyen el bloque de poder de la Restauración. La familia de los Tellería, dibujada quizá como el espécimen más claro de la nobleza arruinada, y el financiero marqués de Fúcar descrito con las mejores notas que pueden aplicarse al trazar la silueta de los banqueros, caracterizan insuperablemente la falsedad radical, la vaciedad absoluta y la instrumentalización religiosa más completas propias de la clase que acaparó el poder en la España de los inicios de la Restauración. No creemos que sea necesario desglosar los elementos de una religiosidad expresados en páginas muy conocidas de la obra de don Benito. El contraste entre principios y actitudes, entre el obrar y el decir, la inexistencia de una elemental moral en el seno de un hogar respetable exteriormente, la supeditación de lo más noble ante el dinero, el desprecio más absoluto hacia el prójimo y el

¹³⁰ *Torquemada y San...*, 1566.

consiguiente arrivismo constituyen el patrimonio ético de la casa de los Tellería. En la del acaudalado hombre de negocios Fúcar las cosas no irán de otro modo, aunque el amor paternal de don Pedro a su hija Pepa ponga una nota de humanidad en un ambiente dominado también por la codicia y el convencimiento social¹³¹.

En una síntesis creativa, el P. Federico Sopeña ha compendiado con acierto las notas esenciales del catolicismo de la clase dominante en la España de la segunda mitad del diecinueve:

«Existe, sobre todo y es lo específico de la religión "mundana", la Iglesia vista, como la ve Cánovas, nada religioso, como institución conservadora, elemento decisivo de "defensa social" en la lucha contra el socialismo, terrible enemigo, que presenta su amenaza cotidiana en las huelgas y su amenaza aclamatoria con el primero de Mayo: si el argumento de que lo religioso es decisivo para "la resignación de los humildes" aparece cada vez menos eficaz, en cambio, el atrapar a la Iglesia como justificación de esa defensa es importantísimo. Añádase, y no es pequeño añadido dentro de esa constelación, que el cumplimiento externo tiene toda la fuerza de la costumbre más la enorme fuerza del buen tono. Eso se junta para que sea capítulo fundamental de la "religión mundana" el formar parte, en la línea que llamaríamos "gala del Estado", el "Te Deum" y los funerales "oficiales": de ellos a las "pompas fúnebres" se tira una línea claramente definida.

Precisemos, en primer lugar, lo que entiendo por "religión mundana". Se trata, esencialmente, de una falta de pasión religiosa referida a lo fundamental: se pierde la relación con el "misterio". La consecuencia es doble: una gran indiferencia en el varón y una religiosidad en la mujer más atendida al "milagro" que al "misterio". En los creyentes practicantes hay un olvido inconsciente de lo que es fundamental en Santo Tomás: el "dogma", su definición, es camino y no meta. Si se torna en meta, es un factor más de "seguridad".»¹³²

¹³¹ *Gloria...*, 554; *Lo prohibido...*, 282; *La familia de León Roch*. O.C., I, 813.

¹³² S. H. SAENZ: *Visión galdosiana de la religiosidad de los españoles*, «Hispania» (EE.UU.) (1937), 235 y ss. «La religiosidad de los españoles, según Galdós, deja bastante que desear. Esto se echa a ver en cualquier

Hemos ilustrado tan depreciada cosmovisión religiosa con figuras extraídas del censo novelístico galdosiano; sin embargo, es claro que podíamos recurrir a otras muchas que nos ofrece la galería de los *Episodios*, tal vez en mayor número y, sobre todo, con perfiles más acabados. Piénsese, por vía de ilustración, en la trayectoria del marqués de Beramandi; devoto aristócrata en quien nada recordaría al inquieto y contestatario García Fajardo de los años cuarenta... Algo semejante puede decirse de su suegro, o todavía más de Vicente Halconero. En su cordel podríamos insertar, como decimos, una larga lista de respetabilísimos nobles, políticos y financieros. Al que también cabe añadir una corte de mujeres, como la marquesa confidente de Isabel II en sus tiempos de rompe y rasga llamada Eufrasia. Unas y otros compusieron, como es bien sabido, el grueso de los partidos gubernamentales, isabelinos y alfonsinos. Sus características doctrinarias son suficientemente conocidas para que volvamos a repetir las aquí, sobre todo su tendencia a manipular la religión como «defensa del orden social». Sus miembros constituirán el doble blanco de las fuerzas radicales de un signo y otro. Su falseamiento del hecho religioso será puesto de relieve conjuntamente por los sectores «demócratas» y tradicionalistas *enragés*, unidos por una vez en el mismo frente, en el que quizá pusieron más ardor los últimos¹³³.

Más extremos y noticias pudiéramos rastrear en la monumental obra galdosiana acerca de la cuestión que nos ha lle-

obra suya, donde se aluda a la religión. Muchos se llaman católicos como Joaquín Onésimo y los Tellería en *La familia de León Roch* y el hipócrita Ruiz en *El Dr. Centeno*, pero sólo lo son de labios afuera. No falta quien se apega a la religión para subir, como Rafael del Horro, en *Gloria*. El que ya ha subido ve la necesidad de mantener las venerandas creencias para sostenimiento de la sociedad y el orden: Tal es Manuel Pez, el cual llega «hasta admitir, como indispensable en el régimen político de su tiempo, la mojigatería del Estado», aunque se da al diablo cuando la mujer se hace mojigata. Y no falta el metalizado que quiere comprar el cielo con dos ochavos. Tales son Torquemada, en *Torquemada y San Pedro*, y don Carlos, en *Misericordia*. *Ibid.*, 235.

¹³³ *La religión mundana según Galdós*, Santa Cruz de Tenerife, 1978, 7-8.

vado hasta aquí. Verbigracia: la decoración de las iglesias —de manera especial las madrileñas— que aparecen en su corpus suscitarán de su pluma numerosos y crudos juicios negativos. Verbigracia: el valor y significado de los sacramentos. Verbigracia: las reminiscencias paganas que pueden encontrarse en la mentalidad religiosa popular. Y así varios puntos más. De todos ellos en mayor o menor medida hemos tratado en el presente trabajo; su tratamiento detenido —que no se correspondería con el casi siempre ligero hecho por don Benito— no creemos que aportara nada sustancial y, sobre todo, distinto o novedoso a las catas ya realizadas.

Ecumenismo

Finalmente finalizaremos nuestro recorrido de la obra galdosiana como espejo de las formas de religiosidad de su tiempo con un tema que don Benito analizará con especial atención y agudeza: la gran cuestión del ecumenismo.

Como es sabido, la vertiente ecumenista no constituía en la etapa aquí estudiada la piedra de toque para cualquier religión, como sucede hoy. Católicos, protestantes y ortodoxos para hablar de las religiones mayoritarias en el viejo continente se mostraban contestes en cuanto a intransigencia y rigidez de posiciones. Los avatares del movimiento de la primera mitad del diecinueve, como el rechazo por ambas partes de cualquier acercamiento entre Roma y Constantinopla lo hace respecto a los dos movimientos más afines del tronco dentro del cuerpo del Cristianismo. Ni siquiera una síntesis ajustada de las peripecias de los primeros pasos ecumenistas se justificaría en un trabajo que no las tiene por objeto ni aún secundario. La alusión ha sido hecha en función de remachar el horizonte que enmarca el catolicismo hispano deminónico que hemos observado a través de una información proporcionada por las obras galdosianas.

Los sucesos norteafricanos nutrieron de materia novelística sobre la cuestión tratada uno de los episodios más logrados y veraces de Galdós: *Aitta Tettauen*. Los polos del conflicto

religioso se centran en las relaciones catolicismo-judaísmo. La conquista de Tetuán puso a los españoles en contacto con una comunidad israelí poderosa y numerosa. Don Benito criticó ásperamente al clero y jerarquía rabínicos como igualmente a sus adversarios. Merced a las laboriosas investigaciones de J. B. Vilar sabemos hoy que Galdós utilizó no sólo fuentes españolas coetáneas de la máxima solvencia sino también una musulmana para la construcción de este capítulo de su historia literaturizada del XIX¹³⁴. Por lo que a nosotros respecta, hemos tenido la fortuna de encontrar el diario inédito de uno de los capellanes castrenses del ejército de África que jugó un relevante papel en las medidas de gobierno adoptadas por Ros de Olano tras su conquista de Tetuán. Su narración, rica y hasta prolija en detalles, viene a ratificar la versión galdosiana¹³⁵.

Soldados, clérigos y cronistas en nada se diferenciaban del pueblo del que formaban parte. Si deseásemos encontrar una ratificación de sus sentimientos en la sociedad de la época, nada más elocuente que la consulta de los numerosos boletines eclesiásticos de las diócesis peninsulares. La historia a que nos dan acceso las fuentes novelísticas se halla confirmada por la dibujada a través de la documentación considerada más sólida.

Otra novela galdosiana, *Misericordia*, nos ilumina acerca de la persistencia de la mentalidad antimusulmana en el español medio de la época, lo que equivale a decir, en una gran mayoría de veces del cristiano medio. Aunque sobre el escenario temporal de esta última obra su autor no nos informa gran cosa, bien podemos situarla en los pródromos del Desastre. Casi cuarenta años separaban así a *Aitta Tettauen* de la última gran novela de don Benito. Los avatares del ciego Almudena en medios sociales diferentes prueban la radical incompreensión que mantenía el «Juan Español» hacia la religión

¹³⁴ En los mismos inicios de la Monarquía de Sagunto el inteligente polemista agotará los argumentos y los adjetivos. Cfr. su interesante y muy desconocido libro *El catolicismo liberal*, Madrid, 1875, 28, 34 et passim.

¹³⁵ *Galdós y los judíos de «Aitta Tettauen»*, 357 (1971), 8-10. Y el valioso libro *La judería de Tetuán (1489-1860) y otros ensayos*, Murcia, 1969, 45 y ss.

mahometana. Pocos años atrás habían pasado los sucesos de Melilla, que reavivan las llamas de un sentir nunca muerto, pero también eran los días del larguísimo crepúsculo popular de Zorrilla y, en los ambientes intelectuales de la época, de los afanes africanistas de don Joaquín Costa y de la Real Sociedad de Estudios geográficos. La figura del moro pordiosero ha sido desatendida por la crítica, pese al gran simbolismo que encierra. Su marginación por parte de los propios mendigos implica en éstos el paso de una religión de caridad a una religión de poder que es la atmósfera que segrega la institución eclesial en España y el papel histórico que en la sociedad hispana de la época representa para Galdós. Al pintar su figura, éste quiso clausurar su ciclo novelístico como lo había inaugurado: la intolerancia era la más acusada característica del catolicismo español, sin acepción de clases ni coyunturas. Pero hay que pensar también en que Benigna es la réplica popular de doña Guillermina Pacheco. Por un espiritualismo transcendente, por un cristianismo evangélico, por la intuición del valor supremo de la caridad —encarnada por una mujer pobre, inculta y generosa, símbolo del pueblo— era por donde veía Galdós la salida para la crisis que desde siglos atrás aquejaba al catolicismo hispano ¹³⁶.

Junto con el Episodio ya mencionado de *Aitta Tettauen*, el choque entre cristianismo y judaísmo se convierte en el meollo de la trama de *Gloria*, objeto ya de múltiples referencias y acotaciones páginas atrás. Ninguna religión detenta la exclusiva de la intolerancia. Entre la madre de Daniel Morton y la tía de Gloria Lantigua apenas si hay más diferencia que la de la nacionalidad. El texto en el que el antiguo sepulturero, Caifás, confiesa a Morton, tras conocer su religión, su deseo de devolverle las sumas de dinero con que la generosidad del judío le había socorrido sólo se apagan en su valor de testimonio sociológico ante la devolución por el mendigo hambriento y enfermo de la moneda de oro que el rico y caritativo joven le entregara. Cuando una religión llega a provocar tales aberraciones

¹³⁶ Se trata de las memorias del cura cordobés Francisco Mellado, cuya edición tiene en preparación el Instituto de Historia de Andalucía.

ciones en gentes sencillas y de buen natural es porque ha sido viciada su vivencia del prójimo. Ningún sentimiento ecumenista brota de la capa de petrificación dogmática en que se halla colocado el sentir religioso de la población ficobrigense. Existe más de un motivo para suponer que entre el protestantismo y la religión deícida, el primero era considerado como un mal menor por los familiares de Gloria que en un primer momento sospechaban la adhesión anglicana, presbiteriana o luterana del joven náufrago.

Desde la actualidad el conflicto planteado por Galdós merece el siguiente juicio del mejor conocedor probablemente del tema: «La tesis galdosiana del judío como prototipo de una religiosidad incommovible rayana en el fanatismo —“Gloria”, “Aita Tettauen”..., etc.— no resistiría hoy la crítica más benévola.»¹³⁷

Se habrá reparado ya que no hemos hablado hasta el momento de la posición de don Benito ante el protestantismo, tema que abordó con circunspección y en general con desagrado, por causas que debieron ser en algún modo dolorosas para el escritor. Empero, en esta cantera inagotable que para la reconstrucción de las sociedad española del último tercio del siglo XIX en *Fortunata y Jacinta* encontramos el pasaje en que con mayor latitud habló don Benito, o mejor sus personajes, de la presencia protestante en la vida española. Aunque el episodio en que se narra puede ser objeto de una hermenéutica distinta según el proscenio cronológico en que se encuadra —poco después de la Constitución librecultista de 1869, o tras la meramente tolerante de 1876—, el núcleo de su interpretación no cambia. La reacción de los dos narradores del suceso en que Mauricia «la Dura» recibe ayuda material y espiritual de un matrimonio protestante británico, así como la de doña Lupe «la de los Pavos» sin decantarse por completo a favor de la actitud de dichos esposos, no les es desfavorable; pero en todo el fondo de la cuestión late el rechazo frontal de la re-

¹³⁷ Vid. las notas muy escuetas del comentario de L. GARCÍA LORENZO a la obra galdosiana. Madrid, 1975, 58-60, y la bibliografía allí empleada.

ligión reformada por la sociedad española representada aquí por el gobernador civil, doña Guillermina e incluso la propia Mauricia, que tan completo estropicio haría de la bien cuidada capilla de sus ingenuos protectores: «Y salió el pastor, que es uno que llaman don Horacio, que tiene el pelo colorado y ralo, como barbas de maíz; salió también la pastora, su mujer, que es una tal doña Malvina, buenas personas los dos, porque lo protestante no quita lo decente»¹³⁸.

Tan amante y conocedor como era de las cosas británicas nos resulta un poco extraño que tal acontecimiento sea la única incursión de don Benito por el enfrentamiento protestante-católico, que hubiera dado abundante material a su novelística. Tal vez a Galdós le desagradara el ardor sectario que encaminó continuamente el proselitismo de la religión reformada en la Península Ibérica o tal vez no quisiera adentrarse en una confrontación entre los dos credos por temor a los improperios y anatemas de espíritus inquisitoriales y timoratos¹³⁹.

De cualquier modo tenemos un testimonio sumamente significativo del pensamiento del autor y en especial de su profundo conocimiento del pueblo español y de su realidad circundante, en el que Galdós es bien rotundo acerca del valor y el impacto de la propaganda protestante en la colectividad nacional:

«¡Error inmenso! El protestantismo vino a España precedido de entusiastas propagandistas ingleses cargados de biblias. La *Sociedad bíblica* de Londres gasta anualmente considerables sumas en catequizarnos, todo sin resultado. Vienen por ahí multitud de clérigos de levita y patillas a quien llaman *pastores*, y van estableciéndose en capillas que fueron bodegas, y predicán en castellano chapurrado, y reparten limosnas, y leen biblias, y tocan el órgano, pero les hacen muy poco caso cuando no se ríen de ellos. Se creyó en un principio que serían maltratados; pero no: les apedrean simplemente con el desdén. El pueblo español no

¹³⁸ J. B. VILAR RAMÍREZ: *La religiosidad de los sefardíes de Marruecos, según los cronistas españoles de la "Guerra de África" (1859-1860)*, «Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos», XXVI-XXVIII, 2 (1977-79), 419.

¹³⁹ *Fortunata y...*

es ni será nunca protestante. O católico o nada. Tengo la seguridad de que todos los pueblos por cuyas venas corre nuestra sangre, han de hallarse en el mismo caso. O católicos o nada. Esos pobres anglicanos se desgañitan sin ganar conciencias a su rito, y entre las gentes sencillas que los oyen cunde una observación que parece una tontería y que quizá entrañe un sentido profundo, a saber: que todos son lo mismo, y (diciéndolo con el debido respeto) los mismos perros con distintos collares»¹⁴⁰.

¹⁴⁰ W. H. SHOEMAKER: *Las cartas desconocidas de Galdós en "La prensa" de Buenos Aires*, Madrid, 1973, 153.